



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA HISPÁNICA

*Límites textuales y epistemológicos entre periodismo y literatura: el caso del diario Clarín y
la novela Respiración artificial durante la dictadura cívico-militar argentina de 1976.*

OCTUBRE 2023

TESIS
PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN LINGÜÍSTICA Y LITERATURA HISPÁNICA

PRESENTA
JUAN CARLOS BÁEZ ÁVILA

DIRECTORA:
SAMANTHA ESCOBAR FUENTES

Índice

Introducción	3
Capítulo 1: Periodismo y literatura	6
1.1 Breve introducción	6
1.2 Periodismo y literatura antes del siglo XIX	7
1.3 Periodismo y literatura en el siglo XIX.....	15
1.4 Periodismo y literatura en el siglo XX (<i>Nuevo periodismo</i> , novela de no-ficción)	26
Capítulo 2: Periodismo y literatura en la dictadura cívico-militar argentina de 1976.....	39
2.1 Contexto sociopolítico de Argentina en 1976.....	39
2.2 Entre el exilio, la desaparición y la <i>subversión</i> : la sociedad argentina durante terrorismo de Estado	43
2.3 El término <i>subversivo</i>	48
2.4 Periodismo y literatura frente a la <i>subversión</i> y el terrorismo de Estado.....	52
2.4.1 Periodismo	54
2.4.2 Literatura	61
2.5 La “campana antiargentina”: estrategia mediática de legitimación en vísperas de la Copa Mundial de Fútbol de 1978	67
Capítulo 3: Análisis del corpus periodístico y literario	72
3.1 Al mal tiempo buena cara: la (auto)representación militar-periodística dentro de la “campana antiargentina”	72
3.1.1 El <i>subversivo</i> aún <i>existe</i> : dos casos representativos de la estrategia discursiva de <i>Clarín</i> durante la campana antiargentina.....	77
3.1.2 Los militares, héroes de la Argentina	81
3.1.3 El no-acontecimiento	84
3.2 Cómo evadir la censura: las representaciones de <i>Respiración artificial</i> en torno a los desaparecidos y exiliados	88
3.2.1 Exiliado y desaparecido: Marcelo Maggi en <i>Respiración artificial</i>	90
3.2.2 ¿Realidad o ficción en la literatura?	94
3.2.3 La alegoría como forma de aproximarse a la realidad.....	102
Conclusiones	109
Bibliografía	124

Introducción

Como parte de los análisis sobre discursos en los últimos años, el periodismo y su configuración, tanto textual y extratextual, ha interesado a gran parte del sector académico y periodístico. Sendos trabajos se han hecho al respecto: desde aquellos que se preocupan por la recepción del texto, elaborados en este caso por Eva Aladro Vico (1996) y Gonzalo Abril (1996), hasta los que analizan los intereses satelitales –económicos, políticos o culturales– que el periodismo cumple, donde entra la labor de Walter Miceli y compañía (s/a).

Del mismo modo, la literatura no escapa de interrogantes similares. Aún ahora le interesa a la academia definir qué es la literatura, los géneros que la componen y, sobre todo, los vínculos que entabla con diferentes textos. Ambos géneros, literatura y periodismo, siguen dando qué hablar. Y más cuando aparecen en un horizonte de conflicto social. En ocasiones esos contextos afectan, permean y/o reconfiguran los géneros, el empleo que se les da o, incluso, las hipótesis, teorías y definiciones que cada uno ostenta.

La presente tesis aborda dicha problemática. Contrasta las producciones literarias y periodísticas que se hicieron durante la dictadura cívico-militar argentina de 1976 para conocer las fronteras entre uno y otro cuando se trata de representar un conocimiento y/o reconocimiento del entorno social y cultural. El trabajo analiza las definiciones de cada género, sus funciones sociales y los papeles que juegan, todo lo cual predispone al lector a interpretar el discurso ahí enunciado, así como las representaciones textuales que cada uno hace sobre el conflicto social de Argentina en la dictadura. De ahí que, la investigación centra su atención en plantear los posibles límites textuales, extratextuales y epistemológicos de cada género y cómo hay producciones específicas que los modifican.

Si bien tenemos en mente que el periodismo y la literatura han estado íntimamente ligados a lo largo de su historia, la recepción de cada texto por parte de quien lee es muy

diferente: uno, el periodismo, cobra la acepción de verídico mientras que el otro, la literatura, se engloba en la esfera de lo ficcional. Es hipótesis, pues, de este trabajo que dichas acepciones se transforman en las notas periodísticas que el diario *Clarín* publicó entre febrero y junio de 1978 –y que se corresponden a la llamada “campana antiargentina”– y de la novela *Respiración artificial* (1980) de Ricardo Piglia: el periodismo, representado por *Clarín*, tiende a la ficción, mientras que la literatura, encabezada por *Respiración artificial*, se aproxima a la realidad.

El trabajo se estructura en tres capítulos. El primero de ellos hace un recorrido histórico de la evolución y desenvolvimiento de los términos *periodismo* y *literatura* antes, durante y después del siglo XIX. Tomamos como parteaguas este siglo pues a partir de él surgieron los límites entre cada uno y, sobre todo, la *episteme* que los rodea. El recorrido permite conocer los puntos de convergencia y divergencia de cada texto hasta conformarse en géneros aparentemente separados entre sí y con funciones sociales distintas. En el desarrollo del capítulo comentamos las condiciones sociales que posibilitan la construcción de conocimiento sobre la realidad en torno a cada género.

El segundo capítulo acota la investigación al contexto sociopolítico de Argentina durante la última dictadura militar, la cual abarcó de 1976 a 1983 y del que tomamos el periodo comprendido entre 1976 y 1979 en vista de que en estos años se presenta más intensamente el terrorismo de Estado. El capítulo da cuenta profusamente del significado que había detrás del término *subversión* o *subversivo* y que era reproducido por la prensa escrita con fines políticos. La investigación avanza en el papel que, por un lado, periodismo y, por el otro, literatura asumieron durante la época y los horizontes que tenían para trabajar sobre los acontecimientos que vivía el país. En ese sentido, el documento apunta a que el periodismo simulaba la realidad mientras que la literatura la representaba.

El tercer y último capítulo analiza el corpus elegido, en este caso, las notas periodísticas de *Clarín* y pasajes de la novela *Respiración artificial*. A partir de lo recabado en el primer y, sobre todo, segundo capítulo; construimos la interpretación en torno a las representaciones textuales que hace cada género. Dicho esto, el trabajo se inclina a considerar que por medio de las palabras y la narrativa que periodismo y literatura conciben se refleja una visión con respecto a los hechos que acontecían en el país alrededor de los desaparecidos y exiliados. Tomamos, por parte del periodismo, el uso del término *subversión* o *subversivo* y, por parte de la literatura, la omisión a la palabra *desaparecido*, *exiliado* o *subversión/subversivo* para ejemplificar nuestra hipótesis. A saber: que el periodismo, entendida como un texto de *no-ficción*, inventa hechos para simular la realidad, y que la literatura, entendida como un texto de *ficción*, se aproxima a la realidad.

En la parte final del trabajo problematizamos las transformaciones de los géneros a la luz de algunas teorías literarias y antropológicas. Resumimos lo expuesto en la investigación al mismo tiempo que discutimos los hallazgos y, sobre todo, esas modificaciones que puede haber de los géneros a partir del corpus de análisis que elegimos.

Capítulo 1: Periodismo y literatura

1.1 Breve introducción

Rastrear los inicios del periodismo y de la literatura –y, sobre todo, de la noticia y de la narración– implica remontarnos al momento en que el ser humano ocupó el lenguaje como herramienta para transmitir información sobre la realidad y su condición en ella, fuese a micro o a macro escala. Y, sin embargo, los conceptos de *periodismo* y *literatura* aparecen por primera vez en el siglo XIX. La delimitación tajante entre estos géneros surgió durante la época decimonónica, con influencia de la actividad intelectual y cultural de las décadas anteriores.

En este sentido, fueron de especial importancia la Ilustración y el Romanticismo, dos movimientos que propondrían diferentes epistemologías e ideologías que, sin embargo, convergieron en algún punto. Es en este periodo que cada género recibe atribuciones sociales diferentes y, sobre todo, características que con el pasar del tiempo parecerían “naturales” a ellos y que contrastaban con las que hasta ese entonces habían tenido.

De este modo, lo que le antecede al *periodismo* y a la *literatura* son productos que bien por su forma, bien por su contenido y distribución se asemejan a lo que ahora conocemos por tal. Por lo mismo, en este capítulo comentaremos los antecedentes que cada género tuvo en los siglos previos al XIX, enfatizando las rupturas y distinciones que algunos intelectuales hacían de ellos. Consideramos, pues, que el siglo XIX significó un parteaguas a nivel mundial. En Europa y, más tarde, en América se sucedieron revoluciones que reestructuraron a la sociedad en la que vivimos. La *episteme* de este siglo, así como la del XVIII, recorre nuestros días.¹

En vista de ello, para ubicar los antecedentes de dichos géneros nos situamos, primero, en Europa para migrar, más tarde, a América, específicamente a Argentina, donde se ubica el

¹ Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI Editores, 1966. Impreso. 262-3.

corpus de análisis. Por si no resultara obvio, consideramos que Europa influyó política, económica y culturalmente en América. Dicha influencia es palpable al ver el pasado, ya que encontramos que las revoluciones suscitadas primero en el viejo continente tuvieron sus análogas en el nuevo. Así, es en Europa donde nacen los modelos para hacer periodismo y, al mismo tiempo, las reflexiones teóricas de lo que *es* la literatura.

Asimismo, mencionamos que a lo largo de este capítulo apuntaremos, cuando el desarrollo lo permita, a ejemplos de nuestro propio corpus de análisis, el cual se ciñe a las notas que el diario *Clarín* publicó durante el Proceso de Reorganización Nacional (PRN), nombre que recibió la última dictadura argentina, y a *Respiración artificial* (1980) de Ricardo Piglia, que vio la luz en el mismo periodo.

1.2 Periodismo y literatura antes del siglo XIX

El ejercicio que hoy consideramos como periodismo ha sido una actividad antigua, ligada directamente a la transmisión de información. Jesús Timoteo Álvarez (2004) observa que la comunicación social, eje principal del periodismo, ha existido desde que el ser humano supo codificar primero y transmitir después principios básicos de supervivencia. Comenta, además, que la comunicación se ha empleado para justificar y mantener una organización de poder social, algo que se aplica en casos como nuestro corpus de análisis. Aunado a esto, Álvarez comenta que la noticia como una fórmula relativamente moderna, con características propias, que sistematiza y transmite información por medio de dispositivos y repositorios innovadores, sean impresos o, en los últimos años, digitales (25).

Coincidimos en que las noticias y las formas de comunicarlas siempre han existido. La diferencia, sin embargo, es que las noticias *periodísticas* nacen de la actividad de *publicaciones periódicas* que surge hasta el siglo XVI con la invención de la imprenta. De ahí que la observación de Álvarez con respecto a la noticia como fórmula moderna de transmitir

información sea pertinente a resaltar. Gracias al avance tecnológico hecho por Gutenberg, la información, convertida en un texto similar al que ahora podríamos considerar noticia, que anteriormente se escribía a mano y circulaba en pequeños grupos de personas se masificó para una sociedad que buscaba estar informada de su entorno de forma recurrente. A pesar de contar con la imprenta de su lado, el *periodismo* tardaría aún tres siglos para establecerse como una actividad formal con características propias.

Antecedentes concretos del quehacer periodístico se encuentran en la Antigua Grecia. Jaume Guillamet (2004) apunta a que emperadores como recorrían los territorios en campañas militares en compañía de escritores. Algunos de ellos, como Herodoto, Jenofonte o Tucídides, relataban por medio de la palabra los acontecimientos en los que se veían envueltos los primeros (44). Aquí observamos la relación entre historia y periodismo, puesto que algunas de las figuras mencionadas (Herodoto, por ejemplo) están con un pie en ambos campos. Y, sin embargo, la relación entre periodismo e historia es más profunda de lo que parece.

En su libro *La historia es una literatura contemporánea* (2016), Ivan Jablonka piensa que la historia, como ejercicio y disciplina discursiva, se encarga de crear un “razonamiento histórico”, el cual define como una serie de operaciones que quiere “buscar, comprender, explicar, demostrar” lo que “los hombres hacen de verdad”. Agregaríamos, sin embargo, que se busca encontrar lo que “los hombres hacen de verdad” en la práctica material, esto es, en hechos rastreables de la realidad, en contraposición a las interpretaciones metafísicas de otros siglos. Se habla, pues, de los acontecimientos. Jablonka también apunta a que el razonamiento histórico se encuentra en otros géneros, los cuales, a nuestro parecer, surgen como tubérculos de la historia, como ramificaciones del ejercicio. Entre éstos se encuentra, en palabras del autor, el periodismo (136-42). Esta aproximación permite que entendamos que el periodismo y la historia se proponían hablar de hechos verídicos.

Desde la Antigua Grecia se daban cuenta de los acontecimientos y, sobre todo, existían vínculos con el poder. En efecto, el periodismo siempre ha guardado alguna relación con la política, si bien esta relación sufre de sus altibajos a lo largo de la historia. De este modo, consideramos que el periodismo atraviesa por momentos dialécticos que dejan entrever sus posiciones en el campo intelectual y cultural. Por ejemplo: mientras que en la Antigua Grecia los escritores viajaban al lado de los emperadores con el fin de detallar las hazañas y acontecimientos en los que estos últimos se veían envueltos, durante el siglo XVI las personas que se dedicaban a la escritura y publicación de noticias sufrían de censura y, en ocasiones, acoso por parte del Estado monárquico, lo cual dificultaba la circulación de éstas. Ya Guillamet apunta a que, en Maguncia, donde Gutenberg había puesto a punto la imprenta en 1454, se estableció la censura en 1486 (46). De hecho, consideramos que desde el siglo XIX, cuando cobró conciencia de sí mismo (de su quehacer, de su función, de sus características) y se amparó en la ideología dominante de la época, el periodismo ayudó al gobierno y al Estado y, por medio de ello, influyó en la percepción que puede tener una persona sobre la realidad.

En cualquier caso, entre los siglos XVI y XVIII se concibieron textos con los cuales la noticia compartiría características más adelante. Se encuentran, así, las relaciones, los libelos (hojas de opinión y propaganda) y los *canards* (relatos de hechos curiosos y extraordinarios) (51). A estas publicaciones les faltaba el rigor que más tarde se impondría en el periodismo. La forma de hacer noticias, de escribirlas e incluso de concebirlas era opuesta a la que vendría después.

El quehacer *literario*, por ejemplo, permitió que las noticias adoptaran “formas narrativas atractivas, tributarias durante bastante tiempo de la literatura popular, como cartas y romances de ciego” (52). A ello le agregamos también que la verificabilidad del texto noticioso, característica que se le atribuiría más adelante, no existía en esta época. La noticia era imprecisa en su información. Los *canards* que mencionamos previamente, por ejemplo, se consideraban

textos que trataban acontecimientos extraordinarios (terremotos, inundaciones, accidentes) de manera fantasiosa.

Si bien el término *periodismo* viene del *periódico*, esto es, del dispositivo por medio del cual se dan a conocer unos textos con cierta periodicidad, hay un antecedente del mismo durante estos años: la gaceta. Las gacetas se imprimían semanalmente y tenían distintos dueños, por lo cual variaban en su contenido. Había gacetas tanto estatales como particulares. Y en estas últimas se proporcionaba información que se “reproducía de otras gacetas u obtenía del propio gobierno que autorizaba la publicación” (56). El gobierno fungía, en muchos casos, como fuente oficial y, sobre todo, única. La forma en que se recolectaba la información dista del reporte que, en los años próximos, daría al periodismo otra forma.

De este modo, las gacetas que se dedicaban a brindar información militar y política pertenecían al Estado, mientras que las particulares publicaban información cultural o científica. Poco a poco, sin embargo, las técnicas de publicación serían adaptadas al periódico e incluso fue éste quien se encargaría más tarde de publicar cualquier información, sin que el Estado tuviera un control monopolístico de la misma.

Si bien lo anterior corresponde al desarrollo del periodismo en Europa, lo cierto es que la influencia de ésta existe en América desde la época virreinal. En 1722 aparecería el que Guillamet considera “el primer periódico de Iberoamérica”: *La Gaceta de México*. A pesar de que el término suene anacrónico, hemos de recordar que durante el Virreinato de la Nueva España el territorio del centro de México llevaba por nombre “Reino de México”. Por lo mismo, damos visto bueno a este dato. Asimismo, observamos que la publicación de gacetas y periódicos se perfeccionaría en Iberoamérica hasta que en 1801 nace en Argentina el *Telégrafo Mercantil*, el primer periódico formal del país (De Marco 25; Guillamet 70).

Con todo, podemos ubicar cierta distinción entre *literatura* y *periodismo* en los años previos al siglo XIX. Ésta, pues, es particular y consideramos que en lo general ambos géneros compartían más rasgos que distinciones. Y es que, a diferencia de los poemas, tragedias o narraciones épicas, el *periodismo* atendía a la inmediatez.

En efecto, las noticias se empleaban para informarse de los acontecimientos próximos en espacio y tiempo. Así, mientras el *periodismo* daba cuenta de los hechos cercanos que podían afectar a la realidad material del interesado (por ejemplo, comerciantes o gobernantes que se informaban sobre el avance de piratas o ejércitos enemigos), la *literatura* asumía un carácter asincrónico, ideológico y psicológico en el receptor. La *literatura* influía en el conocimiento que tiene la persona sobre la vida, la realidad, la existencia, el ser humano y, especialmente, sobre sí mismo, algo que a nuestro parecer adoptaría más tarde el periodismo, durante el siglo XX con los discursos propagandísticos, y que se consideraría *exclusivo* de él y de los discursos afines. Las obras literarias modificaban la percepción que tenía el receptor de la realidad donde se sitúa y, gracias a lo mismo, su comportamiento quedaría condicionado.

Valga aclarar que entendemos por *ideología* nosotros lo que Louis Althusser (1969) concibió por tal: una herramienta simbólica, discursiva sobre todo, que “prescribe prácticas materiales reguladas por un ritual material, prácticas éstas que existen en los actos materiales de un sujeto que actúa con toda conciencia según su creencia” (28). Para Althusser, la ideología condiciona la forma de actuar de los sujetos y, sobre todo, su relación con la posición que tienen en las jerarquías sociales.

Recuperamos del autor esto último y agregamos: la ideología, en este caso, condiciona la forma en que las personas reciben e interpretan los discursos de cada género, en este caso el periodismo y la literatura. A éstos se les atribuye una especie de aura que predispone al sujeto a leer el texto de cierto modo. En este caso: el periodismo como un ejercicio que da cuenta de

hechos verídicos y la literatura como un discurso que inventa hechos. Esto, sin embargo, se contradice con nuestro corpus de análisis. De hecho, el supuesto de que el periodismo habla de hechos verídicos, mientras que la literatura los inventa, resulta menos estable de lo que la ideología quiere aparentar. Ya en el siglo XIX hay contradicciones en cuanto a esta voluntad. Hablaremos, pues, de las evoluciones que cada uno presenta entre el siglo XIX y el XX, las circunstancias históricas en las que se vieron envueltos y los proyectos políticos que reprodujeron en sus respectivos discursos.

Antes de ello, recordemos que tanto *literatura* como *periodismo* guardaban relación con la *historia*. Mientras que el segundo es, a nuestra interpretación, un tubérculo de esta última, los tres estaban en el campo de las “bellas letras”. Herodoto, Homero o Jenofonte llevaban a cabo registros de los acontecimientos que *realmente* sucedieron, los cuales pueden rastrearse en lo material, y no en lo ideal, sí, pero la *literatura* podía hacer lo mismo. Hablaba, a su manera, de acontecimientos que *realmente* sucedieron.

Si la labor del historiador comprende la interpretación de textos que se encuentran diferidos en tiempo y espacio del momento en que se leen, diríamos, pues, que Sófocles hizo su propia labor histórica con *Edipo Rey* a raíz de que la obra re-interpreta el mito y la historia de Edipo. (O, en su caso, Esquilo con *Los persas*.) Como ya se infiere, la *literatura* también encuentra sus antecedentes en la Antigua Grecia. Ahí, sobre todo, tiene sus primeras reflexiones teóricas aunadas a las primeras luchas intelectuales que tendría con otros discursos.

A su manera, la *literatura* cumplía una función social por sobre una función estética, la cual recibiría después. Platón y Aristóteles eran conscientes de ello, y de ahí que el último haya analizado extensamente la tragedia como género dentro de su *Poética*. En ésta, Aristóteles observó dos cosas. La primera: que la tragedia, como género, debía remover emociones en el receptor por medio del personaje principal de la obra, con el cual iba a identificarse por ser una

persona poco más allá del promedio, con virtudes y, sin embargo, defectos que le permitieran al mismo receptor verse reflejado en este personaje. Y ya que a este último le suceden desgracias, el receptor atravesaría por una catarsis que, al final, condicionaría su comportamiento y lo guiaría por el *buen* actuar, en contraposición al *mal* actuar que tuvo el personaje.

La segunda, y que se relaciona con la primera, es que *poeta e historiador*, así como *filósofo*, eran cosas distintas. Por lo mismo, había que desconfiar del primero en vista de que carecía de la *rigurosidad* del segundo. En efecto, para Aristóteles el poeta *mentía* y con sus mentiras podía *engañar* a los receptores, modificar la percepción que el individuo tenía de la realidad y, sobre todo, a nuestro parecer, posicionar a dicho sujeto en contra de personas que *sí* decían la verdad, como lo eran los filósofos.

Aquí se evidencia la lucha intelectual que había entre los diferentes actores sociales que trabajaban en el plano simbólico con los discursos. Esta lucha no fue exclusiva de Aristóteles o de los poetas pos-socráticos. Es, de hecho, una pelea que se remonta al momento en que la filosofía nació como discurso emancipado de los poemas homéricos. Como hemos mencionado hasta el momento, la mayoría de los discursos que circulaban en la sociedad antes del siglo XIX carecían de distinciones entre sí. La tragedia podía asumir un papel filosófico tal cual lo habían hecho los poemas homéricos en la época presocrática. Con el pasar de los años, los discursos se opusieron unos a otros de forma más bien idealista y no material. Esto es: en la práctica la literatura puede abordar temas sociales tanto como lo hace la filosofía, en su tiempo, o la sociología tan pronto ésta surgió como ciencia. Incluso puede desarrollar premisas y conclusiones muy similares a éstas, responder a incógnitas que parecen propias de otros discursos.

En el caso griego, observamos que los filósofos temían por la influencia que la *literatura* podía tener en los sujetos sociales. Por lo mismo, los filósofos buscaban delimitar los campos de influencia de uno y otro discurso. Dividían, pues, lo *literario* de lo *filosófico* y de lo *histórico* con el fin de que los receptores interpretaran de manera distinta cada género. Gracias a esto, la filosofía se invistió de un papel de sabiduría (podríamos decir, de sabiduría *objetiva*), mientras que la poesía quedaba en segundo plano.

A Aristóteles y a su maestro, Platón, quien consideraba que los poetas no debían entrar a su República ideal por *mentirosos*, se le agregan intelectuales que más tarde hablarían de los arquetipos sociales que hay en obras literarias. Para Theodor Adorno y Max Horkheimer (1944), Ulises representa los valores burgueses que más tarde se impondrían en la sociedad decimonónica. *La Odisea* contiene en su narración estos valores, este comportamiento que, durante la instauración del capitalismo como modelo imperante en el mundo, asumirían las personas.²

De este modo, podemos argüir que la *literatura* es un vehículo ideológico y, por extensión, epistemológico de la realidad. Y la tragedia no es el único texto que lo condensa. Los poemas épicos –como lo analizan Adorno y Horkheimer– y, posteriormente, los cantares de gesta tenían fines similares. Estos últimos, por ejemplo, eran escuchados por el pueblo, por un lado, para entretenerse e instruirse en hechos que llevaban a cabo los héroes y, por el otro, para aspirar a ser como éstos, para encontrar en ellos un modelo a seguir.

Así, lo que llamamos de forma anacrónica *literatura* y *periodismo* cumplían funciones parecidas: informaban, instruían y, si se le quiere ver, construían un conocimiento sobre el mundo. La *literatura* tenía, no obstante, un papel políticamente activo. Era un agente de

² Adorno, Theodor y Max Horkheimer. *Dialéctica de la Ilustración*. Valladolid: Editorial Trotta, 1997. Impreso.

cambio, fuese en beneficio o en detrimento del poder. Y siempre compitió con otros discursos en la formación e interpretación de la realidad por medio de sus símbolos.

Esto se diluiría en el siglo XIX. Las revoluciones liberales trajeron varias consecuencias. La principal fue que el modelo económico cambió. Con esto, se instauraron proyectos políticos, económicos y sociales que buscaban nuevos horizontes. Entre éstos se encuentran la separación entre el Estado y la economía, el privilegio que recibió la ciencia –y, sobre todo, la ciencia natural, con sus metodologías– como el único modelo para acceder a la realidad y, por último, aunque no por eso menos importante, el relego que se le dio a la *literatura* por adolecer de un conocimiento *objetivo, comprobable y cuantificable*, de la realidad.

1.3 Periodismo y literatura en el siglo XIX

Como hemos dicho hasta el momento, el siglo XIX supuso una serie de modificaciones en la sociedad. De entrada, el modo de producción cambió a nivel mundial: se pasó del feudalismo y la monarquía al capitalismo y la democracia. Este modelo, surgido en Europa y, especialmente, en Inglaterra, se impuso en el mundo y, por lo mismo, nuevas ideologías, que lo legitimaron, fluyeron a los diferentes rincones del planeta. Ello, pues, trajo un viraje en la epistemología. Si bien parece lejana en tiempo al corpus de análisis, argumentamos que esta *episteme* se extiende hasta nuestros días.

Así pues, hubo un giro en la manera de aprehender el mundo dentro la sociedad. Dijimos en líneas previas que la ideología condiciona la forma en que el sujeto se reconoce en el mundo y lo interpreta. Dichas ideas circularon, primera y notoriamente, en el discurso científico, el cual condicionó las prácticas –en este caso, lecturas– que se hacían de los géneros literario y periodístico, respectivamente. De esta forma, observamos que a raíz del siglo XIX el discurso opta por construirse a partir de la verificación del conocimiento. Gracias a este procedimiento,

cumple con la expectativa impuesta en la época. La voluntad de aquel momento establecía que todo conocimiento debía ser verificado para ser *útil*. Y todo conocimiento que no atravesara por este proceso resultaba descartado (Foucault 21).

Y si bien nunca se explicita qué tipo de fenómenos podían verificarse o ser verificables, cabe considerar que en el devenir del conocimiento científico y del conocimiento en general se privilegiaron, como hemos dicho, los fenómenos físicos, materiales, sobre todo aquellos que correspondían al campo de las ciencias naturales. Esta forma de verificar descartaba *de facto* cualquier análisis que se centrara en procesos inmateriales como podía ser la cultura.

De este modo, se contemplaba a las ciencias naturales como *las* ciencias por excelencia, en vista de que se encargaban de los problemas del planeta. Y de ahí, también, que las formas de abordar los objetos de estudio de las ciencias naturales se trasladaran a las nacientes ciencias sociales. Se pensaba que éstas tenían equivalencias con las primeras. O que en todo caso debían equivaler a ellas. Por lo mismo, las variables sociales quedaban descartadas.

Debido a lo anterior, el discurso, ya entrado en el siglo XIX, abandonaría la imprecisión que había *sufrido* previamente. Con la ciencia a la vanguardia, el conocimiento se daría *sólo* mediante la verificación y, sobre todo, mediante un método científico que privilegiaba los fenómenos físicos y naturales, con sus leyes, por sobre los inmateriales y culturales. El método científico, así, como metodología, impuso la idea de que *sólo* a través de él se podía acceder a lo *real*, a lo *verdadero* y a lo *objetivo*.

Lo anterior da pie a que surjan, por un lado, el positivismo como filosofía y metodología científica y, por el otro, el científicismo, más como una aspiración a la cual llegar que como una práctica universal que pudiera servir para cualquier caso de estudio. Y tanto el positivismo como el científicismo sirvieron para construir la ideología dominante de la época, que oscilaba entre éstos y el liberalismo económico que tomaría lugar en diversos países como parte de la

agenda política. Estos tres aspectos permitieron que el periodismo se legitimara como un discurso que, a su modo, los incluía. Y los tres aparecieron progresivamente en el género. Esto es: sucedió a lo largo de los años. Si bien, como veremos más adelante, en el siglo XX nace una desconfianza hacia esta metodología y, por extensión, hacia el periodismo, lo cierto es que aún durante este siglo el género se ampara en el supuesto positivista.³

Hablando ya sobre las ciencias sociales, habría que recordar la condición en la que se encontraba la historia para este momento. En vista de que buscó emanciparse, tal cual la filosofía lo había hecho siglos antes, de las “bellas letras” y, por extensión, de la literatura, la historia abrazaría en el siglo XIX las metodologías de las ciencias sociales y formaría parte de ellas. Por su proximidad con la historia, el periodismo asumió, entonces, la *objetividad* que a ella se le atribuiría, así como el registro textual y las metodologías que ayudaban a alcanzar ese objetivo y a construir su discurso.

De hecho, observamos que a partir de este periodo hay una cierta voluntad por parte de los editores de verificar la información que publicaban. Decimos “cierta” ya que, en casos que veremos más adelante, la información bien podía ser inventada o falsa. Sin embargo, consideramos que, motivados en gran medida por el cambio epistemológico del momento, que apelaba a la *objetividad* y la cientificidad en el discurso, el público exigió a los empresarios del periodismo que publicaran noticias certeras sobre lo que acontecía a su alrededor. De este modo, la aproximación que se hacía al género se modificó: ahora se buscaba la mayor precisión posible en el discurso, lo que implicó una serie de metodologías que mencionaremos en el siguiente apartado.

En tanto que se ocupaban de fenómenos referenciables, periodismo e historia podían verificar sus contenidos y erigirse como *verdaderos* o que daban cuenta de lo *real*. Además, el

³ Tomasi, Gustavo. “La ‘objetividad’ del género informativo”. *La Trama de la Comunicación*, 10. 2005: 1-18.

liberalismo, que abogó por la separación entre la empresa privada y el Estado, permitió que el periodismo, por ser una actividad con fines de lucro, se asumiera como un espacio de “libertad” de y para los individuos. Esta libertad justificó que el periodismo expresara la “verdad” social, la cual podría ampararse en que contravenía el interés del Estado. Así, se asociaba la “libertad” del liberalismo con la “verdad” que se alcanzaba gracias al positivismo: sólo siendo libre uno podía llegar y, sobre todo, decir la verdad. En este marco surge la llamada “libertad de expresión”, bandera con la cual el periodismo se concibió como un lugar que defendía los intereses de la gente *libre*.

Paralelamente, el periodismo cimentó, transmitió y legitimó las bases del liberalismo por medio de su discurso. Buscaba, con ello, influir en el comportamiento de los lectores y, más tarde, como lo desarrollaremos en líneas subsecuentes, en la opinión pública. El Estado descubrió esta herramienta en los momentos críticos y supo ocuparla. Todo lo anterior, no obstante, ha dejado entrever sus propias contradicciones en el transcurrir de la historia y, más aún, en el caso argentino.

Mientras, resumamos. Las consecuencias que hubo para esta época son, a nuestro parecer, dos. En primer lugar, los discursos como la historia y el periodismo –que ya perfilaban sus distinciones y sus características propias– se separan de las bellas letras. En segundo lugar, y a manera de coda de lo anterior, la capacidad de la literatura por influir en la realidad y de aprehender de ella su contenido queda diezmada.

La historia y el periodismo elaboraron su discurso a partir de entonces gracias a la verificación, sobre todo la de corte positivista. El segundo se apoyaría, además, de los avances tecnológicos, sobre todo en el ferrocarril y telégrafo, para fundar agencias de noticias que rebasaran las limitaciones que hubo en los siglos previos en cuanto a la recolección de información. Recordemos que, en principio, la construcción de las noticias estaba supeditada a

las fuentes oficiales, las cuales radicaban en el Estado. Los redactores incluso resumían información de otras gacetas que ya habían pasado el filtro de censura. De este modo, la información entraba en un circuito de reproducción limitada que daba noticias escasas (Guillamet 27).

Con los adelantos tecnológicos se rompió este cerco. El reportero, entonces, tenía mayor libertad de recabar información con otros actores sociales. Asimismo, el Estado levantó las restricciones previas de censura. En este periodo, se dio un cambio en el tipo de publicaciones que se hacían. Mientras que en las primeras décadas del siglo XIX los periódicos publicaban información política, en el transcurrir del mismo siglo este modelo decayó en favor del periódico noticioso o, lo que es lo mismo, la prensa noticiera.

A diferencia del periódico político, el noticiero ocultaba la ideología que lo motivaba. Se dedicaba más al aspecto informativo, a pesar de que en el fondo respondía también a directrices políticas (Sánchez Aranda 86). Por ejemplo: la prensa que abogaba por el liberalismo publicaba información con respecto a por qué este modelo filosófico, económico y político debía aplicarse en la realidad. Contemplamos, pues, que *también* las noticias y la manera de construirlas responden a una ideología, a una forma de capturar el acontecimiento, tratar la información y construir la noticia.

Ahora bien, a pesar de que el liberalismo y cientificismo le permitían al periodismo asumirse como un lugar *objetivo* y que publicaba la *verdad*, la práctica desmentía, de algún modo, esta supuesta característica. En siglos previos, editores como Théophraste Renaudot, Tobias Peucer y Samuel Buckley aceptaban abiertamente que rara vez las noticias “cuenta[n] la historia *verdadera*” de los actores políticos. Por lo mismo, los editores justificaban “la imperfección de las noticias, debido a la prisa y a la imposibilidad por verificarlas”, ya que,

como decía Samuel Buckley, se amparaban en que “el lector era capaz de formar su propio juicio” (Ctd. en Guillaumet 72-3).

La *verdad* era algo que no le interesaba al *periodismo* de la época anterior, pero era algo que éste decía tener y por medio del cual se amparaba. Podía o no tenerla en lo práctico, es decir, en el contenido que transmitían, tal cual observaremos más adelante con la prensa amarillista, pero indiscutiblemente *pensaba* que lo tenía por *naturaleza*.

Debido a esto, e instalado como una actividad periódica y, sobre todo, como un negocio rentable, el periodismo perfiló características que lo contraponían a otros discursos. Esas características, al mismo tiempo, guardaron relación con algunas que la historia arrojó en su separación de las bellas letras. La más importante es, a saber, el lenguaje por medio del cual comunicaban su discurso. Éste tenía que ser claro, sencillo y, de preferencia, coloquial, alejado, por lo mismo, de la retórica literaria que hasta ese momento había permeado el lenguaje y que, consideraban, contaminaba la *objetividad* del discurso. Peucer había pensado en su momento que el lenguaje del periodismo debía ser “por un lado, puro, por otro, claro y conciso” (ctd. en Guillaumet 73), algo que continúa vigente hasta nuestros días. Esta pureza, claridad y concisión la encuentra Jablonka en la historia pos-decimonónica (103). Si bien se distingue del lenguaje periodístico en cuanto que el histórico ocupa más tecnicismos, el objetivo de ambos es el mismo: romper lazos con el lenguaje metafórico y estético de la literatura.

Dicho lenguaje le sirvió al periodismo para tener un papel político más activo en la sociedad. Durante este periodo, el Estado, que otrora limitaba la circulación de periódicos, encontró que éstos podían educar a las personas (Álvarez 31), con lo cual le restaba responsabilidad en materia educativa. El liberalismo jugó un papel importante ya que permitía la libre circulación de la prensa y, sobre todo, la posibilidad de oponerse al Estado dado su propia desvinculación.

En Estados Unidos, editores como Joseph Pulitzer concebían el periodismo como un vehículo de educación para las personas que migraban de Europa a Estados Unidos sin saber inglés. En el periódico de aquél predominaban las noticias, a las cuales se les imponía el rigor de verificabilidad que mencionamos líneas arriba. El ejercicio de Pulitzer se ceñía a que “[n]o se inventaba noticias que le convenían”, sino que “respetaba la *verdad*” (Sánchez Aranda 111-2). Así, continuó con las exigencias de un discurso que pedía la verificación como el filtro más importante en la publicación. Al mismo tiempo, fue devoto de la *verdad*. Ambos fenómenos responden, a nuestro parecer, a la ideología dominante de la época en la que, recordemos, convergían positivismo, científicismo y liberalismo.

Y, sin embargo, este modelo contrastaba con el de la prensa amarillista, surgida en el mismo periodo, que oscilaba entre la información *verificada* e información falsa. E incluso con el de las observaciones que los editores de otros siglos hicieron. En cada caso, se evidencian las contradicciones del género. A pesar de que personas como Pulitzer consideraban que el periodismo debía encaminarse a la *verdad*, tanto la prensa amarillista como algunos empresarios contemplaban que el periodismo no debía decir la *verdad* y, por el contrario, debía ocultarla.

Así pues, observamos que, durante el siglo XIX en Estados Unidos surge el modelo de prensa amarillista que se considera como parte integral de la historia periodística. Este modelo combinaba la publicación de noticias verificadas con noticias falsas, con las cuales removía sentimientos y pasiones de los lectores. William Randolph Hearst, editor de este tipo de prensa, incluso llegó a inventar noticias en sus periódicos. Y, por lo mismo, no resulta sorprendente decir que uno de los propósitos de la prensa amarillista era causar impacto a partir de noticias falsas.

Este preciso caso expone que los límites entre uno y otro género, y las funciones sociales que recibían entonces, resultaban más ideológicos que prácticos. Esto último delimitó que la literatura provenía de un *yo*, de una invención personal, de elementos inescrutables en la realidad (Perus 4). Por su parte, fijó que el periodismo se aproximaba a la realidad por su relación con la historia. Así, las condiciones de lectura de cada género y las características de ellos contrastaban entre sí: por un lado, el periodismo como lo *objetivo, real y/o verdadero*; y, por el otro, la literatura como *lo subjetivo, inventado y/o falso*.

De este modo, la verificación en el periodismo como característica *inmanente* y como metodología por medio de la cual se alcanzaba lo anteriormente mencionado se justificaba gracias al cientificismo. Y a su vez esto les permitió a los editores, empresarios ya, combinar dos aspectos innovadores a su manera: por un lado, encontraron posible influir en el comportamiento de los sujetos debido a las condiciones que la ideología enmarcaba para el resto de la sociedad; y, por el otro, la posibilidad de vender información con estas características y enriquecerse por medio de la venta. Y, no obstante, periodismo y literatura podían llevar a cabo las mismas tareas. Las diferencias prácticas eran difusas. En el siglo XX dichas contradicciones se evidenciarían sobre todo durante y después de las Guerras Mundiales y con los conflictos que derivaron históricamente de éstas.

Aun así, los elementos estilísticos que mencionamos hasta ahora atrajeron al público. Tenían en su haber un lenguaje “sencillo, capaz de ser entendido por gentes que tenían dificultades con un idioma que no era el propio”, lo que le valió que sus lectores leyeran el periódico y, sobre todo, se comprometieran con él. El periódico, entonces, se convertía en un espacio social, de identidad en algunos casos, que garantizaba del lector el involucramiento con la información publicada, así como con el ideario social que había en él.

A pesar de esto, literatura y periodismo coincidían en algunos espacios y en fines similares, aunque ya con lecturas distintas como lo hemos visto. Ambos podían publicarse en periódicos y los dos discursos eran ejercidos por escritores, periodistas y, más aún, políticos. Durante el siglo XIX, en la conformación de los Estados-nación en América Latina, el escritor, periodista y político construía un discurso, bifurcado en tres espacios, que exponía sus proyectos políticos. En México, por ejemplo, Vicente Riva Palacio escribía novelas que justificaban el liberalismo⁴ y, en Argentina, Faustino Sarmiento publicaba el *Facundo* (1845), obra que varios teóricos –y el mismo Piglia en *Respiración artificial*– apuntan como el texto fundacional de la identidad argentina.

En este tenor, muchos escritores de la época se abocaban al ejercicio novelístico, sobre todo aquellas novelas de corte realista o naturalista, género que estuvo de moda durante el siglo XIX con autores como Balzac, Stendhal y Zola, en Francia, y Riva Palacio y Sarmiento en América Latina. Aquí observamos que la literatura dimitió, en alguna medida, de su pasado fantástico, influido por el romanticismo inglés, y abrió puerta a temas sociales con un tratamiento muy parecido al que las ciencias le daban en ese entonces. En *El orden del discurso*, Michel Foucault comenta que la literatura se vio orillada a abrazar conocimientos científicos para legitimar su propio quehacer y no volverse obsoleta (Foucault 22-3). Si bien elude especificar el género del que habla, consideramos que Foucault habla de la novela.

Así, parece que los novelistas deseaban recuperar ese espacio que a principios de siglo se les quitó. A saber: el de un discurso con transitividad en la realidad. Buscaban estar a la par de la historia, la sociología y, por qué no decirlo, el periodismo, ya que éstos se consideraban *objetivos* y productores de un conocimiento tanto por su metodología como por su lenguaje. Novelas como las de Zola recibieron críticas por sus descripciones extenuantes que le servían

⁴ Chavarín, Marco. *La literatura como arma ideológica: dos novelas de Vicente Riva Palacio*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro, 2007.

al autor para transmitir la “realidad” al lector, pero que acababan por confundirlo y por no producirle ese “conocimiento” que los otros discursos sí.

El viraje es interesante. Ya que durante esta época se privilegiaba la verificabilidad del contenido discursivo, la literatura debía recurrir a dichas metodologías para no quedar relegada a un discurso que podía considerarse como “falso” en vista de su in-verificabilidad. De ahí también que surgieran a finales del siglo XIX poetas que se oponían a temas sociales y que volvían a tópicos personales como lo fueron los simbolistas franceses. Pero, a la vez, esta negación confirma paradójicamente lo que ya acontecía en ese momento en la literatura: la prevalencia del *yo*, del *individuo*, del sujeto aislado de la sociedad que *inventa* desde cero una historia.

La enfatización del *yo* en la literatura se produjo en el Romanticismo y, como lo hemos expuesto hasta ahora, se afianzó en el siglo XIX. Incluso cabría recordar que el proyecto liberal deviene de la *libertad individual* y, más concretamente, del abandono por parte del Estado (*nanny state*, como lo pensó Margaret Thatcher muchos años después en el marco del neoliberalismo) en la economía. Dicha aparición escindió en dos los discursos e implantó las nociones dominantes que aún ahora nos rigen y que hemos mencionado a lo largo de esta investigación: la objetividad y la subjetividad.

Así, y bajo esta perspectiva, la literatura implicaba la subjetividad del escritor, el *yo* interno que vivía ajeno a la sociedad y escribía en soledad. Ese *yo* impedía que lo escrito en una obra literaria formara parte del diálogo socio-histórico en el que participaban las ciencias sociales. De hecho, aún con obras literarias que tomaban prestado el lenguaje y la metodología de las ciencias sociales o el periodismo, la literatura era vista como un entretenimiento, un goce, un acto hedonista.

La principal consecuencia de esto en la literatura y, por ende, en el arte es que se les redujo a un simple efecto estético, de contemplación. Como el *yo* que escribía, *contaminaba* la objetividad, todo lo reflejado en su obra resultaba inescrutable y difícilmente rastreable en el mundo físico. Si acaso, pues, se trataba de un ejercicio mimético en los términos de imitación de la realidad propuestos por el mismo Aristóteles. Pero, por descontado, se considera que las ciencias sociales y el periodismo no *mimetizaban* la realidad, sino que la *representaban* o, en muchos casos, la *reproducían*.⁵ Por lo mismo, la literatura carecía de conocimiento o era un producto imposibilitado para generar algún tipo de conocimiento, alguna verdad sobre el mundo que describía y desde el cual se escribió. El *yo inventaba* y, por ende, no *investigaba ni verificaba*.

Si escritores como Zola empleaban técnicas narrativas muy similares a la etnografía o al lenguaje parco de la historia, era porque sentían la necesidad de acercarse a estos discursos que *sí* producían conocimiento. Nunca, sin embargo, cuestionaron la ideología dominante⁶ y si podían modificarla. Esto no demerita la obra de dichos escritores. Antes al contrario: busca poner en perspectiva que varios de ellos se vieron tentados por una escritura *no-literaria*. Y, como ya mencionamos, la parquedad de su escritura fue en detrimento del conocimiento que al final producían.

⁵ Para agregar a esta perspectiva, recuperamos las observaciones que Gabriel E. Merino (2011) hace con respecto al periodismo. Para Merino, el periodismo no *reproduce* tanto la *realidad* como, más bien, la *produce*: *produce* algo desde cero. Dice: “El campo periodístico-mediático pasa a ser además de mediador en términos teóricos (culturales, simbólicos), [a] mediador-organizador en términos prácticos. Para ello debe funcionar el mecanismo de producción de un efecto de realidad: el medio de comunicación se posiciona en el espacio social como un instrumento que refleja la realidad (que es un mecanismo de legitimación que apela al valor de la ‘objetividad’), pero en realidad funciona como un instrumento de creación de realidad”. Merino alude, a nuestro parecer, a la noción de *ideología* como ejercicio por medio del cual se influye en el actuar del sujeto. A su vez, esta intervención nos permite formular una pregunta subyacente en la investigación: ¿el periodismo *reproduce* o *produce*? Si prodújese, ¿qué lo diferencia de la *producción*, de la *invención* llamémosle, desde cero que hace la literatura con su discurso?

⁶ Los siglos XVIII y XIX supusieron, además, para la literatura una ruptura en sí misma con lo que antes era. Esta ruptura la encontramos, al mismo tiempo, en la ideología de la época. Jablonka observa que: “[...] a comienzos del siglo XIX, la generación de los Benjamin Constant, Madame de Staël, Bonald y Chateaubriand provoca un ‘cambio de literatura’ y da a luz la ‘nueva literatura’. El sistema de las bellas letras no deja de mezclar diferentes actividades de pluma, pero lo dominan cada vez los escritos de finalidad estética, los que otorgan una gloria superior o al menos igual a la de los hombres Estado...” (55).

Todo lo anterior provocó que la literatura perdiera la capacidad por influir en la realidad material. Argumentamos, ahora, que si bien existían proyectos literarios que reproducían el liberalismo (el caso mexicano y argentino, respectivamente), lo cierto es que estos productos se consideraban más como estéticos, de goce y hedonistas que como productores de conocimiento. Adolecían, dicho con otras palabras, de epistemología. Y, de ese modo, en vista de que hay un *yo*, la literatura no participa en los debates sociales porque su procedencia y voluntad no son *objetivas* sino *subjetivas*. A nuestro parecer esa implicación *subjetiva* dio paso a que la literatura es, ante todo, un discurso *estético* y no *antropológico, sociológico, histórico* y/o *filosófico*. Con el pasar del tiempo ese esteticismo se convirtió, para la mayoría, en sinónimo de *ficción, de invención deliberada y a-referencial*.

Por ello, esta investigación, como otras que recuperamos en el apartado subsecuente, propone que existen productos literarios que dudan y critican esta idea en torno a la literatura. De algún modo u otro, dichos productos *modifican* la concepción anteriormente referida y le devuelven a la literatura la capacidad para hablar e ingerir sobre y en la realidad. En contrapunto, observaremos que el periodismo y los límites que éste trazó con respecto a la literatura comenzaron a diluirse en el decurso del siglo XX, con el surgimiento de subgéneros narrativos que empleaban metodologías periodísticas (e históricas) y una retórica muy próxima a lo que se entendía, por entonces, como literatura.

1.4 Periodismo y literatura en el siglo XX (*Nuevo periodismo, novela de no-ficción*)

El siglo XX careció de una revolución social a gran escala como la Revolución francesa y las Independencias hispanoamericanas de la Corona española, pero contó con dos Guerras Mundiales y con conflictos sociales derivados de la reconfiguración que éstas trajeron. De hecho, nuestro contexto histórico y, por ende, las producciones discursivas que se hicieron en ese momento forman parte del conflicto geopolítico de la Guerra Fría, librado entre los

proyectos capitalista-liberal de los Estados Unidos y socialista de la Unión Soviética. A escala regional, este conflicto llegó hasta América Latina y, por extensión, a Argentina.

Dichos acontecimientos pusieron en entredicho el discurso que justificaba al modelo de producción. Antes de las guerras se consideraba que el capitalismo buscaba un progreso infinito de bienestar para la mayoría. El positivismo y cientificismo justificaron, en gran medida, el avance tecnológico y capitalista en países subdesarrollados, los cuales, según se consideraba en la época, se encontraban atrasados por adolecer de progreso. Por lo mismo, había que dárselos. Pero todo esto, al final, resultó contraproducente para el modelo de producción y su discurso. Por el contrario, una vez concluidos estos conflictos lo que hubo fue un serio cuestionamiento tanto a la sociedad como, y sobre todo, a la ideología dominante.

Por ende, se cuestionaron las funciones sociales que tenían los diversos discursos en el mundo, especialmente aquellos géneros que elegimos para la investigación. Ya fuese a través de textos académicos –allegados a la crítica literaria o a una naciente teoría periodística⁷– o ya fuese a través de obras literarias que ponían en tela de juicio las supuestas características inmanentes de cada uno, existió una producción discursiva e intelectual que empezaría a tejer otras perspectivas con respecto a las definiciones de cada género e incluso los recursos lingüísticos que empleaban para hacerse.

Y, sin embargo, la tensión de estas propuestas ha quedado irresoluta hasta el momento. A ello habría que agregarle las producciones discursivas que hibridaron las características del periodismo con la literatura y que aún son analizadas dentro de la academia por su aparente indefinición y complejidad, ya sea que se les considere como parte de un género u otro o, bien, como parte de un género nuevo. Para dar cuenta de todas estas circunstancias partimos del

⁷ En ésta encontramos los nombres de: Josep María Casasús Hurí (1989), Walter Miceli et. al. y Gonzalo Saavedra Vergara (2000).

principio del siglo XX y puntualizamos el efecto que las dos Guerras Mundiales tuvieron en la configuración política del mundo.

De entrada, la estructura política y económica del capitalismo estaba ya enraizada en la mayoría de los países occidentales. El liberalismo entró en jaque en el sentido práctico, aunque en el ideológico continuó como un paradigma social a alcanzar, sobre todo en cuanto al periodismo refiere. Esto implicó lo contrario a lo que el liberalismo propuso: al final, el sector privado, las empresas, colaboró con el público, el Estado, con el fin de alcanzar objetivos en común. Y si bien los objetivos podían variar, tanto en complejidad como en resultados, lo cierto es que en la mayoría de ocasiones las empresas de comunicación se beneficiaron económicamente del Estado, mientras que éste se legitimó en el poder gracias a la influencia de los periódicos en la opinión pública. El caso se da a partir de la Primera Guerra Mundial y llega hasta el Proceso de Reorganización Nacional con sus respectivas variables.

Por lo anterior, el gobierno encontró en el periodismo a un aliado ideológico. Descubrió en él, como advertimos líneas arriba, un espacio que condiciona la opinión pública, sea a favor o en contra de la administración pública. Y lo ocupó para legitimar proyectos políticos y culturales, ideas que dominaban en la época o que dominarían tiempo después. Esto se logró gracias a que, a finales del siglo XIX y principios del XX, la tasa de alfabetización creció, lo cual significaba que más personas sabían leer y escribir y, por ende, comprarían periódicos para estar informados. Se accedía, pues, para conocer lo que sucedía alrededor o en un espacio próximo que pudiera afectarles. Y, a la par, los gobiernos y editores entendieron que a través de las noticias podían transmitir ideas que les favorecieran en conflictos.

La tecnología en comunicaciones mejoró los canales por medio de los cuales se compartía información. Así, el intercambio de noticias entre países que se encontraban geográficamente distantes se dio de forma más fácil. De hecho, gracias a este avance la

información entre Europa y Estados Unidos fluiría de tal modo que entre los estadounidenses se creó un sentimiento anti-alemán durante la Primera Guerra Mundial que sirvió de justificación más adelante para intervenir en el conflicto europeo.

En ese sentido, el periodismo asumió un papel propagandístico, sobre todo en los países que ganaron la Primera Guerra Mundial.⁸ Según donde se viviera, los periódicos favorecían el proyecto político del país en cuestión. Con base en los trabajos que recuperamos, consideramos que la Primera Guerra Mundial sirvió de campo experimental para que el periodismo pusiera en práctica estrategias propagandísticas que moldearan la opinión pública. Y, en su caso, la Segunda Guerra Mundial perfeccionó dichas estrategias.

La propaganda circularía gracias a esos canales de comunicación que surgieron. De tal modo, la información publicada en Inglaterra llegaría, pues, a Estados Unidos, donde se generaba un sentimiento de odio contra el Imperio alemán que le valió intervenir en el transcurso de la guerra. Tanto Inglaterra como Francia, que se alzaron con la victoria, desarrollaron sistemas de propaganda que les sirvieron para ganar la guerra.

Ya que Alemania perdió el enfrentamiento, la Alemania nazi, en las décadas subsecuentes, desplegó estrategias de propaganda que legitimaron el proyecto político entre la población. Una vez instalado en el poder, el Estado subordinó la mayoría de diarios a las instituciones oficiales del régimen. Y aquellos que se opusieran sufrían represalias. El Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán acaparó el espacio periodístico con sus diarios o con los diarios a los que habían subordinado. Entre 1926 y 1936 el nazismo aumentó su presencia: de 11 mil ejemplares diarios que compartían el discurso creció a casi 4,5 millones (Chulia 265).

⁸ Según cuenta Ingrid Schulze (2004), “las autoridades imperiales [alemanas] no supieron atraerse la colaboración de los periodistas [en el terreno propagandístico]. Por el contrario, su fracaso en este campo daría más tarde origen a la peligrosa leyenda de que Alemania no había perdido la guerra en el campo de batalla sino en el de la dialéctica, vencida por una propaganda aliada humillante y difamatoria, a la cual los imperios centroeuropeos no supieron responder” (192).

Aunque lo parezca, esta observación no es menor. A nuestro parecer, el que haya tenido un mayor tiraje implica que más personas creyeron el discurso (por encontrarse en un género asociado a la *objetividad y veracidad*) y, por ende, en el proyecto político nazi. De hecho, Josep María Casasús (1989) considera que, dependiendo del tiraje que tiene el periódico, podremos contemplar el impacto que tiene dentro de la sociedad. Y, por lo mismo, el mensaje que transmite tendrá una recepción diferente en el lector (8-9). Asimismo, este acaparamiento del régimen nazi implicaba monopolizar la información que circulaba en la sociedad y transformar el mundo, la realidad, según la interpretación que éste daba. Esto, a su vez, podría entenderse por medio de los aparatos ideológicos de Estado de los que habla Althusser: dentro de estos periódicos va incluido el ideario nazi, el mundo que desean construir (26).

Aunado a lo anterior, consideramos que la propaganda nazi se ha convertido en una suerte de modelo periodístico que reaparece en diferentes contextos, entre los cuales encontramos el argentino. En el régimen nazi

[1]a prohibición de publicar y el asfixiamiento económico de las empresas periodísticas se convirtieron en los principales métodos para reconstruir el mapa de prensa alemana en el Tercer Reich. Pero neutralizar a la prensa que había pasado estos filtros requería la aplicación continuada de métodos de control sobre sus contenidos. Para ello se ideó un sistema de transmisión de consignas, denominadas eufemísticamente “normas del lenguaje” (Chulia 265).

Las palabras “seleccionadas” en el régimen nazi nos hace recordar a las palabras “prohibidas” que Gustavo Lespada (2018) recupera como fenómeno en la Argentina dictatorial. Esto resulta coherente si consideramos que la misma novela de Piglia alude al régimen nazi. Y también nos resulta importante para entender los modelos periodísticos que se emplearon –y quizá aún se empleen– en contextos de conflicto social. Las formas de propaganda que los

nazis concibieron se replicarían no sólo en los regímenes autoritarios, como las dictaduras latinoamericanas, sino también en regímenes democráticos, con representaciones similares, como lo son las administraciones públicas de Estados Unidos.

Asimismo, resaltar estos pasajes es de suma importancia, pues el contexto social del Proceso de Reorganización Nacional aparece entre los conflictos geopolíticos del mundo tras la Segunda Guerra Mundial y en el proceso de la Guerra Fría. Incluso las tácticas represivas y contrainsurgentes que ponían en práctica, y la ideología fascista que legitimaba a los dictadores argentinos en su accionar contra la población, guardan reminiscencias con los conflictos previos. Parte del discurso que elaboraron en colaboración con diario *Clarín* tiene un léxico (el “subversivo”, la “subversión”) que surge, primeramente, en Estados Unidos y llega, después, a Argentina como una forma de nombrar a los “comunistas”.

Por lo anterior, encontramos que durante esta época se empieza a dudar sobre las intenciones otrora benevolentes, justas y, sobre todo, *objetivas* del periodismo. Se pasó de considerarlo un espacio para darle “voz” a los problemas de la sociedad, de hablar de la *verdad*, de la *realidad* como en el siglo XIX se pensaba, a servir abiertamente al Estado en la legitimación de proyectos, fuesen públicos o, como también veremos en el caso de *Clarín*, privados. Hay, entonces, una primera duda con respecto al ejercicio periodístico. Schulze observa que, tan pronto concluyó la Primera Guerra Mundial, “[...] el desengaño producido [por la misma] generó una grave crisis de confianza en los medios impresos de comunicación” (188).

La crisis de confianza, no obstante, responde, a nuestro parecer, a una situación social mucho más amplia que recorre nuestros días desde casi 1945 y que se instala en diversos momentos de la historia en sus respectivos lugares. Algunos consideran que surge en el ocaso de la Segunda Guerra Mundial y con la caída de las bombas nucleares sobre Japón; otros, que

ocurre durante la década de 1980.⁹ (Para nosotros, en Argentina aparece con la dictadura militar.) En cualquier caso, varios apuntan a la Teoría Crítica, corriente académica que se desarrolla por la Escuela de Frankfurt, como la iniciadora de esta duda epistemológica y, más aún, como la crítica de los proyectos de la modernidad, aquellos que surgen en el fin del siglo XVIII. Para estos críticos, los instrumentos de la razón evolucionaron de tal manera que justificaron regímenes totalitarios y la subordinación de poblaciones frente al colonialismo y capitalismo.

En ese sentido, el cientificismo y positivismo entraron en crisis y, con ello, las ciencias sociales que se servían de ellos. Por lo mismo, se empezó a considerar que el método científico no es el *único* instrumento por medio del cual se puede acceder a la *verdad* y/o a la *realidad*. El positivismo entra en declive en este proceso y, por ende, la objetividad –como característica sobre todo del discurso– llega a un punto de crisis.

La duda, tanto por esa metodología como por la objetividad, se expresa en las investigaciones que se han hecho desde entonces con respecto al periodismo, como género, y a la noticia, como parte de él. El devenir de las tecnologías de la comunicación en el siglo XX –con el surgimiento de la radio, la televisión y, posteriormente, el internet– hicieron que se dudara incluso de la información que el periodismo recoge y transmite. Como dijimos previamente, la información también oculta una ideología y la forma en que se “construye” la noticia la refleja. La información y las representaciones textuales por medio de las cuales se expone ésta muestran la tendencia que tiene cierto periódico a favorecer o a atacar a cierto actor político (Leñero y Marín 47).

A su vez, esta forma de estructurar la información (la manera en que se distribuye dentro de, por ejemplo, un periódico) deja entrever la línea política e ideológica del diario en cuestión

⁹ Lyotard, Jean-Francois. *La condición posmoderna*. España: Ediciones Cátedra, 1987. Digital. Recuperado de: <https://www.uv.mx/tipmal/files/2016/10/J-F-LYOTARD-LA-CONDICION-POSMODERNA.pdf>

(Martini 4-5). Las investigaciones con respecto a este fenómeno arrojan como resultado que, en el transcurso del siglo XX, se crearan especializaciones en cuanto a la selección, construcción y publicación de informaciones. El periodismo, pues, evolucionó de tal manera que sus acciones resultaran más concretas y hubiera una cierta profesionalización detrás de ellas. De ahí que surjan, por ejemplo, los *gatekeepers*, individuos encargados de filtrar la información y, posteriormente, construir la noticia con base en ella. En otras palabras: debido a su función política, el periodismo exigió otras prácticas. Pero, con esto, también dejó entrever que su quehacer discursivo era menos *objetivo* de lo que había dicho en el siglo XIX.

En este panorama surgiría lo que los académicos, periodistas y escritores nombraron, en el devenir de los años, *nuevo periodismo* (*new journalism*, por su nombre en inglés) y novela de *no-ficción*. Ambas producciones han puesto en entredicho las aproximaciones que tenemos a la idea de *ficción* y de *no-ficción*. De entrada, la novela de *no-ficción* entraña una contradicción: a la *novela* se le asocia con la literatura y, por extensión, a la *ficción* (entendida ésta en relación con la subjetividad e invención individual de la que hemos hablado anteriormente), pero el término *no-ficción* implica una negación de lo que se entiende por *novela*.¹⁰

Por su parte, el *nuevo periodismo* ocupa una retórica (esto es: un registro lingüístico) más propia de la literatura que del periodismo de datos duros (noticia, editorial), lo que ha generado dudas de si lo que se lee es *periodismo* (con su atribución social todavía vigente de texto *objetivo*, *verídico* y que habla de la *realidad*) o si es *literatura* (con su propia atribución social). De ese modo, surgen preguntas que son difíciles de responder y que, sin embargo, hemos procurado establecer en este trabajo: ¿qué hace a la *ficción* ficción?, ¿qué es la *ficción*?, ¿cómo se diferencia de la *no-ficción*?

¹⁰ Laura García, Romina. “‘Novela de no ficción’: polémica en torno a un concepto contradictorio”. *Letras, Curitiba*. Jun. 1999: 41-53.

Así, el interés por re-definir los límites entre periodismo (que se ha vuelto un texto de *no-ficción*) y la literatura (entendida como un texto de *ficción*) ha cobrado mayor relevancia durante el siglo XX. En este contexto aparecen dos hitos discursivos: la publicación en 1957 de *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh, y la publicación en 1966 de *A sangre fría*, de Truman Capote. Ambas obras pusieron en entredicho los límites, las características y, por qué no, las atribuciones sociales que se les dan al periodismo y a la literatura.

Tanto Walsh como Capote ocuparon herramientas de investigación periodística para construir obras que se catalogan de *no-ficción* y/o testimoniales. En el caso del primero, Walsh recupera acontecimientos que tomaron lugar en lo material: el fusilamiento de simpatizantes del peronismo en los años posteriores al golpe de Estado que depuso a su líder, Perón, de la presidencia de Argentina. Capote, por su parte, reconstruye el asesinato de una familia de Kansas y se propone, de paso, darle al periodismo una retórica literaria sin restarle su *objetividad*. Esto le valdría a Capote que Norman Mailer, dos años después en *Los ejércitos de la noche* (1968), dijera que resultaba imposible ser *verdadero* y *objetivo* en la literatura.

Sin embargo, Walsh y Capote llevan a cabo una crítica de los géneros de los que se sirven. Hay, pues, una intención por hibridarlos, pero también por cuestionar sus límites. E incluso, consideramos, por devolverle, a uno (el periodismo), su retórica y, a otro (la literatura), su posibilidad por dar cuenta de la realidad. Hermanar, como pensaría Jablonka, los dos géneros en su pasado y común denominador: las “bellas letras”. De ese modo, interpretamos que el surgimiento y auge del *nuevo periodismo* y de la novela de *no-ficción* son críticas sutiles o abiertas de lo que se atribuye al periodismo y a la literatura, a la epistemología que subyace en ellos y a la manera en que éstos se construyen lingüísticamente.

Y a pesar de esto, percibimos también algunas paradojas propias del fenómeno. Si bien el *nuevo periodismo* se asume como “nuevo”, como revitalizador, digámoslo, del género, sigue

siendo *periodismo*, entendido como lo pensamos socialmente. El campo cultural permite que el periodismo hable de la realidad y construya un conocimiento sobre la misma, al tiempo que le niega a la literatura que haga lo mismo. Incluso podríamos decir que es *nuevo* periodismo porque, de no ser *periodístico*, *no hablaría de la realidad*. Y ocupa una retórica literaria para “restituirle” a la literatura la posibilidad por construir conocimientos e ingerir de y en la realidad, respectivamente, pues ésta es incapaz *por sí sola* de hacerlo.

En el proceso surgieron diversas corrientes de crítica y teoría literaria que reforzaban las ideas en torno a la literatura que hasta finales del siglo XIX y principios del XX se tenían. Esto es: la literatura como meramente una producción estética. La característica principal de la literatura, bajo esta perspectiva, está en su efecto estético y, por ende, en el lenguaje que emplea. El formalismo ruso, el grupo de intelectuales más famoso de la década de 1920, desarrolló estas observaciones. Son famosas las intervenciones que Roman Jakobson hizo en “Lingüística y poética” (1960), donde separa el “lenguaje literario” del “lenguaje cotidiano”. (Recordemos que el periodismo se construyó bajo la idea de ocupar un lenguaje “cotidiano”, “coloquial” y “claro”.) Y, como él, varios integrantes del grupo pretendieron otorgarle a la literatura características más estilísticas, que las diferenciaron de otros discursos, que epistemológicas.

Aunado a este trabajo, encontramos que teóricos durante el siglo XX mantienen la opinión de que la literatura equivale a *ficción* y que el discurso literario está indefectiblemente ligado a una in-transitividad con la realidad, a la invención ajena a la realidad. De ahí que textos como los de Gerard Genette en *Ficción y dicción* (1991), el de John Searle en “El estatuto lógico del discurso de ficción” (1975) y los de Umberto Eco, cuando habla del pacto ficcional,

en *Seis paseos por los bosques narrativos* (1996) apelen por un discurso literario *ficcional*, sin injerencia en la *realidad*.¹¹

A la par de estas observaciones hemos encontrado producciones literarias que cuestionaban dichas atribuciones. En algunos casos parodiaban otros discursos al mismo tiempo que buscaban restituirle a la literatura ese lugar de construcción de conocimiento sobre la realidad. Para ejemplificar esto traemos a colación los cuentos “Baby H.P.” (1952), de Juan José Arreola, y “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (1940), de Jorge Luis Borges.

Arreola recupera en su cuento un lenguaje más propio de los anuncios publicitarios, ese lenguaje que apela a lo coloquial y cotidiano y que puede encontrarse en los periódicos o en la radio, para desarrollar el tema de la venta de mujeres que satisfacen las necesidades del hogar y lo relacionado a éste. Gracias a ese juego, Arreola muestra la perspectiva machista que hay en torno a las mujeres como objetos que poseer y, sobre todo, adquirir. Por su parte, Borges emplea una estructura muy similar a la etnografía¹², en un contexto donde la antropología ganaba relevancia como ciencia social que explicaba al humano, para hablar de un país imaginario. Con este cuento, parece que Borges se burla de la antropología y, sobre todo, de las aspiraciones que ésta tiene de alcanzar la objetividad y la verdad a través de sus metodologías, pues, al final, la sociedad de la que habla en su texto es, más bien, inexistente.

En ambos casos, el uso de herramientas ajenas a lo que se consideró literatura por mucho tiempo (que difieren, a nuestro parecer, de lo que Zola hizo en sus novelas con el empleo

¹¹ Ana Paula Badagnani (2012) recupera estas observaciones. Comenta que: “[s]egún la conceptualización de Humberto Eco (1996) existe un ‘pacto ficcional’ que es un convenio implícito entre el autor y el lector de un texto de ficción en el que se acuerda que aquello que se narra es imaginario, lo que supone una suspensión del juicio sobre si lo que se cuenta es verdadero o falso. Cada género implica cláusulas específicas en relación al pacto con el lector, pero el rasgo saliente es si aquello que se cuenta es verosímil, vale decir, si se adapta a las convenciones del género en el que se ubica. En esta misma línea, Gérard Genette (2001) denomina ‘contratos de ficción’ a las marcas textuales y paratextuales que el autor dispone para dar instrucciones sobre la lectura de su texto [...] Los textos cuya materia es testimonial, pero en los cuales se hace uso de los recursos de la novelística, presentan pactos de lectura ambiguos” (7).

¹² González Echeverría, Roberto. “La novela como mito y archivo: ruinas y reliquias de Tlön”. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. Impreso.

de recursos etnográficos) pone en jaque los supuestos límites de los que se habían hablado previamente. Y, asimismo, consideramos que Borges y Arreola guardan vínculos con movimientos artísticos mayores. A saber: con la vanguardia artística de principios de siglo. Ésta, y su continuación, la neovanguardia, llevó al extremo la expresión literaria y artística con formas innovadoras de plantear su contenido, formas que, al mismo tiempo, cuestionaron los límites del arte, la función de éste y las formas de hacerlo.

Los ejemplos anteriores, tanto literarios como periodísticos, muestran el cuestionamiento que se les hizo a las atribuciones sociales de cada género. Todos –pasando, sobre todo, por el *nuevo periodismo* y la novela de *no-ficción*– parecen interesados en poner en tela de juicio los significados de *literatura* como *ficción* e *invención* como los de periodismo en tanto sinónimo de *no-ficción* y *representación de la realidad*. En Borges y Arreola observamos el empleo de registros lingüísticos propios del texto *no-ficcional* (la etnografía y el anuncio publicitario, respectivamente) para hablar de la realidad sin caer en la exposición y descripción que muchas ciencias sociales hicieron a lo largo de su historia.

Así pues, lo anterior coincide con las ideas que algunos teóricos, a contrapelo de los formalistas, de Genette, de Searle y de Eco, hicieron en cuanto a la ficción y a la literatura como sinónimos de un mismo concepto. En *The Anatomy of Criticism* (1957), Northrop Frye considera que “es necesario eliminar la desafortunada e ilusoria distinción entre escritos ficcionales y factuales, porque separa erróneamente la forma estética y el propósito” (Ctd. en García 5). De este modo, el mismo Frye apunta a que hay textos que buscan auto-contenerse y textos que tienen referencias extratextuales que señala con su texto.

En ese sentido nos posicionamos nosotros: si bien Frye queda relegado del análisis, concebimos que *Respiración artificial* de Ricardo Piglia habla dentro de su texto a un momento histórico de Argentina que sucede al mismo tiempo que escribe: el Proceso de Reorganización

Nacional. La novela de Piglia difícilmente es una novela de *no-ficción* (aunque comparte rasgos con la novela histórica, otro término de difícil catalogación y, sobre todo, definición, que junta la *historia* entendida como género no-fictivo y la literatura), puesto que adolece de las características que se le han atribuido a esa categoría. Pero consideramos que, quizá, se encuentra más próxima a algunos elementos atribuidos a lo que se entiende como *no-ficción*. De hecho, parte de la novela discurre entre la narración, el diálogo y la exposición ensayística.

Más allá de esto, concebimos la novela como un intento por parte del autor de cuestionar la capacidad que tiene la literatura de exponer un acontecimiento real, rastreable, objetivado en el mundo, situación que cuestiona las atribuciones de subjetividad, invención individual y no-referencialidad que se le da a la literatura.

Así, Piglia elige el acontecimiento de los desaparecidos para tejer su novela y elaborar una tesis con respecto al quehacer literario, a la par que critica el discurso oficial de los militares que nosotros hallamos re-producido en las notas que diario *Clarín* publicó entre febrero y mayo de 1978 en las vísperas de la Copa Mundial de Fútbol y que refieren a la llamada “campana antiargentina”.

Capítulo 2: Periodismo y literatura en la dictadura cívico-militar argentina de 1976

2.1 Contexto sociopolítico de Argentina en 1976

El 24 de marzo de 1976 las Fuerzas Armadas de Argentina derrocaron el gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón. En ese momento, el Proceso de Reorganización Nacional, nombre con el que se autodenominó la Junta Militar, inició. El Proceso significó un “proyecto refundacional” a gran escala en el país. Reestructuró la vida social, política y, sobre todo, económica. Gracias al mismo, el naciente proyecto neoliberal, que paralelamente tomaba lugar en Chile y que con el pasar de los años llegaría a todo el mundo, se pondría en marcha. Para llevar a cabo esta tarea, los militares emplearon técnicas de persecución, secuestro, tortura, asesinato y, en muchos casos, desaparición a disidentes del régimen.

El contexto sociopolítico de la dictadura está enmarcado en el complejo geopolítico de la Guerra Fría, lo cual explica, a su vez, el accionar militar entre 1976 y 1983, año en que terminó. Como muchos de los otros golpes de Estado que hubo en el siglo XX argentino –se contabilizan seis en total–, el Proceso surge en una época donde un movimiento obrero cobra fuerza. Desde que Juan Domingo Perón asumió la presidencia en 1946, la clase trabajadora ganó, por un lado, derechos frente a la clase capitalista y, por el otro, representación política.

Si bien hablar de la historia de la clase trabajadora argentina implica otro trabajo de investigación, vale la pena mencionar que entre 1955, año en que derrocan a Perón de la presidencia a través de un golpe de Estado, y 1973, año en que este último regresa al país luego de un exilio de casi 20 años, la clase trabajadora luchó por mantener, en muchos casos, los derechos que habían ganado en el camino y por ganar, en otros, los que quedaron pendientes.

Así, en esos 20 años hubo movilizaciones sociales que mostraron su inconformidad con las condiciones materiales en las que vivía la población. Se encontraban, además, influidos por

otras movilizaciones sociales que había en América Latina, como la Revolución cubana, y en el mundo. Ya en estos años, y más específicamente en 1969 con el Cordobazo –una movilización trabajadora y estudiantil que tomó lugar en la ciudad de Córdoba–, aparece el término *subversivo* con su respectiva conceptualización. El término proviene de la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada por Estados Unidos en los países de América Latina se define como todo aquél que se opone al régimen y al *status quo* de un territorio por todas las vías – propagandísticas, sindicales, etc.– pero que quedó asociado con la vía armada por razones que más adelante explicaremos.¹³

Este último apunte es de suma importancia pues en los años posteriores al Cordobazo la guerrilla en Argentina se expandió. La mayoría de ellas se oponía al régimen que Juan Carlos Onganía encabezó desde 1966 con un golpe de Estado cuyo nombre fue Revolución Argentina. Los grupos armados más conocidos de la época fueron Montoneros, de tendencia peronista, y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que operó en zonas rurales bajo una ideología marxista-leninista. Ambas ganaron notoriedad por sus acciones armadas contra militares, empresarios y, en otros casos, sindicalistas. Entre las exigencias sociales que tenían estaba, por un lado, la transición democrática y, por el otro, en el caso de Montoneros, el regreso de Perón.

Después de la efímera presidencia de Perón, que duraría de finales de 1973 a 1974, el peronismo como movimiento y la sociedad argentina entrarían en un proceso de conflicto interno. Por un lado, el peronismo no supo homologar el proyecto político. Si bien Montoneros exigió el regreso de Perón y éste apoyó a la organización en un principio, con su llegada a la presidencia se desligó de la guerrilla e incluso la criticó. En respuesta, la guerrilla llevó a cabo acciones militares contra sectores del peronismo que se oponían a la organización. Por lo

¹³ En efecto, según explica Mario Meneghini (2014), “la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN) identificaría como enemigo interno en cada país [de América] a los partidos de izquierda, guerrillas y organizaciones antiimperialistas” (245). La primera vez que apareció el término en un documento fue durante la administración de Juan Carlos Onganía, en 1966.

mismo y en conjunción a sectores radicales del movimiento, aparecieron en Argentina los primeros “grupos de tareas”, organizaciones paramilitares que tenían como objetivo principal desarticular las organizaciones armadas del país.

La muerte de Perón supondría, además, el avance de las Fuerzas Armadas en las decisiones del Estado. De este modo, los militares antiperonistas y más radicales asumirían el control de la lucha contrainsurgente. Así, en 1975 el Ejército desplegó a sus efectivos contra la guerrilla por medio del Operativo Independencia. Gracias a éste, las Fuerzas Armadas suprimieron los levantamientos armados que continuaban en el país, al mismo tiempo que pondrían en práctica las técnicas contrainsurgentes que mencionamos en el principio de este capítulo. En palabras de Micaela Iturralde, surgieron

los principales elementos que caracterizaron posteriormente la represión nacional: protagonismo del Ejército en las acciones, amplia represión sobre la población civil, sistematización e institucionalización de la práctica del secuestro y la desaparición de personas, aplicación de torturas y negación oficial de toda responsabilidad en estas prácticas, emergencia del dispositivo concentracionario conocido como *centro clandestino de detención*, y surgimiento de los primeros grupos o fuerzas de tareas [militares] (3-4).

Con el operativo, las Fuerzas Armadas eliminaría, o al menos diezmaría significativamente, la capacidad militar y política de las guerrillas, las cuales implicaban el principio enemigo “subversivo” en el país. Debido a que sus acciones posteriores resultaron esporádicas o, en el mejor de los casos, intrascendentes, provinieran de Montoneros o del ERP, consideramos que la supuesta amenaza “subversiva”, por medio de la cual la Junta Militar del 76 se legitimó y perpetuó en el poder durante los años siguientes, había desaparecido de la vida práctica y material pero no de la simbólica. Con esto, el *subversivo* perdió su significado original en favor

de otro: el del sindicalista, el del exiliado, el del estudiante y, en el peor de los casos, el del desaparecido.

El derrocamiento a María Estela Martínez de Perón estuvo en gran medida apoyado por la clase capitalista. Como mencionamos en líneas previas, el movimiento obrero en Argentina cobró nuevamente fuerza después del regreso de Perón. Esto suscitó el miedo entre los empresarios de que en algún momento los obreros buscaran o asumieran el control pleno del Estado, tal cual sucedió en países de América Latina y del mundo.

De ese modo, los militares justificaron su intervención de dos maneras: por un lado, debido a la violencia armada que había en torno al peronismo y, más aún, a la guerrilla que supuestamente aún operaba en el país; y, por el otro, debido a que el movimiento obrero, amenaza real luego de haber derrotado a las organizaciones armadas, ganaba más fuerza. Por lo mismo, los medios de comunicación propusieron, mucho antes del golpe, que los militares tomaran el control del Estado. En efecto, los medios de comunicación y, diríamos más específicamente, la prensa escrita jugaron un papel muy importante tanto en la llegada de la Junta Militar al poder como en la legitimación de la misma.

De hecho, la prensa escrita modificó, en colusión con los militares, el sentido original del término *subversivo*. La información que algunos diarios publicaban –la cual iba desde la Portada hasta las Noticias, pasando claro está por la Editorial– exponía “la ineficacia y la falta de capacidad del gobierno [de Martínez de Perón] para resolver los problemas del país” durante 1975 y los primeros meses de 1976, momentos antes del golpe (Iturralde 8). Asimismo, los diarios legitimaban el accionar castrense como la única solución a los conflictos por los que atravesaba Argentina. Los medios de comunicación construyeron un escenario que se presentó como el único: la asunción del Estado por parte de las Fuerzas Armadas.

Bajo este contexto, el término *subversivo* tendría una ampliación semántica coincidente con lo que mencionamos líneas arriba con respecto al movimiento obrero del país. Para María Alejandra Vitale (2007), “el término ‘subversión’ no se limitó a referir a los grupos armados de izquierda sino que incluyó también en su referencia al sindicalismo combativo y a la intelectualidad crítica” (9). No obstante, y en esto nos explayaremos en los siguientes apartados, consideramos que el término seguía interpretándose en su sentido original: el *subversivo* como sinónimo de actor político que buscaba por la vía armada cambiar el estado de las cosas.

Con base en ello, la Junta Militar indicó que la *subversión* tenía “controlados” territorios del país y, gracias a esto, justificó su intervención, así como la represión militar que desataría sobre todo contra los obreros e intelectuales posteriormente al golpe. El Proceso de Reorganización Nacional, entonces, implicó frenar el movimiento de la clase trabajadora, exterminarlo y, de paso, instaurar un régimen económico con el que hubieran estado en desacuerdo y el cual les desfavorecía de entrada.

2.2 Entre el exilio, la desaparición y la *subversión*: la sociedad argentina durante terrorismo de Estado

Ya en el gobierno de Perón hubo exilios. Es famoso el caso del escritor Manuel Puig, quien recibió amenazas de muerte por parte de la AAA –una de las tantas organizaciones paramilitares que operaban durante el peronismo– y abandonó el país para radicar en México. Pero este fenómeno, como las desapariciones, se sistematizó a partir del golpe. La ampliación del significado de *subversivo* implicó que ahora cualquiera podía ser un “enemigo” de la “Nación” al que se le debía combatir y, por ende, secuestrar, tortura y asesinar. A raíz de esto, el éxodo masivo de Argentina comenzó.

Quienes vivieron o conocieron de cerca el terrorismo de Estado aprovecharon el exilio para denunciar a la Junta Militar y las acciones militares que llevaba a cabo. Esto permitió que medios de comunicación extranjeros y organizaciones de derechos humanos interpusieran demandas y exigieran el esclarecimiento de las personas desaparecidas que bien podían estar detenidas arbitrariamente y sin proceso judicial.

El número de desaparecidos fluctuó con el pasar de los años y ha estado envuelto en polémica, sobre todo en los últimos años. En principio, durante la transición a la democracia, se contabilizaron nueve mil. En los años subsecuentes, sin embargo, el número ascendió a 30 mil. Como mencionamos, a estas cifras las rodea la polémica. Hay sectores de la población argentina que las niegan y, en el peor de los casos, niegan (o matizan muy favorablemente para los militares) el terrorismo de Estado. Si bien este es un tema aparte que nos llevaría no sólo varias páginas sino, a nuestro parecer, un tema de investigación tan extenso como lo puede ser la historia de la clase trabajadora argentina, valga la pena mencionar que consideramos la desaparición en el Proceso de Reorganización Nacional como un acontecimiento comprobable e histórico (en el sentido de que éste puede rastrearse materialmente).

Ahora bien, tan pronto recibió denuncias, la Junta Militar negó por todos los medios el terrorismo de Estado. Había en su discurso contradicciones referentes a la situación de la *subversión*. Esto es: en qué etapa de la supuesta guerra interna se encontraban los militares contra esos *subversivos*. En algunas intervenciones discursivas la Junta aceptaba que las organizaciones armadas estaban ya desarticuladas o, como apuntan algunos investigadores, en franco retroceso. En otras, sin embargo, insinuaban que la lucha continuaba contra la *subversión*, aunque ubicada ésta en otro lugar del mundo. Así, los militares asociaron a los exiliados, primero, y a los desaparecidos que aparecían en las denuncias de éstos, después, como parte de la *subversión* que, ahora, radicaba fuera del país.

En efecto, a partir de las denuncias que llevaban a cabo los exiliados, los militares conceptualizaron a estos últimos como el enemigo que, según el sentido impuesto por ellos, abandonó el país para, desde el exterior, atacar a la “Nación” y, sobre todo, al gobierno que tanto le había costado recuperar el territorio de las manos de la *subversión*. De este modo, la Junta Militar halló en los exiliados un nuevo recipiente sobre el cual podía aplicarse el término del *subversivo*.

Las denuncias que hicieron los exiliados en los meses y años subsecuentes al golpe y alcanzó su cenit en los meses previos a la Copa Mundial de Fútbol de 1978, cuya sede era Argentina desde muchos años antes al golpe de Estado. Durante esta época, organismos de derechos humanos internacionales pedían boicotear la realización del Mundial. Los más famosos estaban en Francia, a donde muchos argentinos llegaban. Por lo mismo, la Junta Militar determinó que estos organismos formaban parte de la *subversión* que militarmente podía encontrarse derrotada pero que en el plano discursivo se mantenía en pie.

Jaquelina Bisquert (2011) encuentra que, a medida que las denuncias internacionales aumentaban, los militares reconfiguraron su discurso demonizando a los exiliados: “éstos, que previamente eran los subversivos apátridas que atentaban contra el ‘ser nacional’, pasaron a ser los subversivos derrotados que, desde el exterior, pretendían desprestigiar al país con mentiras” (2). A raíz de esto, la ambigüedad que ya se había establecido en torno al significado del *subversivo* se prolongó, por un lado, y justificó, por otro, que la Junta Militar continuara con acciones militares entre la población civil. El *subversivo* resultaba, entonces, una figura plástica y maleable, de la que se desconocía sus intenciones y, sobre todo, su posible paradero.

Esta última observación la hacemos con respecto sobre todo a la conjunción entre exiliados y desaparecidos. Como dijimos, las denuncias hechas por los primeros refieren al terrorismo de Estado y, como tal, muchas de ellas giraban en torno a la calidad de desaparecidos

que tenían varias personas en el país. Los militares negaban la situación de los detenidos-desaparecidos cuando se les preguntaba. Ha trascendido a la historia la respuesta que Jorge Rafael Videla, presidente *de facto* del Proceso entre 1976 y 1981, dio a un periodista que le preguntó sobre el tema: “[...] mientras sea desaparecido no puede tener ningún tratamiento especial. Es una incógnita. Es un desaparecido. No tiene entidad. No está. Ni muerto ni vivo”.¹⁴

Con esto en mente, Bisquert apunta a que la Junta Militar consideraba que el terrorismo de Estado era “un irrisorio exceso de la represión en un contexto excepcional de guerra interna y sucia”. La mayoría de personas que se encontraban desaparecidas no eran para la dictadura “secuestrados en centros clandestinos de detención” sino *subversivos* que “habían tenido otros destinos como la muerte en enfrentamientos armados, siendo enterrados por sus compañeros con sus nombres de guerra” –lo cual “imposibilitaba su identificación”– o, bien, individuos que “podrían haber pasado a la clandestinidad, en tanto militantes de organizaciones armadas perseguidas por las fuerzas de seguridad” (5).

Nuevamente, aquí hay una contradicción en el discurso militar: mientras que en ocasiones aceptan que la *subversión* (recordemos: las organizaciones armadas) va en retroceso o ha quedado desarticulada, en otras los militares insinúan que la *subversión* aún pervive. Gracias a esta contradicción y ambigüedad, la dictadura “pretendió negar e invisibilizar a los desaparecidos, ‘ocultando las huellas de su muerte’, y buscó descalificar a los exiliados acusándolos de traidores y de mentirosos” (Bisquert 5).

De este modo, y como hemos dicho hasta ahora, el término *subversivo* y, sobre todo, el sujeto al que refería eran más ambiguos que precisos, situación por lo que podía recaer en cualquiera: el desaparecido podía ser tan *subversivo* como el intelectual que se exilió en otro

¹⁴ AV-5719. *Lo pasado pensado* [Conferencia de prensa de Videla. Diciembre de 1979] (fragmento). Televisión Pública Argentina. Archivo Prisma.

país; el trabajador sindicalista que luchaba por mejores condiciones laborales era tanto o más *subversivo* como el mismo exiliado. Nadie, pues, estaba a salvo.

Ahora bien, hay apuntes divergentes que hacemos sobre este discurso. El primero, y que quizá nos llama la atención, es que los militares construyeron una narración muy básica pero que, a nuestro juicio, resultó efectiva: la lucha del héroe contra el villano. A raíz del golpe y por la presencia *subversiva* como justificación para intervenir en la vida pública, los militares concibieron un discurso donde ellos se asumían como los “héroes” que “salvarían” la “Nación” del “villano”, ese “ser maligno [...] [que] pretendía subvertir los valores intrínsecos de la sociedad argentina” (Bisquert 1).

Bajo esta narración la dictadura significó los acontecimientos según su perspectiva, sí, pero también elaboró un discurso que, consideramos, guarda reminiscencia con las narraciones literarias más básicas de la historia. Y nos sorprende puesto que el discurso político no tendría alguna relación con los discursos que consideramos hoy día como *ficcionales*. La narración de los militares, incluso, adolecería del supuesto *no-ficcional* que los discursos políticos tienen intrínsecamente en tanto que las palabras que empleaban no se correspondían con los hechos materiales del mundo. Esto es: el *subversivo* como figura política armada ya no existía para entonces y no representaba amenaza alguna, pero todo aquel que cayera víctima del terrorismo de Estado se consideraba *subversivo*.

En el discurso, pues, existía información falsa que posteriormente la prensa escrita reproducía. En algunos casos, cabe mencionar, la prensa escrita ayudó en la elaboración de ese discurso. Y nuevamente aparece aquí una cierta ambigüedad: ¿por qué el periodismo (re)produce información falsa, narraciones que *ficcionalizan* los hechos, si se trata de un género *no-ficcional*, apegado a los hechos materiales? ¿Qué pasa cuando un discurso que se reconoce como periodístico –y, diríamos, por extensión, *no-ficcional*–, con todas las atribuciones que

tiene y de las que ya hablamos en el capítulo anterior, se crea con una lógica de narración *literaria*, mítica, legendaria, en suma, épica? ¿Cómo interpretarlo y qué tanto afecta a la atribución que como género tiene?

En todo caso, se busca responder estas preguntas con la investigación. Valga mencionar ahora que, debido a las denuncias hechas desde el exterior, la Junta Militar no sólo halló, como dijimos, la continuación de ese enemigo *subversivo*, sino que también pudo elaborar un discurso completo donde ellos se situaban abiertamente como los héroes de la historia. Este discurso llevó por nombre “campana antiargentina”, la cual, a grandes rasgos, implicó los elementos que mencionamos líneas arriba: un enemigo externo que ataca a la Nación argentina que defienden los militares a capa y espada. De esto nos ocuparemos en la última sección del capítulo.

2.3 El término *subversivo*

Ahora bien, hasta el momento hemos mencionado que las organizaciones armadas que operaron en Argentina a principios de la década de 1970 habían sido desarticuladas incluso antes del golpe de Estado (Franco 5). Para ser más precisos, el Operativo Independencia de 1975 supuso un gran golpe a estas organizaciones. Muchos de los líderes de la guerrilla se exiliaron –como el caso de Mario Firmenich, de Montoneros– y perdieron contacto con la misma organización, mientras que otros murieron en enfrentamientos o fueron secuestrados por los militares en el proceso –Mario Roberto Santucho, del ERP, o Norma Arrostito, de Montoneros, de la cual hablaremos más adelante.

De este modo, el *subversivo*, digámosle, original, el que se apoyaba en la vía armada como única forma de cambiar el estado de cosas social, desapareció. Y, sin embargo, la Junta Militar extendió el significado de la palabra, creando ambigüedades semánticas del mismo, para justificar su intervención en espacios laborales como las fábricas y los sindicatos. La

prensa escrita asumió un papel muy importante en ello al (re)producir el discurso militar y reforzar, en los casos que lo ameritaba, la idea de que el *subversivo* continuaba suelto y, por lo mismo, se le debía combatir. Debido a que la investigación gira en torno a la representación que hicieron periodismo y literatura de los desaparecidos y el *subversivo*, hemos de detenernos en los matices que este último término tuvo a lo largo de su historia.

Nuevamente regresamos al peronismo. En el mandato de Perón se prohibió nombrar a las organizaciones armadas según su nombre, lo que posibilitó que el término “*subversión*” se empleara sin atender a matices y, más aún, quedara asociado *de facto* a las guerrillas. La ambigüedad con respecto a lo que podría significar el *subversivo* o la *subversión* está presente desde este momento y permite que, a lo largo del mandato restante de María Estela, los medios de comunicación construyan un perfil del *subversivo* según la perspectiva de los militares y de la clase capitalista, la cual veía peligrar sus intereses con el naciente movimiento obrero del país.

A partir de entonces, y hasta llegado el golpe, las modificaciones semánticas por las que atraviesa la *subversión* terminan en la imprecisión lectora. A nuestro parecer, el lector adolecía de un contexto amplio que le permitiera entender el significado del término. Los textos que se publicaban en los diarios, por un lado, y las intervenciones públicas de las Fuerzas Armadas, por otro, no esclarecían estas lagunas discursivas.

Debido a la ambigüedad que en principio tuvo el término, los militares aprovecharon la oportunidad para ampliar la presencia *subversiva* en otros ámbitos de la vida cotidiana, primeramente. Por lo mismo, empieza a extenderse el significado. El *subversivo* “se convirtió en la explicación posible para los más variados problemas que afectaban a la sociedad argentina, desde lo relacionado con la violencia hasta lo vinculado con la economía, la educación, el trabajo o la política” (Iturralde 6).

Y lo que sin embargo prevalecía era una magnificación de los acontecimientos de violencia armada que sucedían en el territorio argentino. De hecho, parte de la justificación que dieron los militares en su arribo al poder fue que una suerte de “guerra civil” se libraba entre los sectores de la población, misma que debía frenarse. Esta justificación continuará entre la sociedad argentina incluso posteriormente a la caída de la dictadura como una explicación a las acciones militares.

Iturralde observa que la información que circuló con respecto a las acciones armadas de las guerrillas condicionó el sentido último que se impondría a la *subversión* como fenómeno a combatir. Apunta a una sobreinformación que tendía a repetir ciertos datos e imágenes sin contexto y sin explicación que, al final, generaron desinformación entre los lectores. De este modo, “se priorizaron la dimensión cuantitativa y la casuística por sobre las explicaciones causales y la reflexión editorial, haciendo de la violencia un fenómeno omnipresente, indiscriminado y total” (Iturralde 7).

Por la misma ambigüedad, el *subversivo* podía llevar a cabo acciones ideológicas o propagandísticas (propias de, por ejemplo, el sindicalismo combativo o de la vida universitaria) que parecieran tanto o más violentas que una acción armada. De este modo, se asociaba, de alguna forma, el pasado de las organizaciones armadas, donde, en palabras de los medios de comunicación, “reinaba la violencia y el caos”, con los movimientos obreros que tomaban lugar en ese momento en el país. Así, observa Vitale que “el peligro de la ‘subversión’ fue esgrimido por los diarios y revistas para apoyar el derrocamiento de Isabel Perón y para justificar la cruenta represión implementada por las fuerzas armadas” (Vitale 9).

Regresamos momentáneamente a Jaquelina Bisquert para recuperar observaciones que hizo en torno a este cambio semántico. Bisquert se pregunta, entonces, quiénes eran los llamados subversivos:

Éstos eran, en principio, delincuentes que portaban armas y que llevaban a cabo atentados terroristas. Sin embargo, la definición se ampliaba para incluir en ella a todo aquel que, mediante sus prédicas revolucionarias, influyera e incitara a otros a realizar actos contrarios a la moral occidental y cristiana. [...] los definidos subversivos por el régimen militar no eran considerados argentinos sino delincuentes apátridas que respondían a los intereses de un terrorismo conspirativo internacional y cuyo signo distintivo era la ideología que profesaban, fuera ésta marxista o de cualquier inclinación de izquierda (3).¹⁵

Del mismo modo, Gladys Verónica del Cerro (2008) observa que el *subversivo*, de pronto, era “aquel sujeto que tuviese la voluntad de querer subvertir el orden establecido”, definición que “era extremadamente amplia”. “La ‘subversión’”, comenta, “se había convertido en una enfermedad general, inaceptable y merecedora de la más pronta aniquilación” (16). La autora coincide con Iturralde al señalar que de repente “‘el caos económico y la crisis de autoridad’, entre otras cosas[,] eran causadas por la llamada ‘subversión’” (20-1).

Gracias a esto, ampliamos y explicamos mejor lo dicho en el apartado anterior con respecto a los exiliados. Ya que éstos denunciaban el terrorismo de Estado, la Junta Militar los agrupó como parte de la *subversión* que fuera del país trabajaba en contra de la nación. Así, toda denuncia sobre las violaciones a los derechos humanos se aglutinaba bajo la categoría de *subversivo* pues querían, en el más estricto sentido de la palabra, *subvertir* el orden que los militares llegaron a imponer (Lida ctd. en Bisquert 2). Y, gracias a lo mismo, la “campana antiargentina” pudo conceptualizarse en los términos que lo hizo: considerando que los

¹⁵ Marina Franco lleva a cabo observaciones similares al considerar que la supuesta amenaza *subversiva* externa seguía conceptualizada bajo los parámetros de la Doctrina de Seguridad Nacional. Esto es: como una extensión del apartado militar-armado que tuvieron algunas organizaciones guerrilleras.

denunciantes eran *subversivos* tanto o más como los desaparecidos a los que éstos señalaban en sus denuncias.

El empleo del término, entonces, tiene como propósito llevar al ciudadano a la confusión y, a partir de ese punto, generar en él un consenso con respecto a la intervención militar en la sociedad argentina. Ya que las noticias carecían de contexto suficiente para que los lectores supieran del cambio semántico que se produjo en torno al término, quien leyera un diario suponía que los militares *continuaban* luchando contra la guerrilla, el *subversivo* original. Pero lo cierto es que, al modificarse el sentido de la palabra por los militares, los sujetos contra los que se descargaba la represión eran civiles no armados que podían combatir por otros medios. A saber, como hasta el momento hemos dicho: el sindicalismo, la universidad, las artes.

Esto nos lleva a prolongar las preguntas que hicimos al final del apartado anterior. ¿Qué pasa cuando la palabra enunciada pierde su referente previo? Dicho con otras palabras: ¿qué pasa con el *subversivo* si el subversivo original, el guerrillero, materialmente ha desaparecido? ¿Qué implicaciones tiene este discurso, tanto en su producción como en su reproducción, entre los oyentes? ¿Cómo explicar la realidad a partir de estas contradicciones?

En cierta medida, la literatura producida en esta época se pregunta por ello y busca una respuesta por diferentes medios y maneras de plantear las problemáticas. Y, por el contrario, el periodismo legitimó y (re)produjo un término que adolecía ya de referente material. Las consecuencias de esto permiten que aún hoy día el debate se extienda.

2.4 Periodismo y literatura frente a la *subversión* y el terrorismo de Estado

Partimos, pues, del principio y mencionamos que durante este periodo el campo cultural sufrió, de forma extensiva, la misma represión que el campo político y civil, con las excepciones de

conglomerados periodísticos y de medios de comunicación que se beneficiaron directamente de la dictadura.

Pensamos que los militares vieron en el campo cultural otro flanco de guerra que debían ganar por medio de sus estrategias represivas y, sobre todo, propagandísticas. Tal cual dice Michel Foucault en *El orden del discurso*, y en consonancia con las observaciones que Teun A. Van Dijk (1994) hace con respecto al poder que tiene el discurso en la sociedad, el campo discursivo y el discurso en sí se convirtieron en espacios de lucha entre diferentes actores sociales, los cuales podían beneficiar a la Junta Militar o, bien, ir en su contra (11). En palabras de Micaela Iturralde, a quien recuperamos extensamente en los siguientes dos apartados: “En el marco de un conflicto armado la información se convierte en un campo de negociación y de lucha estratégica por el control de las significaciones. Por ello, la prensa forma de algún modo parte del campo de batalla, dado que el desenlace depende, entre otros factores, de las percepciones ciudadanas” (5).

En estos dos polos situamos al periodismo y a la literatura en tanto que géneros que llevaron a cabo prácticas muy concretas: legitimar y cuestionar, respectivamente, al poder y, más aún, al sentido que desde ese lugar se imponía a los acontecimientos que tomaban lugar en Argentina. Sobre esto, Beatriz Sarlo (1987), a quien hemos de recuperar más adelante, menciona que: “Basados en una relación de poder obviamente pre-discursiva, el régimen autoritario impone modelos de organización discursiva sobre presupuestos cuya verdad se presenta como autoevidente e indiscutible” (4). La dictadura, así, concibió mecanismos de censura que afectarían primeramente a la literatura y que guiarían al periodismo para su quehacer noticioso.

2.4.1 Periodismo

Los militares censuraron, tanto física como simbólicamente, a los diarios que podían cuestionar las acciones que llevarían en contra de la población. Pocos diarios hablaron del terrorismo de Estado durante la época. Son, de hecho, contados. Y acaso el más famoso de ellos sea el *Buenos Aires Herald* que Roberto Cox dirigía con el apoyo del gobierno británico en las Islas Malvinas.

El *Herald* publicó, desde un inicio, desplegados con los nombres de los desaparecidos así como información relacionada a ellos, como entrevistas a las Madres de Plaza de Mayo que se reunieron en el mismo lugar que indica su nombre. Junto al *Herald*, *La Prensa*, de Manfred Schönfeld, llevó a cabo una tarea similar aunque con sus respectivas limitaciones. Su quehacer le valió, en 1981, ser golpeado por parte de los servicios de inteligencia del Estado.

Pero más allá de éstos, la mayoría de la prensa escrita apoyó, bien que mal, a la dictadura. Y decimos bien que mal pues luego de la transición democrática han surgido preguntas en torno a si los medios de comunicación fueron víctimas, cómplices o héroes en la época. Roberto Cox, por ejemplo, podría recibir el calificativo de héroe, pues, a pesar de las amenazas de muerte por parte del Estado, continuó con su labor periodística. Sin embargo, el resto de diarios asumió un papel de cómplices.

Como observamos en el apartado anterior, los medios de comunicación apoyaron abiertamente el derrocamiento del gobierno de María Estela y, en muchos casos, fraguaron discursivamente el mismo golpe. Vitale menciona que la influencia de los medios de comunicación, sobre todo de la prensa escrita, fue tal que: “[...] *Clarín*, *Extra* y *La Nación* coincidieron en representar al gobierno de Isabel [Martínez de] Perón como responsable de su propio fin” (4). Incluso algunas construcciones morfosintácticas estaban hechas para que Martínez de Perón, objeto del golpe de Estado y, por ende, paciente en la acción del mismo,

asumiera un papel de sujeto/objeto o, en este caso, agente/paciente. Es decir: que ella misma fuera su propia verdugo.¹⁶

Iturralde (2017) explica que, para las Fuerzas Armadas, el periodismo fue pieza clave en el engranaje del terrorismo de Estado y, sobre todo, en la legitimación de la Junta Militar en el poder. Los diarios desempeñaron una labor de ocultamiento, tergiversación de información y propaganda que tenía como fin último crear un consenso entre las personas. “Se buscó generar”, comenta, “en la opinión pública actitudes tales como la adhesión, el encubrimiento, la confusión, la delación o la persuasión de la legitimidad de la acción represiva” (142). Coincidimos con ella y, en nuestro caso, precisamos que parte de esa confusión la encontramos en el término *subversivo*, como hemos dicho hasta ahora.

Existen varios ejemplos de cómo los diarios publicaron información falsa. Uno de ellos es la entrevista que le hicieron a Thelma Jara de Cabezas, activista y madre que buscaba a un familiar desaparecido, en la revista *Para Ti*. Años después, se sabría que a Thelma la secuestraron y obligaron a realizar una falsa entrevista. En el relato oficial contemporáneo, esto es, el relato que surgió con la democracia y, más específicamente, a partir del kirchnerismo, se considera que

las fuerzas de seguridad difundieron información falsa a través de los medios de comunicación acerca de sus operativos. En muchas ocasiones, los comunicados oficiales de las acciones presentaban a las víctimas como “terroristas”, “subversivos” o “abatidos” en “enfrentamientos” para encubrir secuestros y asesinatos. Las noticias y comunicados formaron parte de la propaganda destinada a agitar el fantasma del miedo y de la violencia.

¹⁶ Vitale, María Alejandra. “La dimensión argumentativa de las memorias discursivas. El caso de los discursos golpistas de la prensa escrita argentina (1930-1976)”. *Forma y Función*. En. - Jun. 2009: 123-44. Impreso.

Jara de Cabezas apenas es la punta del iceberg de varios casos similares. *Clarín*, en conjunción con otros diarios del momento, fabricaba noticias. Los eventos, pues, no sucedían sino que los hacían suceder o, en muchos casos, modificaban el sentido de los mismos. Por ejemplo, *Clarín* publicó información falsa sobre supuestos enfrentamientos entre “subversivos” y Fuerzas Armadas, los cuales, sin embargo, consistían en fusilamientos extrajudiciales a personas desarmadas y previamente secuestradas por los militares. A Norma Arrostito le sucedió esto. Vale la pena recuperar la cita completa. Iturralde comenta que:

El 4 de diciembre de 1976, *Clarín* tituló en tapa “Abatieron a una cabecilla de la subversión. Es Norma Arrostito, figura clave de un grupo sedicioso”. La crónica explicaba que “fue abatida anteanoche por fuerzas de seguridad tras haberse resistido a una orden de arresto” y reproducía, como era habitual, el comunicado dado a conocer por el Comando de Zona 1 aunque también recuperaba la información brindada por testigos en el lugar de los hechos. La información era acompañada de una fotografía del sitio donde se habría producido la matanza, en la que se veía a un periodista señalando los impactos de bala sobre una pared con manchas de sangre. Sin embargo, el comunicado que *Clarín* y todos los diarios de ese día reprodujeron en sus páginas era falso. La mujer asesinada en el operativo en Lomas de Zamora no era ‘Gaby’, como se la conocía a Arrostito por su nombre de guerra, sino que ella había sido secuestrada por el grupo de tareas 3.3.2 de la Armada y llevada a la ESMA, donde quedaría clandestinamente detenida (109).

Sobre Arrostito se han escrito extensos materiales bibliográficos, entre los cuales existen incluso libros.¹⁷ Y, como ella, hay otros casos de información falsa o de tergiversación en la dictadura. A nuestro parecer, desde el momento en que la Junta Militar y, por ende, la prensa

¹⁷ Saidon, Gabriela. *La montonera. Biografía de Norma Arrostito. La primera jefa de la guerrilla peronista*. Buenos Aires: Sudamericana, 2011.

escrita ocupan el término *subversión* para referirse a los desaparecidos o exiliados hay un caso de tergiversación e incluso de desinformación. Como mencionamos anteriormente, el significado de la “*subversión*” o el “*subversivo*” adolece de un significado material rastreable y claro. Por lo mismo, encontramos una contradicción en el periodismo con respecto a su atribución, la cual mencionamos en el capítulo anterior y que recordamos ahora: a saber, la de dar cuenta de hechos comprobables, verificables y materiales en la realidad.

Pero ¿qué ganaba la Junta Militar y la prensa escrita –en este caso preciso, *Clarín*– al publicar información falsa o tergiversada? Por un lado, como ya dijimos, generaban confusión. Por otro y más importante aún, gracias a la información falsa creaban un consenso entre la sociedad que justificara y legitimara las acciones militares y, sobre todo, a la Junta Militar en el poder. Los militares, quizá porque los grandes grupos de medios de comunicación se ofrecieron desde antes a llevar a cabo la tarea, vieron en el periodismo el medio predilecto para transmitir sus consignas, pues, como Marcelo Borelli (2011) observa, “los diarios no eran sólo medios de información: su lectura determinaba una línea ideológica, una forma de comprender el mundo y la política” (6).

La prensa escrita tenía un peso muy importante en la década de 1970. A diferencia de otros países, donde la televisión o la radio prevalecían por sobre los demás medios de comunicación, el diario en Argentina era el medio de comunicación masiva más popular. No competía con otros sino que, en todo caso, complementaban sus tareas (Borelli 6). Y gracias a esto tenía una ventaja por sobre los demás medios para construir un sentido a los hechos que acontecían en el país. Nuevamente traemos a colación a Micaela Iturralde. Coincidimos con ella cuando considera que “la prensa [...] constituye un productor de primer orden de las representaciones sociales que se elaboran en torno a los diferentes temas que en ella se abordan” (106).

Ambas impresiones explican y reafirman lo que Althusser pensó por “aparatos ideológicos de Estado”, entre los cuales él sitúa a los medios de comunicación. Para Althusser, los aparatos ideológicos de Estado son instituciones sociales que se conforman en determinado modelo de producción y que reproducen la ideología de la clase dominante. Gracias a los mismos, se aseguran las condiciones políticas de los sujetos y, en la mayoría de los casos, el *status quo* que impera en el momento.

A través de los diarios, los militares comunicaron masivamente su proyecto “reorganizador” y, por ende, lo legitimaron. Aquí agregaríamos algo: el periodismo pudo legitimar el proyecto militar en tanto que el género se asocia con la *verdad*, la *objetividad* y con acontecimientos que *realmente suceden*. Esto es: con el periodismo que se ampara en el positivismo, cientificismo y liberalismo. Esto último lo precisa Iturralde al mencionar que “su compromiso político, su participación en los debates partidarios y su función a la hora de influir sobre sus lectores” constituyeron algunas de las principales acciones del periodismo, “frecuentemente ocultas detrás del calificativo de prensa ‘independiente’” (292).

Si bien la dictadura impuso mecanismos de censura en cualquier publicación o intervención que se hiciera¹⁸, lo cierto es que algunos diarios y, sobre todo, los que giraban en torno a Grupo Clarín colaboraron activamente en la representación de muertos que aparecían a lo largo y ancho de Argentina. Al hablar de los cadáveres, la prensa deshumanizaba los cuerpos y, en muchos casos, aludían al estado de descomposición en el que se encontraban, muchos de ellos torturados o mutilados. La mayoría de estas representaciones simulaban ser apariciones espontáneas y extrañas de asesinatos, pero en el fondo respondían al terrorismo de Estado.¹⁹

¹⁸ Borelli menciona que en abril de 1976 la Secretaría de Prensa y Difusión “emitió otro comunicado a los medios prohibiendo difundir información sobre muertes de ‘subversivos’, aparición de cadáveres o desaparecidos” (9). No obstante, *Clarín* publicó noticias sobre la aparición de cuerpos desmembrados en el país.

¹⁹ *Remembering Argentina's Dictatorship: History as Social Conflict*. 2019. 15:38-17:11. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=8mFeQ6gIfgg&pp=ygUVYmFkZW1wYW5hZGEgYXJnZW50aW5h>

Gracias a esto, la prensa benefició a los militares, por un lado, y desestimó cualquier lucha política ajena al proyecto militar, por el otro.

Las relaciones entre la prensa y el mundo se intensificaron a raíz de varias acciones legislativas que la Junta Militar hizo. Más específicamente, diríamos que importó poco la censura impuesta en el caso de *Clarín* pues el diario tuvo la oportunidad de elegir si contribuía o no en el discurso, sobre todo después de que Grupo Clarín se hiciera del control de la empresa Papel Prensa. En efecto, en 1978 *Clarín* se volvió accionista de la empresa Papel Prensa que el Estado consiguió de la propiedad de la familia Graiver, a la cual torturaron y obligaron a vender (Franco 4).

A partir de ese momento, *Clarín* se convirtió en el diario de mayor tiraje en el país (Borelli 6), lo cual supuso que el discurso militar llegara a más personas y, por lo mismo, afectara en la opinión pública. En palabras de Iturralde (2014), el diario “se vio jerarquizado – entre otros– dado que ya no competía con otras instancias productoras de discursos como los partidos políticos, los sindicatos u otros medios culturales acallados por el poder autoritario. De este modo, el diario se presentó como un enunciador válido ante los diferentes temas del ‘Proceso’”, mismo que tenía como fin último “persuadir de la veracidad y justeza de los relatos” a la comunidad de lectores que habían asegurado en ese momento (Iturralde 295-96).

El control de Papel Prensa significó, además, que *Clarín* y algunos diarios satelitales – *La Nación*, *La Razón*–, en conjunción con el Estado, controlaran el flujo de información, asegurando las estrategias legitimadoras por parte de ambos. Los diarios tuvieron, en palabras de Borelli, un cierto *modus operandi*: omitieron información alusiva a la represión ilegal, transcribieron los comunicados militares, publicaron información oficial que desacreditaba rumores con respecto al terrorismo de Estado, estigmatizaron a actores políticos bajo el término de la “*subversión*” y eludieron datos sobre problemas internos del régimen (Borelli 11-2).

De ese modo, *Clarín* contribuiría a la amplificación del *subversivo* y reproduciría el discurso militar donde el desaparecido, exiliado o crítico del régimen fuese uno de más de la *subversión*. Con ello, “renunciaron explícitamente a uno de los objetivos básicos de la tarea de los medios periodísticos: captar, seleccionar y difundir aquellos hechos noticiables que tienen una gran repercusión pública” (Borelli 12).

Las representaciones que *Clarín* hizo del terrorismo de Estado es, por demás, relevante. Bisquert apunta a que el diario nombraba los centros clandestinos de detención como “centros de reeducación” a los que llegaban *subversivos* para abandonar sus ideologías extremistas y, posteriormente, reincorporarse a la sociedad. Estas representaciones, sin embargo, y como hemos mencionado, desinformaron a la sociedad. Así,

en tanto órganos propagandísticos oficiales, [se] adhirieron a la existencia de la campaña antiargentina, ocultando, de manera deliberada, la información relativa a los centros clandestinos de detención, a los desaparecidos y a los presos políticos que circulaba en la prensa internacional o acusando a ésta de plegarse a las patrañas de los delincuentes subversivos escondidos en el exterior (Bisquert 9).

En vista de que la información que publicaban estaba alineada a la perspectiva militar —y cuando no, como ya aludimos, la información *provenía* de los militares—, consideramos que una de las características que Vicente Leñero le atribuye al periodismo²⁰ se incumple y, por ende, modifica, para este caso, lo que sería el *periodismo*.

A partir de estos eventos, la Junta Militar concibió la famosa “campaña antiargentina”, una estrategia mediática que se (re)produjo a través de los diarios con la finalidad de deslegitimar las luchas que desde el exterior se hacían con respecto al esclarecimiento de

²⁰ Leñero considera que hay una verdad en el periodismo, la cual se puede probar y documentar, con la sola pretensión de que sea una *verdad periodística* (29).

personas desaparecidas. Esta desinformación la consideramos más bien como una información falsa que pone en tela de juicio la función social del periodismo y permite cuestionarnos si dicha función tiene un sustento material o es, por el contrario, ideológico. De esto nos ocuparemos al final del capítulo.

2.4.2 Literatura

A diferencia del periodismo, que gozaba de buen estatuto con la Junta Militar, la literatura y, por ende, los escritores, sobre todo aquellos que militaban en organizaciones políticas o, bien, los que tenían una tendencia política, se vio afectada por la censura impuesta en el Proceso. Beatriz Sarlo (1987) comenta que durante la dictadura el campo cultural estuvo incomunicado, lo que impidió articular un discurso que se opusiera a lo enunciado desde la cúpula del poder.

La autora retoma las observaciones que Guillermo O'Donnell hizo, especialmente aquella referencia a la “cultura del miedo”, que define como “un conjunto de experiencias difíciles de caracterizar discursivamente desde la perspectiva de sus actores”. Sarlo encuentra que la homogeneización discursiva de la dictadura, impuesta en los primeros años, “presentaba resquicios donde se alojaron otros discursos y otras prácticas, cuya visibilidad, hasta 1981 por lo menos, fue, sin embargo, muy débil”. Para ella, “la literatura precisamente es uno de sus discursos” (32).

La represión simbólica impuesta por los militares iba de la mano con la represión física que diarios como el de Roberto Cox y el de Manfred Schönfeld sufrieron. En el caso de la literatura podemos aludir a la desaparición de Rodolfo Walsh, Haroldo Conti y Francisco Urondo como una suerte de mensaje que la dictadura envió a todos aquellos que se mostraran en desacuerdo con las prácticas que ésta llevaba a cabo en la sociedad. De hecho, Walsh fue uno de los primeros en publicar un número no-oficial de desaparecidos a través de su *Carta*

abierta de un escritor a la Junta Militar (1977), donde contabilizó, a tan sólo un año después del golpe, cerca de 15 mil desaparecidos.²¹

Consideramos, pues, que el caso de los escritores desaparecidos condicionó al campo literario para que conociera, de otro modo, el terrorismo de Estado. La experiencia cercana, si no es que en carne propia, del secuestro, la tortura y la desaparición produjo una literatura elusiva a los hechos que tomaban lugar en el país pero, paradójicamente, mucho más alusiva que el discurso oficial y periodístico. Dicho con otras palabras: tenían un conocimiento de lo que pasaba pero hablaban de ello *sin* mencionarlo. Para Daniel Balderston (1987) hubo dos tipos de literatura: la acusatoria, que se publicó fuera de Argentina durante los años de la dictadura o en vísperas de las elecciones de fines de 1983, y de otra clase, “más difícil de clasificar y leer, publicada en la Argentina durante los años del ‘Proceso’, pero que escapó a la atención de los censores debido a una serie de técnicas [discursivas]” (2).

En muchas de las novelas de la dictadura hay una intención por parte de los escritores de hablar de los hechos que acontecen en el país aunque siempre desde la metáfora, la alegoría, la analogía. Esto es: desde herramientas discursivas que eludieran los acontecimientos. Dicha forma se sistematizó para que los censores no descubrieran los temas de los que hablaban. Así, los escritores hicieron obras literarias que se leyeron en *clave*.

El caso de nuestro corpus de análisis, la novela *Respiración artificial* de Ricardo Piglia, forma parte de un grupo considerable de obras que está escrito bajo esta estrategia. Balderston observa que la novela de Piglia condensa un *ethos* –diríamos nosotros: una práctica discursiva y, sobre todo, política– que otros escritores compartieron: la necesidad de elaborar una novela que exija una lectura más sutil entre líneas, pues “sugiere de una manera muy poderosa la

²¹ Walsh, Rodolfo. *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*. Buenos Aires: 1977. Recuperado de: https://es.wikipedia.org/wiki/Carta_abierta_de_un_escritor_a_la_Junta_Militar

presencia de la persecución o un estado mental inquisitorial en el país en que fue escrita, y muestra cómo un escritor ingenioso puede eludir a los inquisidores” (Balderston 114).

De este modo, Balderston encuentra que “la mejor manera de decir la verdad sobre los hechos reales no es necesariamente la más directa” (114), situación que Ana Rosa Domenella (2018) encuentra en escritores como Ana María Shua, Martha Mercader y Juan José Saer (18), cuya labor emplea las mismas técnicas discursivas para explicar los hechos que acontecen en Argentina durante el Proceso. Sarlo considera que la literatura hecha en estas condiciones se propuso llevar a cabo una *crítica del presente* a través de formas oblicuas de representación. “La literatura”, dice, “puede leerse como discurso crítico aunque adopte (o precisamente porque adopta) la forma de la elipsis, la alusión y la figuración como estrategias para el ejercicio de una perspectiva sobre la diferencia” (34).

El empleo de la metáfora para eludir la censura tiene, además, un fin político, tal cual consideramos a *Respiración artificial*. Por medio de sus técnicas discursivas, las novelas entran en el campo político del que se les expulsó cuando la Junta Militar asumió el poder. Son, pues, novelas políticas. Y, por lo mismo, consideramos que los escritores hallaron en la literatura un espacio discursivo de resistencia a la manera en que James C. Scott plantea en su libro *Los dominados y el arte de la resistencia* (2000).

Scott propone que las relaciones de poder y las jerarquías que éstas conciben orillan a que los subordinados elaboren discursos que se oculten del poder y, sin embargo, den cuenta de la desigualdad social en la que están inmersos. En palabras de Scott:

cuanto más grande sea la desigualdad de poder entre los dominantes y los dominados y cuanto más arbitrariamente se ejerza el poder, el discurso público de los dominados adquirirá una forma más estereotipada y ritualista. En otras palabras, cuando más amenazante sea el poder, más gruesa será la máscara (Scott 26).

Bajo esta perspectiva, las novelas escritas en el Proceso asumen una postura política y, a la par, cuestionan el discurso oficial de los militares, el sentido que éstos le imponen a los hechos que toman lugar en el país. Esto, a su vez, implica que la atribución social de literatura, la cual condensa la *invención personal*, la *subjetividad* y, sobre todo, por lo anterior, la *imposibilidad por construir un conocimiento de la realidad*, se modifique.

Teresa Basile (1998) apunta que la literatura de esta época tiene, además de los elementos que hemos mencionado, una estética no realista que “se propone pensar la represión militar, [y] reflexionar sobre sus causas y alcances”, mientras que para ella el testimonio “operó con otra estética y se propuso diferentes objetivos”, como lo fue “una primera ‘representación’ acabada del modo inédito de represión ejercida por los militares [...] [con esto] se proponía impactar inmediatamente sobre la realidad y, en lo posible, modificarla” (48).

Coincidimos y, sin embargo, diferimos de sus apuntes. Si bien es cierto que la literatura que encontramos de la época reflexiona, a modo filosófico e histórico, sobre las causas de la represión militar, lo cierto es que al escribirse y, sobre todo, publicarse en el momento la literatura busca intervenir en el campo simbólico y modificarlo. Eso que ella le atribuye únicamente al “testimonio”, el “impactar inmediatamente sobre la realidad y, en lo posible, modificarla”, también existe en la literatura.

Las estrategias que cada escritor eligió para su obra lo confirman. Para adelantar un poco el siguiente capítulo, mencionaremos la presencia de Franz Kafka en *Respiración artificial*. Piglia elige a Kafka para cuestionarse qué papel tiene el quehacer literario en los tiempos de conflicto social. Para ello, toma como ejemplo a Kafka, quien escribió su obra a la par del ascenso del nazismo. Ya que los libros del austriaco aluden al régimen de Hitler, ¿qué hace la literatura sino explicar ese preciso momento histórico? Si los escritores de “literatura” del Proceso no querían modificar la realidad, ¿para qué hablaban, en primer lugar, del tema?

Aunado a lo anterior, resulta interesante que Basile considere que la escritura oblicua por parte de los novelistas “se debió, en gran parte, a la falta de conocimiento detallado de lo que estaba sucediendo, sobre todo durante los primeros años” (46). Si bien puede ser cierto, el caso de Piglia podría considerarse fuera de esta observación. Habría que recordar que Ricardo Piglia tenía un vínculo cercano con Rodolfo Walsh, a quien mencionamos anteriormente.²²

El apunte de Basile resulta propio de la época en que se publicó. Con el pasar de los años, las investigaciones históricas con respecto al terrorismo de Estado han podido reconstruir la época de tal manera que se considere al Proceso de Reorganización Nacional no sólo como una dictadura militar, sino también como un régimen al que apoyaron los sectores civiles, especialmente los empresariales. De ahí que ahora se denomina a la dictadura como una de tipo “cívico-militar”.

Por lo anterior, consideramos que las obras que investigadores como Beatriz Sarlo, Daniel Balderston y Ana Rosa Domenella recuperan a la perfección el tema del que hablan. En contraposición a la postura de Basile, este proyecto de investigación propone que las estrategias discursivas *ocultaban* deliberadamente el tema del que hablaban y, más aún, de *ocultarse* ellos mismos.

Ahora bien, en el caso de Ricardo Piglia, *Respiración artificial* propone hacer una lectura al régimen militar –encarnado en la novela por la Alemania nazi y Adolf Hitler–, sí, pero también alude a la situación de los desaparecidos y exiliados. Para esta labor, Piglia representa la figura de ambos sujetos políticos en el personaje de Marcelo Maggi, historiador y tío del narrador de la obra, Emilio Renzi, quien vive en la frontera con Uruguay y está

²² Piglia entrevistó a Rodolfo Walsh en 1970, seis años antes del golpe, para explicar cuentos que este último había escrito. Para más información: “Entrevista de Ricardo Piglia a Rodolfo Walsh: ‘No concibo el arte si no está relacionado con la política’”. Recuperado de: <https://lobosuelto.com/entrevista-de-ricardo-piglia-a-rodolfo-walsh-no-concibo-el-arte-si-no-esta-relacionado-con-la-politica/>

constantemente a la fuga de los censores argentinos. Por las circunstancias en las que acaba desenvolviéndose Maggi, consideramos que representa al desaparecido durante el Proceso.

Dado que el país vivía una férrea censura y, más aún, control de la información por parte del monopolio Junta Militar-medios de comunicación, la literatura se postuló como una opción para que la sociedad conociera su entorno. Así como Piglia, Juan José Saer en *Nadie nada nunca* (1980) refiere a la situación de los exiliados y el éxodo argentino, siempre de forma elusiva.

Tanto en Piglia como en Saer encontramos, además, un cuestionamiento epistemológico a cómo nos aproximamos y significamos los eventos que acontecen a nuestro alrededor. Hay, pues, una pregunta subyacente a toda esta producción y, sobre todo, a las formas en que se dio. Si conocemos el acontecimiento por medio de una metáfora, de una alegoría, de una analogía, en suma, de una *elusión*, ¿podríamos considerarlo como *verdadero*? Incluso cabe hacerse otra pregunta: ¿acaso es *literatura* aquella obra que, faltando a su atribución social de *invención*, habla de acontecimientos *reales, materiales, verificables* como lo es un desaparecido, un exiliado, un detenido clandestino?

Compartimos estas dudas con Beatriz Sarlo, quien observa que

la literatura propone su contenido de verdad bajo la forma de figuración. No reconstruye una totalidad a partir de la *dilecta membra* de la sociedad (empresa quizás imposible), pero sí propone cursos de explicación, constelaciones de sentido, que plantean lecturas diferentes y alternativas del orden de lo real, según una pluralidad de regímenes discursivos y de estrategias de ciframiento (9).

Hay, dentro de estas obras, y más propiamente en *Respiración artificial*, una obsesión en torno a la *verdad* como fin último a alcanzar por medio del discurso. Nosotros interpretamos esa *verdad* como un acto de “narrar hechos reales”, como lo observa Jimena Ugaz (2010)

cuando alude a Parnell, una de las tantas referencias en la novela de Piglia (4). De este modo, la literatura de la época, en palabras de Matías Rivas (s/a), “apela al lector en tanto intérprete de discursos, en tanto él también busca la verdad escondida del texto...” (6).

2.5 La “campana antiargentina”: estrategia mediática de legitimación en vísperas de la Copa Mundial de Fútbol de 1978

Para concluir este capítulo mencionamos algunos aspectos hasta el momento importantes. El proyecto de investigación gira en torno a dos producciones textuales que, si bien difieren en su publicación en tan sólo dos años, comparten un mismo periodo histórico. Así, la “campana antiargentina”, donde *Clarín* participó activamente en cuanto a la representación de los desaparecidos, exiliados y detenidos como “*subversivos*”, y los momentos a los que alude *Respiración artificial*, e incluso las menciones hechas por Ricardo Piglia en *Los diarios de Emilio Renzi. Un día en la vida (III)* (2017), pertenecen al periodo de “legitimación” que Quiroga propone y que comprende de 1976 a mediados de 1978 (ctd. en Iturralde 107).

Ahora bien, para entender a profundidad las representaciones textuales que cada producción hace remontémonos brevemente a la definición de la “campana antiargentina”. Ésta consistió en una estrategia mediática que los militares y los medios de comunicación desplegaron conforme avanzaban los años del régimen para paliar las denuncias que llevaban a cabo los exiliados y los organismos internacionales de los derechos humanos desde el exterior. El eje central de la campana fue desestimar las acusaciones, tildándolas de provenir de la “*subversión*” externa, y crear una imagen favorable de las acciones militares y, por ende, del país, tanto dentro de Argentina como fuera de él.

Los primeros atisbos de la campana se encuentran en 1977, en el marco de las primeras denuncias que se hacían. Su cenit, sin embargo, tomó lugar en los meses previos a y durante la realización del Mundial de Fútbol de 1978. Concluyó, a su vez, en 1979, con la llegada de la

Comisión Interamericana de Derechos Humanos, la cual levantó actas sobre las violaciones a los derechos humanos que había en el país.

Ya que el discurso desestimaba cualquier acusación, la Junta Militar y los medios de comunicación negaron sistemáticamente el terrorismo de Estado y, en paralelo, exaltaron las mejoras políticas que el régimen había traído. Muchas de éstas tenían que ver con la economía del país. En la selección de noticias que hicimos, y que corresponde con este periodo de tiempo, hallamos que el diario exponía grandilocuamente las acciones militares que se hacían en materia económica.

Como mencionamos al principio de este capítulo, el Proceso significó para el sistema económico argentino un cambio abrupto que ya se llevaba a cabo en Chile y que tiene por nombre neoliberalismo, mismo que se implementaría en todo el mundo con el devenir de la historia. El neoliberalismo implicó que el Estado dejara de intervenir en la vida económica, lo cual benefició enormemente a algunos grupos de capitalistas. Entre éstos, como aludimos en la sección anterior, se encontraba Grupo Clarín.

Debido a que beneficiaban a las clases dominantes, los planes económicos fueron vistos con agrado y de manera optimista por los diarios. Esto llevó a que *Clarín* representara a los militares en términos más que favorables, mientras que los supuestos enemigos de éstos (que iban ya no sólo desde los disidentes del régimen sino que también llegaba a figuras como Augusto Pinochet, quien estaba en conflicto con la Junta Militar por el Canal de Beagle) eran ridiculizados o presentados de manera negativa.

Recordemos que uno de los planes que tenían los organismos civiles desde el exterior era boicotear el Mundial. Por lo mismo, los militares aprovecharon para utilizar la realización de éste como un acto político. Bisquert señala que el Mundial se empleó en dos frentes:

En el plano interno, “como un factor de movilización ‘patriótica’ para renovar los apoyos militares, silenciando la realidad política del país”. Y simultáneamente, frente a la comunidad internacional, [...] [para] “publicar la ‘verdadera realidad argentina’ y frenar la creciente oposición externa” (7).

Toda denuncia hecha, por exiliados o por otras organizaciones, caía en la categoría de “*subversivos*”, lo cual le da a nuestro trabajo la posibilidad de cuestionarnos la validez del término en un contexto donde éste había perdido su significado. Ya que se ocupó dicha palabra, la campaña aludió a una suerte de conspiración internacional llevada a cabo por el terrorismo apátrida que buscaba desestabilizar la supuesta estabilidad que los militares habían traído. Marina Franco comenta que:

[...] la “campaña antiargentina” frecuentemente queda sellada con el terrorismo internacional en una lectura en clave conspirativa donde los foros internacionales y las denuncias por los derechos humanos son parte del ataque “contra la Argentina”. En estas lecturas –al igual que en una buena parte de los discursos militares– la clave conspirativa permite definir el quién “agresor” situándolo fuera de las fronteras nacionales, pero el por qué –su objeto de “agresión”– aparece sustituido: las violaciones a los derechos humanos, el gobierno militar, el terrorismo de Estado, la represión quedan ocultos por “la imagen argentina”, “la Nación” (14).

Encontramos aquí una confirmación de una de las hipótesis que planteamos en los apartados anteriores: hay una narrativa de buenos y malos, de héroes contra villanos, de personajes que cuidan la “patria” y otros que la destruyen. Por el contrario, resulta sorprendente considerar que la labor explicativa que debería emprender el periodismo con respecto a los hechos materiales de la realidad la haga, en el fondo, la literatura. En efecto, si bien la novela

que elegimos no habla abiertamente de la “campana antiargentina”, da cuenta de la contracara de ésta: el terrorismo de Estado, la violación a los derechos humanos, el régimen militar.

Por su carácter propagandístico, el discurso que elaboraron militares y medios de comunicación –*Clarín* específicamente– recurrió a argumentos nacionalistas donde la Nación era amenazada por la “*subversión externa*”. Franco considera que los alcances de este discurso militar afectaron a la legitimación interna en torno al Proceso, a pesar de que las denuncias provenían de organismos internacionales de renombre, como la Organización de los Estados Americanos (OEA) y la ONU. Así, también éstos, al eludir sus nombres, se les consideraba “*subversivos*”.

En tono a esto último, la Junta Militar transfirió el significante “*subversión*” a sujetos políticos que nada tenían que ver con los sujetos a los que los militares aludían. Franco apunta que:

la información real de qué es la ‘campana antiargentina’ es frecuentemente omitida. [...] la existencia de ‘exiliados’ o de organizaciones de exiliados no son mencionadas, y sólo se habla de las ‘organizaciones armadas en el exterior’ o se utilizan construcciones como ‘argentinos en el exterior’, ‘terroristas argentinos’ o ‘izquierdistas’ (14).

El periodismo se apropia de este tipo de representaciones textuales. No diferencia –pues adolece del rigor periodístico que dice tener el género– lo que el discurso militar enuncia sino que lo reproduce (Franco 16). Y gracias a la campana, la Junta Militar alcanzó varios objetivos. En primer lugar, impedir el boicot al Mundial. En segundo, prolongar la llegada de organismos internacionales que recibieran denuncias por las violaciones a los derechos humanos, lo cual inevitablemente pasaría en 1979, aunque siempre deslegitimando el acontecimiento y, por el contrario, exaltando las virtudes del régimen. Y, en tercer lugar, continuar con la intervención

militar en la sociedad civil. De hecho, una de las notas que recuperamos para la investigación alude a esta circunstancia.

Junto al término *subversivo*, hay en los diarios una voluntad por contrastar lo que ocurrió en el pasado con la forma en que vivía ahora el país. Esta suerte de discurso legendario le permitía a los militares considerarse esos héroes que sacaron de las tinieblas a un país que se encontraba en la “decadencia”. Los hechos, sin embargo, dictaban lo contrario. Y esos hechos los encontramos, pues, en la literatura.

Capítulo 3: Análisis del corpus periodístico y literario

3.1 Al mal tiempo buena cara: la (auto)representación militar-periodística dentro de la “campana antiargentina”

Para el análisis de la presente investigación elegimos del diario las secciones de Política y la Editorial pues consideramos que ambas manejan una narrativa precisa: la de favorecer a los militares y desfavorecer a todo aquel que se considere enemigo tanto de la Nación como del proyecto estatal que los primeros llevaban a cabo. Aunado a esto, contemplamos que ambas secciones resultan de suma importancia dentro del periódico por los temas de los que hablan. De dichas secciones retomamos notas periodísticas y fragmentos de los textos que ejemplifican nuestra hipótesis. A saber: que la representación que hacían los militares del desaparecido, exiliado o, en el mejor de los casos, del trabajador sindicalista se asociaba con la figura del *subversivo* que hasta ese momento le había servido a la Junta Militar para legitimarse en el poder. Así, dichos fragmentos exponen, por un lado, el proyecto militar y, por el otro, el consenso que *Clarín* dio a dicho proyecto.

Comentamos, además, que hay dos menciones a la *subversión* en los diarios que elegimos. Éstos se eligieron por su contexto histórico: se publicaron durante el proceso de la campana antiargentina. Y, sin embargo, el resto de noticias que recuperamos contiene alusiones a esa campana y/o a ese sentimiento de saberse “atacados” y, sobre todo, observados por los “enemigos *subversivos*”. La diferencia, sin embargo, es que las alusiones se enmarcan en la contracara de la campana antiargentina: esto es, en una campana “proargentina” que favorecía la imagen de los militares (Iturralde 118). Así pues, recuperamos pasajes que insinúan dicho conflicto. También recuperamos cuestiones relacionadas a los países vecinos de Argentina debido a que la imagen que presentan de los respectivos gobiernos –en Argentina, un gobierno favorable; en países como Brasil y Chile, un gobierno desfavorable– nos parece contradictoria con los hechos que en realidad pasaban en esos lugares. En aquel entonces se puso en marcha

el Plan Cóndor, que implicó la colaboración entre países del cono sur que tuvieran dictaduras para erradicar esa “*subversión*” que minaba a cada uno y, en esencia, los resultados de los países dictatoriales eran parecidos en términos de terrorismo de Estado y política económica. Dicho con otras palabras: por más que *Clarín* buscara diferenciar a Argentina de los demás países con dictaduras, lo cierto es que éstos compartían más características en común que rasgos que los diferenciaran.

Recordemos, antes de todo, que el presente capítulo se encarga de analizar las representaciones textuales que periodismo y literatura hacen de los desaparecidos y exiliados. En éstas creemos hallar los límites textuales y, sobre todo, epistemológicos²³ de ambos géneros. La forma en que cada uno representa a los sujetos que mencionamos implica, por un lado, la producción o reproducción de un mundo en específico y, por el otro, una correspondencia con las definiciones y papeles sociales que asumen. Dicho con otras palabras y de modo más desarrollado: el periodismo debería, supuestamente, representar de forma objetiva el tema de los desaparecidos y exiliados, mientras que la literatura lo haría de manera objetiva y, más aún, ficcional. Pero lo cierto es que en los casos presentados ocurre de manera opuesta: el periodismo *inventa* hechos y, por ende, representaciones *subjetivas*, mientras que la literatura *procura* acercarse a la realidad de forma más *objetiva*. De esto, pues, nos ocuparemos en las siguientes líneas.

Dicho lo anterior, comenzamos con la representación que los militares hacían de la campaña antiargentina. Para éstos significaba “una leyenda negra” a la que había que denunciar. El término “leyenda negra” proviene, a nuestro entender, de la “leyenda negra

²³ Si bien hemos empleado el término *epistemología* sin haberlo definido concretamente, consideramos a ésta como “la adquisición de conocimiento se fundamenta en vivencias otorgadas por el mundo de la vida, (1) en la cotidianidad del sujeto; pero son las constantes que se verifican en esas vivencias, en la adecuación y relación sujeto –objeto - sujeto, en la validez de los conceptos que surjan de dicha adecuación, y en la posibilidad de predecir o interpretar acciones estableciendo causas o comprensiones sobre lo que realmente la epistemología legisla” (Jaramillo 174).

española”, la cual el *Diccionario de la lengua española* define como un “relato desfavorable y generalmente infundado sobre alguien o algo”. En este preciso caso, los militares y *Clarín* empleaban el término para acusar a los organismos de derechos humanos de atacar a la “Nación” y, más aún, a la imagen que el gobierno proyectaba hacia el extranjero. Recordemos, pues, que los militares se percibían como los héroes que salvaron al país de las manos de los villanos *subversivos* con su arribo al poder. Pero diferimos de esta observación. Creemos que resulta difícil considerar que hubo una “leyenda negra”. Antes al contrario: con la contracampaña de la campaña antiargentina hubo, según observamos en los diarios, una “leyenda rosa” que enaltecía las acciones militares, pasadas y presentes.

El término “leyenda negra” aparece en nuestro corpus de análisis en una breve nota de la edición del 6 de abril de 1978 con el título de “Anchorena” (6). En ella, se menciona que el embajador de Argentina en Francia, Tomás de Anchorena, denunciaba al Comité de Boicot a la Copa Mundial de Fútbol que se formó en París. Por medio de él, el gobierno argentino señaló al interior del país una supuesta campaña de desprestigio contra la Nación que tenía como epicentro Europa y, más concretamente, Francia. El hecho de que se ubicara en este lugar jugaba en contra de la dictadura, pues a partir de ahí podían propagarse rápidamente a otras latitudes y afectar, aún más, la imagen de la Junta Militar.

Ya que su imagen corría peligro, la dictadura y el diario construyeron un discurso que favorecía, por un lado, las acciones militares dentro del país y, por otro, las relaciones internacionales que tenían con países cercanos a ellos o, en su defecto, en temas concernientes a la política internacional. En el primer caso, se generaba un consenso en torno al accionar militar entre la población argentina, la cual se ponía del lado de la Junta. En el segundo, los militares ataban alianzas con países clave para llevar a cabo su reforma económica. Así, en estas notas hallamos lo que llamamos más arriba una “leyenda rosa”.

Ya en los meses previos a la realización del Mundial, *Clarín* exponía las virtudes de la Junta Militar en asuntos internacionales, sobre todo en temas relacionados con países del cono sur. Así aparece en notas del 6 de febrero de 1978. En las dos que recuperamos aquí observamos, de entrada, un tono nacionalista que insinúa el servicio a la Patria que efectúan los militares en el poder.

La primera de ellas alude a la reunión que hubo entre Augusto Pinochet, dictador en ese entonces de Chile, y Jorge Rafael Videla, su homólogo argentino, para discutir asuntos limítrofes entre ambos países. En ese entonces existía una disputa territorial entre Argentina y Chile y el diario favoreció las acciones militares argentinas mientras demeritaba la posición del gobierno pinochetista. Según el diario y en voz de los propios militares, Argentina tenía “una honrosa tradición de conducta internacional que le permite afirmar que jamás ha utilizado la amenaza como procedimiento para lograr objetivo alguno” (2).

La segunda menciona el apoyo que había dentro de algunos sectores de la población para con los militares. La configuración textual y gráfica del diario está hecha para reiterar, desde diferentes puntos de vista, el mismo tema, en este caso, el conflicto territorial con Chile. Así, la nota “Más adhesiones por el rechazo del laudo” recupera los comunicados del Colegio de Graduados en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales y el de la Cámara del Comercio. En ambos, pues, hay una perspectiva nacionalista y un enaltecimiento de las acciones militares. Del primero recuperamos estas líneas: “[...] ‘las autoridades argentinas han manifestado su firme e irrenunciable decisión de no permitir más concesiones que impliquen un detrimento de la soberanía nacional’” (2); mientras que del segundo hallamos este pasaje: “[...] la Cámara de Comercio expresó su solidaridad ‘con el Excelentísimo señor presidente de la Nación en sus esfuerzos por el logro de los altos objetivos nacionales y por la defensa de nuestra soberanía’” (2).

Ahora bien, consideramos que la reiteración de la buena imagen de los militares tanto al interior como al exterior responde a que veían peligrar su inclusión en varios campos de la vida política internacional. En efecto, en aquel entonces circundaba sobre el país la exigencia de Estados Unidos por el esclarecimiento de los crímenes de Estado que la dictadura había cometido hasta el momento. Existía, según menciona Bisquert, una posible sanción económica por parte del país norteamericano (4). Por lo mismo, el gobierno desplegó diferentes notas a través de *Clarín* para auto-representarse favorablemente dentro y fuera del país.

La Junta Militar mostró de manera velada su preocupación por continuar participando en asuntos internacionales en la nota “Otra vez los salarios” (5) del 6 de marzo. En un intento por fortalecer la imagen que ya mencionamos, aludieron a problemáticas laborales dentro del país y a su permanencia en comités internacionales de trabajadores. El final de la noticia expone el interés del gobierno de crear una imagen externa favorable. Así, comenta que:

Es evidente que ni el sector sindical ni el sector oficial están interesados en la pérdida de esa posición internacional [dentro de la Organización Internacional del Trabajo], sobre todo teniendo en cuenta que la reelección de la Argentina como miembro del Consejo de Administración de la OIT fortalecerá la imagen externa del país, justamente en un frente donde, pese a todos los riesgos corridos, se ha obtenido una notoria comprensión para los problemas internos argentinos (5).

La importancia que la Junta Militar da a su imagen en el exterior coincide con las denuncias que crecían desde el extranjero contra el terrorismo de Estado. Propia del año, el hecho de pertenecer a la Organización Internacional del Trabajo forma parte de la visibilidad hacia el extranjero que Argentina tenía en 1978, según cuenta Franco (7). En palabras de esta última, “las notas firmadas y los editoriales vinculados al Mundial de Fútbol, al Congreso Mundial de Cáncer o a acontecimientos internacionales serán espacios habituales para comentarios de

denuncia sobre ‘campañas de desprestigio’ o la ‘falsa imagen de la Argentina en el exterior’” (11). Asimismo, el hecho de que se haya “obtenido una notoria comprensión para los problemas internos argentinos” permite justificar su accionar represivo contra la población argentina, la cual, según observamos con notas que en la siguiente sección analizaremos, se ceñía sobre todo a sindicales combativos.

Bajo esta auto-representación los militares traían a colación el pasado antes del golpe. Gracias a su estrategia no sólo legitimaban los crímenes de Estado sino que justificaban su permanencia en otros campos de la vida política, como era el laboral. De ese modo señalaban que la *subversión* aún existía en esos campos de la vida política y, por lo mismo, debían tener participación activa en la vida de la sociedad argentina.

3.1.1 El *subversivo* aún existe: dos casos representativos de la estrategia discursiva de *Clarín* durante la campaña antiargentina

Las notas que analizaremos en este apartado presentan algunas características que Franco percibe de *Clarín* en contraposición a otros diarios de la época en cuanto a la “campaña antiargentina” refiere. La primera de ellas tiene, por ejemplo, lo que la autora denomina como “una extensa graduación en su vaguedad” (11), pues si bien menciona el término *subversión* en su encabezado lo cierto es que la noticia, en su contenido, dice poco sobre el tema y/o el término. Únicamente menciona que militares “expusieron sobre actividad antsubversiva y la moralidad en los medios de comunicación social” (*Clarín* 5).

A pesar de esto, nosotros interpretamos que en dicha vaguedad se encuentra la relación con el *subversivo* del que hablamos en el capítulo anterior. En efecto, pareciera ser que para los militares el *subversivo* había llegado ya a los medios de comunicación, lo cual significaba que indirectamente quien estuviera detrás de las denuncias contra el terrorismo de Estado que salieran en los medios impresos o audiovisuales bien podía ser un *subversivo*.

En ese sentido, la noticia menciona que los militares expusieron una preocupación por las “falencias actuales en la fiscalización efectiva de las transgresiones a las normas vigentes”. Para contrarrestar dicho estado de cosas, los mismos militares proponían “unificar criterios y la legislación respectiva para evitar la dispersión de esfuerzos” (*Clarín* 5). Como se puede apreciar el mensaje es implícito y logra su propósito de insinuar al lector una posible acción subversiva en los medios de comunicación. De este modo asociamos la supuesta campaña de desprestigio que sufría en ese entonces la Junta Militar y, por extensión, en el discurso militar, la “Nación”. Así, dichas falencias bien podían referir a publicaciones que mostraran una imagen negativa de la dictadura en los medios de comunicación. La fiscalización, es decir, la censura, fallaba en este plano y había que revisarla.

Lo previamente expuesto va en el tenor de lo que Jaquelina Bisquert observa en su análisis sobre las representaciones discursivas que las Fuerzas Armadas y los diarios hacían en torno a los exiliados. Para la autora, “los exiliados eran representados en el discurso castrense como los subversivos que, derrotados, habían huido al exterior, desde donde intentaban orquestar una campaña antiargentina absolutamente falaz” (5).

En ese sentido la noticia que recuperamos se hermana con otra que *Clarín* publicó días después. El 26 de mayo de 1978 el diario alude a la situación de los exiliados. En sus palabras,

No hay duda de que muchos de nuestros terroristas están ahora en Roma, otros en París y en Madrid. Tienen vínculos con un país árabe. [...] [Se financian con] el dinero de la OLP [Organización para la Liberación de Palestina] que a su vez lo divide entre las Brigadas Rojas, el grupo Beader-Meinhold, los Montoneros, el ERP y los Tupamaros que se han trasladado a Europa y disponen de muchos fondos. La lucha contra esta plaga es una guerra (8, ctd. en Franco 13).

Recordemos, pues, que el término *subversivo* estaba asociado indefectiblemente al de terrorista, cuando no iban ligados en la misma frase (“la subversión terrorista”). Es, sin embargo, contradictoria la postura que asumían los diarios y, sobre todo, la dictadura en su discurso. Debido a que el término resultaba de por sí poroso, ambiguo, vago, en la misma nota *Clarín* dice que los terroristas en el interior del país “están desarticulados, dispersos [...] finalmente los grupos subversivos han sido vencidos” (8). No obstante, en el extranjero era otra historia, pues había “todo un aparato exterior que sostiene a los terroristas [subversivos]²⁴” en países europeos.

En vista de su vaguedad los militares justificaban su intervención en sectores de la sociedad por medio de su posible resurgimiento o, en el mejor de los casos, de su accionar latente. Esto nos permite enlazar con la segunda noticia que traemos a colación. Está situada en la misma página que la que mencionamos en las primeras líneas del apartado. Y, en cierta medida, guarda relación con las estrategias discursivas que el diario y la Junta Militar tomaron para consensuar el terrorismo de Estado.

Franco destaca que en algún momento el discurso militar tendió a hablar del secuestro del entonces ministro Aldo Moro en Italia. Para los militares la *subversión* era un fenómeno internacional que debía ser combatido por todos los medios necesarios. De este modo, la noticia que elegimos para el análisis incluye la presencia de sindicalistas italianos que visitaron Argentina para conocer las condiciones laborales de sus compañeros trabajadores.

Según la noticia, los sindicalistas italianos expusieron su preocupación en torno a la intervención militar en los sindicatos, a lo que el coronel Lillo Noé Rodríguez, subsecretario del Trabajo, “explicó que si bien militarmente la subversión está terminada, todavía puede actuar aisladamente en las fábricas, lo que justificaría la continuidad del estado de

²⁴ Ocupamos el término *subversivo* como sinónimo de “terrorista” pues la Junta Militar lo empleó indistintamente para referirse a ese supuesto enemigo al que debían combatir.

excepcionalidad sindical” (5). Como puede apreciarse, existen contradicciones en el discurso militar sobre la situación de los “*subversivos*”. Por una parte, afirman que han sido “desarticulados” y, por la otra, insisten en pretextar la existencia de los mismos para controlar grupos sociales como los sindicatos.

Esta nota expone más claramente el término *subversión* que hemos querido desarrollar en el trabajo. Queda, por último, un agregado más a nuestra interpretación de estas notas. Y es que al final de la noticia, que lleva por título “Preocupación de sindicalistas”, publicada el 6 de mayo de 1978, se mencionan a los desaparecidos. En este preciso caso, los desaparecidos son obreros de los que, como insinúa su nombre, se desconoce su paradero. Los sindicalistas italianos

señalaron que durante su visita se habían interesado vivamente también por la suerte de los dirigentes sindicales y obreros detenidos o desaparecidos y señalaron de que “garantizar la vida de los ciudadanos detenidos o desaparecidos es lo más importante para el restablecimiento de condiciones de democracia en el país” (5).

Hallamos en esta intervención un mensaje implícito: que el obrero desaparecido bien puede tratarse de un *subversivo* y no de un ciudadano común al que se le deben garantizar sus derechos. En efecto, con este propósito se crearon varias organizaciones en el extranjero, como fueron la Comisión Argentina por los Derechos Humanos (CADHU) a la que *Clarín* desprestigió en conjunción al relato militar. Así, aquél decía que dicha comisión formaba parte de una “acción psicológica” perpetrada por las “bandas de delincuentes subversivos marxistas” “cuya finalidad real es la de buscar la protección de las personas vinculadas a la subversión bajo el eufemismo de la ‘defensa de los derechos humanos’” (5, ctd. en Franco 131).

Por lo anteriormente expuesto el diario citado tuvo un papel decisivo en la construcción de un otro/enemigo de los militares y, más aún, de la “Nación”. Sus expresiones tuvieron la

capacidad de enmascarar la realidad del país durante este periodo. Asimismo, su alcance comprendió no sólo el ámbito nacional sino también el internacional. Y, con ello, también afianzaron la contracara de esa *subversión* que denunciaban: la de unos militares héroes del país que salvaron a la “patria” o “Nación” de la amenaza *subversiva*. De esto, sin embargo, nos ocuparemos en las líneas subsecuentes.

3.1.2 Los militares, héroes de la Argentina

Como mencionamos en las líneas anteriores el discurso militar-periodístico sobredimensionó favorablemente la figura de los militares y sus acciones. Para ello se valió de dos estrategias. La primera consistió en aludir de forma negativa al pasado inmediato de Argentina y los gobiernos civiles, fuese de manera explícita o implícita. De algún modo, las representaciones hechas en las noticias que analizamos comparan la vida argentina previa al golpe de Estado con la vida argentina durante la dictadura militar. La segunda implicó que asumieran un tono nacionalista en los conflictos que tenían con países vecinos y en eventos conmemorativos del ejército.

De la primera estrategia mencionamos que el diario publicó una editorial alusiva al atraso económico e/o industrial que vivía el país. Para *Clarín*, la responsabilidad de dicho atraso recaía en los regímenes anteriores. Quienes buscaron modificar la situación fueron los militares y el entonces ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz, a través de la implementación de políticas neoliberales que reducían la capacidad del Estado en materia económica y favorecían a los grandes empresarios.

La editorial “Empresas públicas” del día 6 de febrero de 1978 refiere a una “hipertrofia e ineficiencia de un aparato burocrático que no sólo se había convertido en fuente de inflación, sino que empobrecía al país por un desmedido gasto improductivo”. Estas condiciones provenían de las administraciones pasadas. En palabras de *Clarín*:

El sobredimensionamiento del Estado venía de atrás, pero había sido fuertemente agudizado en los últimos años a consecuencia de un incremento, más que injustificado, del personal público, tanto en la administración central y en las empresas estatales como en las estructuras provinciales y municipales. Y ello no solamente aportaba a la inflación y al empobrecimiento colectivo, sino que además encubría una malversación de recursos en desmedro de los servicios básicos y de las inversiones requeridas por el desarrollo económico nacional (8).

Con esto *Clarín* justificaba la política económica de la dictadura que significó, entre otras cosas, recordemos, la intervención de los militares en los sindicatos de trabajadores en un momento histórico del país en el que el movimiento obrero ganaba fuerza con el gobierno civil anterior. Al desregular la economía, la Junta Militar favoreció a los empresarios y fue en detrimento de los sectores más vulnerables de la población, como lo era la clase trabajadora.

La segunda editorial que recuperamos, del 6 de abril de 1978, va en el tenor de ésta que acabamos de exponer. Lleva por nombre “El gran desafío” y alude a los entonces proyectos económicos de la Junta Militar que buscaban mermar la industria nacional a pesar de que se presentaban como lo contrario. De este modo, al mencionar una intervención pública de Videla, el diario dijo que “El presidente de la Nación acaba de formular, en forma clara y categórica, un gran imperativo nacional. ‘Debemos lograr rápidamente –expresó– los niveles a que hubiera llegado la economía argentina de no haber mediado las situaciones críticas por todos conocidas’” (10).

Aquí observamos una auto-representación heroica por parte de los militares al ser ellos los realizadores de una empresa ambiciosa como reformar la economía argentina. Asimismo, al mencionar “las situaciones críticas por todos conocidas” aluden al terrorismo de Estado que desplegaron en justificación de acabar con la “*subversión*”. Más adelante, en la misma editorial,

evocan los errores de las administraciones pasadas al decir que “el atraso relativo” proviene desde hace un “decenio”.

En ese sentido, cabe resaltar lo dicho en el anterior apartado: que con la “campaña antiargentina” vino, como contracara de la misma, una “campaña proargentina”. Hasta el momento hemos visto algunas auto-representaciones que los militares hacían de sí mismos a través del periodismo. O bien, digamos que periodismo y discurso militar lo elaboraban los mismos actores. En cualquier caso, lo expuesto hasta ahora conduce a una posible interpretación: que los militares se veían como los héroes del país.

Ahora bien, el tono nacionalista que mencionamos como segunda estrategia tuvo como finalidad distraer a la población del terrorismo de Estado y justificar dicha imagen heroica que los militares percibían de sí mismos. En un intento por convencer a la opinión pública del heroísmo de las Fuerzas Armadas se recurría a la mención de eventos históricos del país que exaltaban el papel que tenía el ejército en la defensa de la “Patria”.

De este modo, la nota “Recordaron el aniversario de la batalla de Maipú” del 6 de abril de 1978 fue la ocasión para elogiar, una vez más, el rol de las Fuerzas Armadas en la vida argentina. Para mostrar mejor lo anteriormente dicho traemos a colación la nota que, a nuestro parecer, resume bien el tono nacionalista que articulaba el diario:

Este contacto con el pasado –dijo en un momento el general Saa– tan lleno de responsabilidad, no es un mero formulismo destinado a exaltar la vanidad de un pueblo joven. Debe elevarnos espiritualmente, agregó el comandante de la Octava Brigada de Infantería de Montaña, para retomar el proceso histórico oscurecido por años de filosofías extrañas y materialistas, encendiendo con fe y dinamismo creador y humanista que vive en la historia (6).

En esa página significativamente se encuentra la nota “Homenaje a Iribarren”, un soldado muerto en la lucha contra la “*subversión*”. El reconocimiento y remembranza a este militar permitió, de nueva cuenta, enaltecer la función del ejército en la historia reciente de Argentina. En esta nota hallamos palabras más explícitas acordes al tono nacionalista, como el término “Patria”. Recuperamos, pues, dos párrafos de la nota que nos resultan relevantes:

El jefe militar [general de división Luciano Benjamín, comandante del Tercer Cuerpo de Ejército] dijo que “[Héctor Alberto] Iribarren fue uno de los primeros que cayeron en la lucha contra la subversión. Es bendito de la patria, porque murió por defenderla. Es bendito de la Patria y de Dios porque luchó para que el comunismo ateo no se enseñorara [...] Su muerte pone de manifiesto lo que aprendimos en la historia; es que nuestro ejército sigue invicto. Su ejemplo servirá para que continuemos la lucha por la Patria invicta y por Dios (6).

Resulta indiscutible que la dictadura utilizaba toda oportunidad para legitimarse en el poder y, sobre todo, legitimar el terrorismo de Estado que hasta ese momento llevaba a cabo. Mencionamos todo lo anterior ya que los militares y la campaña “proargentina” que desplegaron es porque también guardan relación con las representaciones que hallamos en la literatura. A modo de anticipación, digamos que en el análisis del corpus literario encontramos que los militares son representados por Piglia como cercanos a la filosofía nazi. La cara opuesta de la moneda es que los militares se consideren a sí mismos como salvadores del país.

3.1.3 El no-acontecimiento

Por último, para esta parte relacionada al periodismo traemos a colación un fenómeno que hallamos en las notas que elegimos. Dicho fenómeno consiste en la *invención* de un evento que nunca ocurrió. A éste se le conoce como “no-acontecimiento” y lo describe Mar de Fontcuberta en su libro *La noticia: pistas para percibir el mundo* (1993).

De Fontcuberta explica el “no-acontecimiento” como “la construcción, producción y difusión de noticias a partir de hechos no sucedidos o que suponen explícitamente una no-información en el sentido periodístico”. Dicha construcción busca “minar las bases sobre las que se ha edificado tradicionalmente el discurso periodístico: la realidad, la veracidad y la actualidad” (26).

En ese sentido nuestra investigación ha buscado desarrollar, hasta el momento, la idea de que muchas de las notas de *Clarín* adolecen de lo que podría considerarse *periodístico*, sirviendo como ejemplo sobre la inestabilidad de géneros que asociamos con aspectos epistemológicos más profundos como la “realidad” o la “veracidad”, por no decir ya la “verdad”. Así, el trabajo propuso que en ocasiones el periodismo carece de veracidad²⁵ y, para ser aún más precisos, hemos de exponer una última noticia que, a nuestro parecer, entra dentro de esta categoría.

Antes de exponer la nota mencionamos la tipología que De Fontcuberta desarrolla en su libro. Para ella existen las noticias inventadas, las noticias erróneas y las noticias basadas en una especulación. Por ese lado, nosotros nos inclinamos a considerar la nota como parte de las “noticias basadas en una especulación” y, en cierta medida, como “noticias inventadas”. De Fontcuberta define las primeras someramente como “noticias construidas sobre hipótesis no comprobadas o rumores no confirmados”, mientras que las segundas las considera como “aquellas noticias publicadas en los medios y construidas a partir de elementos, declaraciones, hipótesis, etc., que no existen en la realidad y que no reciben posterior rectificación por parte de los medios” (28).

²⁵ Por “veracidad” entendemos lo que Mar de Fontcuberta desarrolla en su libro *La noticia. Pistas para percibir el mundo*: “las noticias deben ser verídicas, es decir, responder lo más fielmente posible a la realidad”. Agregaríamos: a la realidad material. Y, más aún, diríamos que la veracidad guarda una relación entre palabra y hecho material.

Dicho lo anterior, consideramos que la noticia “Una reunión decisiva”, del 6 de febrero de 1978, muestra algunas de las características que De Fontcuberta propone. De entrada, la noticia juega con la intriga: explica que la reunión próxima en ese entonces entre Argentina, Brasil y Paraguay sería determinante para el primer país. La representación que hace el diario de Argentina sobredimensiona, a nuestro parecer, el rol que tendría esta reunión y, más aún, el papel que asumía el país frente a sus vecinos. Así, el diario mencionaba:

Está visto entonces que nuestro país debe aún consolidar sus derechos en la zona sur [del continente]. Debe, también, vigorizar su presencia en la “cabeza del territorio”, es decir, en una región que como la mesopotámica tendrá decisiva influencia para el futuro comportamiento geopolítico de esta parte del continente (6).

Por su parte, la representación que hace el diario de los países vecinos resulta desfavorable en comparación a la que se hace de Argentina. Menciona una pugna entre Brasil y Paraguay que les deja como si inherentemente los países fueran conflictivos. Por el contrario, la representación que hace de Argentina lo posiciona como un intermediario entre dicho conflicto, con características firmes de las que los demás países adolecen. Prueba de ello son los siguientes pasajes:

Paraguay y Brasil afrontarán esta instancia [la reunión trilateral] en una situación absolutamente disímil a la reunión de noviembre.

A partir de la decisión de no variar el ciclaje interno –la maniobra política más importante del gobierno de [Alfredo] Stroessner en 1977– las relaciones entre Paraguay y Brasil sufrieron una suerte de “distanciamiento”.

La actitud del gobierno brasileño de no financiar la represa de Monday –uno de los ríos interiores paraguayos– pareció ser no sólo la réplica sino un signo inequívoco de que las relaciones bilaterales encaraban una etapa de tensiones (6).

Asimismo, la nota trae a colación problemas entre Brasil y Argentina. El diario comenta que “Brasil parecería encarar la negociación trilateral con el firme propósito de consumir un ‘deshielo global’ en las relaciones con nuestro país”, lo cual significa para nosotros que las relaciones diplomáticas atravesaban por discordancias entre ambos países.

Ahora bien, proponemos que la nota anteriormente expuesta tiene características tanto de las noticias basadas en una especulación como de las noticias inventadas. Por un lado, observamos que la información se conduce a través de las hipótesis de lo que pasa en los diálogos entre los tres países. No hay declaraciones claras de los delegados políticos de cada uno sino interpretaciones que hace el diario en torno a las acciones de Paraguay y Brasil, lo cual implica que carezca de la rigurosidad que supuestamente tiene el periodismo.

En ese tenor, la imagen de conflicto que propone *Clarín* entre los tres países, que bien puede inducir a la ruptura diplomática, nos resulta a nosotros inventada. Y lo explicamos mejor. Si bien no decimos que las reuniones entre diplomáticos no hayan pasado, lo cierto es que la tensión en la que según ocurren se sobredimensiona en vista de que durante esa época sucedió el Plan Cóndor.

En ese momento la dictadura argentina formaba parte de un plan transnacional que implicaba a las restantes dictaduras del cono sur. Dicho plan recibe popularmente el término de “Plan Cóndor” y significó la colaboración entre dichos regímenes. Tenía como finalidad última trabajar en conjunto para “erradicar” a los focos de protesta y, sobre todo, guerrilleros que existían en la región. Son populares las desapariciones de militantes Montoneros en Brasil o de uruguayos en Argentina.²⁶ Por su cualidad de secreto los diarios nunca hablaron de dicho plan y sí, por el contrario, representaban conflictos, limítrofes y económicos, entre estos países.

²⁶ Para más información: “La Operación Murciélago en Brasil”. *Página 12*. 6 en. 2006. Digital. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-97137-2008-01-06.html>

Por lo mismo, nos resulta difícil considerar que había conflictos *potenciales* o *reales* entre los países que conformaban el plan. Aunado a lo anterior, el tono nacionalista se exacerbaba en estos casos. Ya expusimos mucho al respecto, pero valga la pena decir que este tono nacionalista le servía a la Junta Militar para remover las pasiones territoriales de los habitantes de su país. En efecto, en la nota “Una expectativa más optimista” de la misma fecha se lee el siguiente párrafo en cuanto a los conflictos limítrofes con países vecinos:

Ha trascendido que el presidente de la Nación, teniente general Jorge Rafael Videla, mantendrá con su colega santiaguino una conversación telefónica en la que, además de confirmarse dicha fecha de encuentro, se ultimarán detalles sobre el acta a firmarse, tras la cual se pondrá en marcha el esquema de trabajo para la búsqueda de una solución definitiva, la que, como sostiene indeclinablemente el gobierno nacional, con el respaldo de toda la opinión pública argentina, no puede sino basarse en el principio inamovible de que el Pacífico es para los chilenos y el Atlántico para los argentinos (6).

En ese sentido, el conflicto entre países es, según nos parece, un *no-acontecimiento*. Y el fin que tiene la publicación de este tipo de información es la de persuadir más que la de informar, algo clave en el periodismo. De Fontcuberta percibe esta tendencia en los diarios. Considera que, de forma implícita, el periodismo manifiesta una postura con respecto al gobierno, tanto de apoyo como de crítica. En este preciso caso, nosotros encontramos que *Clarín* empleaba ese tono para favorecer a la Junta Militar, sí, pero también para ocultar el plan transnacional que en ese momento estaba en marcha.

3.2 Cómo evadir la censura: las representaciones de *Respiración artificial* en torno a los desaparecidos y exiliados

Uno de los motivos recurrentes en la obra de Roberto Bolaño es el horror que como latinoamericano le tocó enfrentar en la década de 1970. A mitades de ésta la intervención

militar en el continente se había normalizado y, junto a ésta, el desplazamiento de personas y los crímenes de Estado hechos por las dictaduras ahora en el poder tomaban lugar día tras día.

Si bien esta mención puede resultar a primera vista azarosa, lo cierto es que Bolaño compartió la experiencia –y, diríamos, el motivo literario– con otros escritores de su generación, sobre todo aquellos que nacieron entre la década de 1940 y 1950. Como parte de ésta se encuentra Ricardo Piglia, quien, como hemos visto, escribió una de las novelas más sobresalientes sobre y del Proceso de Reorganización Nacional: *Respiración artificial*.

La novela está configurada de tal manera que puede abordar los temas prohibidos en la Argentina dictatorial. A saber: los exiliados, los desaparecidos, los centros clandestinos de detención, la tortura, el espionaje y, sobre todo, el horror que produce un régimen totalitario. Y lo hace gracias a que tiene más elusiones y alusiones que menciones directas al tema. El método de Piglia, pues, consistió en ocupar estrategias discursivas como la metáfora, la analogía, la alegoría y la metarreferencialidad para escapar de los censores que la dictadura implantó en el campo cultural.

A grandes rasgos, el libro cuenta las pesquisas que Emilio Renzi, escritor en ciernes y posible narrador principal de la obra²⁷, lleva a cabo entre 1976 y 1979 para conocer a su tío, Marcelo Maggi, un historiador que vive en el exilio en la frontera con Uruguay. A la par de las pesquisas, aparecen en el libro menciones a obras literarias, históricas, filosóficas y, por extensión, culturales tanto de Argentina como del mundo.

De este modo, la obra contiene un aura de misterio muy propia del relato policial, con la diferencia de que no se busca al asesino de un crimen sino una serie de respuestas en torno a la historia, la literatura, la filosofía, la cultura y, más aún, el lenguaje y su capacidad para

²⁷ Mencionamos esto ya que la novela cambia de punto de vista y, por ende, de narrador. Sin embargo, la voz que frecuentemente aparece en la obra es la de Emilio Renzi.

reflejar o simular la realidad. En efecto, y como veremos más adelante, los personajes se enfrentan constantemente ante la imposibilidad de *decir algo* y, a su vez, esto les obsesiona.

Debido al misterio que circunda, la obra exige del lector su participación activa en la resolución del conflicto. Una vez conectados los indicios encontramos que bajo ellos reposa el trasfondo de la novela: la situación del exiliado y del desaparecido y el terrorismo de Estado que la Junta Militar ha efectuado en la población. Si bien jamás la mencionan por su nombre, lo cierto es que hay insinuaciones y uno puede construir un sentido más amplio. Así pues, esto último lo interpretamos a partir de la hipótesis de la investigación: la literatura *puede* hablar de tópicos de la vida material y, sobre todo, construir un conocimiento no sólo sobre ellos sino también sobre el entorno.

Dividido en dos partes, “I. Si yo fuera el invierno sombrío” y “II. Descartes”, que, a su vez, se dividen en otros pequeños apartados, la novela discurre entre lo que nosotros consideramos diferentes géneros escriturarios, lo cual supone un cuestionamiento en torno a qué puede ser o no literatura. En principio arranca como una obra epistolar para, luego, abrir paso al monólogo como forma de explicar acontecimientos, no sin transitar, de igual modo, entre la escritura diarística y el diálogo. Este compendio de diferentes géneros nos lleva a considerar que la novela resulta más difícil de clasificar pues rompe con algunos esquemas de los textos de “*ficción*” a los que hasta ese momento estábamos acostumbrados. De esto, sin embargo, nos ocuparemos más adelante.

3.2.1 Exiliado y desaparecido: Marcelo Maggi en *Respiración artificial*

La figura de Marcelo Maggi es tan elusiva como elusiva es su permanencia en un sitio, tal cual él lo anota. Al escribirle una carta a su exsuegro, Luciano Ossorio, nieto de Enrique Ossorio, un exiliado argentino en el siglo XIX y de quien Maggi escribe una biografía, comenta: “Me parece que otra vez voy a tener que empezar a moverme. [...] Estaba bien acá, asentado, como

quien dice, pero ya sé que no soy un hombre que pueda vivir mucho tiempo en un sitio, la época por otro lado no nos ayuda a volvernos sedentarios” (71).

Se da poca información sobre Marcelo Maggi y, sin embargo, con esa poca podemos bosquejar un perfil. De entrada, Maggi es, según sus propias palabras, un “historiador amateur” a quien le obsesiona la vida de Enrique Ossorio –mismo con el que comparte la circunstancia del exilio aunque en tiempos diferidos– y, por extensión, la historia como objeto de estudio. Está involucrado, además, en la política, razón por la cual se exilió a principios de la década de 1940. Militó en la Unión Cívica Radical, uno de los partidos más longevos del país, y, a partir de entonces, se ha movido de un lugar a otro sin parar.

Esta descripción en apariencia escueta tiene, a nuestro parecer, una doble intención, un doble fondo, digámosle, que, por lo mismo, oculta algo: se comenta poco de Marcelo Maggi porque resulta difícil ubicar el perfil del, primeramente, detenido y, subsecuentemente, desaparecido. Hay, pues, una imposibilidad por conocer las características de los individuos a los que desaparecen tal vez por la ambigüedad del término con el que se les nombra (recordemos, el *subversivo*), así como por saber las circunstancias y, sobre todo, las razones de su desaparición. Más aún: traemos a colación que hablar de estas figuras estaba prohibido en la Argentina del Proceso.

En efecto, interpretamos que Marcelo Maggi representa al exiliado y desaparecido en la novela. Y, de hecho, la mención a “la época por otro lado no nos ayuda a volvernos sedentarios” alude a la circunstancia en la que varios disidentes del régimen, sobre todo aquéllos que no consideran la vía armada para cambiar las cosas, tienen durante el Proceso. Así, la forma de conocer su paradero –y, a lo mejor, el de los demás desaparecidos– siempre será de forma indirecta y oblicua.

Existen, sin embargo, indicios de su personalidad, la cual le llevó a participar en diversas actividades políticas. Luciano Ossorio comenta, al hablar de la vida política, que Maggi: “Quiso ver las cosas de cerca y enseguida lo agarraron [...] Salió a la calle y fue a la cárcel. Ahí se arruinó. Salió desencantado” (Piglia 45). A estos indicios se les agregan otros donde Maggi expone su posición política con respecto a la clase alta. Al referirse a un dinero que le robó a su exesposa, comenta: “¿Así que me perdona en el testamento? No ves que es loca, siempre cagó parada, me consta, porque alguien le dijo que era más elegante. Antes de morir dice que yo no la robé. Así de misteriosa es la oligarquía y éstas son las hijas que engendra. Gráciles, ilusorias, inevitablemente derrotadas. No se debe permitir que nos cambien el pasado” (17).

Gracias a esta descripción, inferimos que la postura política de Maggi tiende más a la izquierda política que era satanizada por la dictadura que a la derecha que en ese momento gobernaba el país. Más aún: la observación última, “No se debe permitir que nos cambien el pasado”, implica una posición política con respecto al relato histórico como forma de entender el tiempo presente. Encuentra en la historia un campo en el cual luchar y lo defiende. Así, hallamos que la novela traza una respuesta política al discurso oficial que le impone su sentido a los hechos y que hasta el momento hemos mencionado: el del *subversivo* apátrida que atenta contra la fe de la Nación y al cual se le debe exterminar.

La desaparición de Maggi es progresiva en tanto que advierte a sus seres queridos antes de que suceda. De ese modo, encontramos indicios de dicha advertencia desde la página 18 hasta la 32. El hecho final, por su parte, ocurre en la subparte “III” de la parte “I. Si yo fuera el invierno sombrío”. A lo largo de estos puntos leemos que Maggi presentía el espionaje que se cernía sobre él. Dice en una carta a Emilio Renzi: “Debo pedirte, por otro lado, la máxima discreción respecto a mi situación actual. *Discreción máxima*. Tengo mis sospechas: en eso soy como todo el mundo. De todos modos, ya te digo, actualmente no tengo vida privada” (18,

subrayado del original). Resulta interesante este pasaje pues deja entrever el estado de alerta – diríamos, casi de paranoia– en el que vivían las personas durante el Proceso. Cualquiera podía ser el próximo en caer por alguna acusación indebida, justificada gracias a la ambigüedad del término *subversión*.

Por ese lado, consideramos que Maggi escapa del significado original de la *subversión*, en el cual se encontraban mayoritariamente los grupos armados que buscaban llevar a cabo la revolución socialista. Pero su labor aún es crítica con respecto al estado de cosas. No por nada es historiador. Y, seguramente, a través de dicha labor Maggi hacía una crítica del presente. Así, percibe que los sistemas de vigilancia y espionaje le siguen los pasos. Comenta en otra carta: “Complicaciones diversas, difíciles de explicar por carta, me hacen creer que por un tiempo no tendrás noticias mías” (32).

Ahora bien, aunado a lo anterior decimos que si conocemos poco de Marcelo Maggi, sobre todo de propia voz, se debe a que en el proyecto escriturario que emprende en torno a Enrique Ossorio se halla una suerte de “autobiografía”. Así lo menciona casi al final de la novela el filósofo polaco Tardewski en una conversación con Emilio Renzi. Este último dice: “[Tardewski] ha sacado unas carpetas. Y ha vuelto hacia aquí para entregármelas. Ha dicho que estos papeles, ahora, son míos. Son suyos, ha dicho Tardewski. En un sentido, dijo después, este libro [la biografía de Enrique Ossorio] era la autobiografía del profesor [Maggi]” (217).

Por lo mismo, interpretamos que muchas de las obsesiones concomitantes que tiene Marcelo Maggi –como la historia, la filosofía, la teoría literaria y, más aún, pues quizá condense todas las anteriores, el lenguaje como herramienta para aproximarse a los *hechos reales* y, sobre todo, a lo que podría considerarse *verdad*– están ligadas al interés en torno a Ossorio. Al proyectar su propia vida en la vida de alguien más, Maggi está proponiendo conocer las circunstancias de una persona de forma indirecta, de manera oblicua. Más aún: se

conoce a un ser *ausente*, que en este caso es Maggi, por medio de una insinuación, de una analogía, de una metáfora.

Hay mucho de metatextual en todo esto. Así, diríamos que Ossorio es la representación de Maggi y, a su vez, éste representa al desaparecido del cual no se puede hablar en la dictadura. Ambos, entonces, son exiliados y desaparecidos. Pero ¿qué problemáticas trae esto al momento de considerar qué es literatura? Más aún: ¿cómo pensar a la literatura ahora que nos damos cuenta de que puede hablar de un *hecho real*?, ¿cómo interpretar los hechos reales en un periodo tan represivo como la dictadura?

3.2.2 ¿Realidad o ficción en la literatura?

¿Por qué creemos que la literatura *no* habla, ni puede hablar, de la realidad? ¿Para qué sirve entonces? ¿Tiene, en principio, un uso, una utilidad? ¿Puede hablar de hechos materiales y, a partir de ese punto, construir un conocimiento sobre la realidad y sobre nosotros mismos inmersos en ella? Estas preguntas han sido el motor para la presente investigación y, más aún, son las preguntas en torno a las que gira *Respiración artificial*. La novela, pues, insinúa que la correspondencia entre hechos materiales y literatura es mucho más profunda de lo que creemos.

En vista de que Ossorio representa a Maggi en el libro hay que detenernos en el proyecto escriturario que aquél emprende desde el exilio y que guarda relación con la postura política y poética que asume *Respiración artificial*. Recordemos, pues, que Marcelo Maggi lleva a cabo la escritura de la biografía de Enrique Ossorio a través de los documentos que éste dejó. La mayor parte de la biografía retoma los diarios que escribió en el exilio y, con ellos, lleva a la concreción el proyecto novelístico que Ossorio decía tener. La novela de éste giraría en torno a una “utopía” que se distanciara del género en un aspecto fundamental: no sería en un espacio y tiempo inventados, imaginarios, sino en unos conocidos: Argentina en 1979. La trama, así, tendría a un protagonista situado entre “marzo de 1837 y junio de 1838, que “encuentra (tiene

en su poder) documentos escritos en la Argentina de 1979. Reconstruye (imagina), al leer, cómo será esa época futura” (83).

De este modo, el lector entra en los vericuetos de la metaficción pues de antemano supo que la diégesis de *Respiración artificial* sucede en el año de 1979, aunado a que muchos de los géneros que retoma –especialmente el de la epístola y el diario– para su construcción permiten jugar con las referencias textuales que apuntan a otros objetos desde la analogía. Gracias a estas estrategias, Maggi inventa un personaje que *habla* de 1979 y de los acontecimientos que en éste suceden sin siquiera *conocerlos* en carne propia.

Aclaremos, pues, lo siguiente: Ossorio es un personaje metaficcional en tanto que se somete al montaje y escritura que otra persona –Maggi, en este caso– hace de su vida. Pero también hay indicios textuales que indican que Ossorio y/o pasajes de su vida pueden ser una invención de Maggi. Quizá incluso el mismo proyecto escriturario. En cualquier caso, hallamos, tras mencionar los objetivos que alcanzará con su novela, el siguiente indicio: “Está entonces bien elegida por mí la forma de esa novela escrita en el exilio y *por él*” (85).

Ahora bien, la novela que quiere escribir Ossorio tiene a un censor que intercepta todos los mensajes enviados entre ciudadanos en los que busca descifrar algún código oculto. Ya que intercepta estos mensajes, conocemos de antemano qué comparten los ciudadanos de la Argentina de 1979 con respecto a su realidad. Aquí hay un doble juego metaficcional. Por un lado, Ossorio como personaje textual, como invención de Maggi; y, por el otro, los personajes de la novela de Ossorio que, sin embargo, dan cuenta de la realidad del país en 1979.

Con Ossorio como figura clave de la metaficción, Maggi plantea la posibilidad de que la literatura dé cuenta de hechos materiales mientras los mismos transcurren, algo diferente al proyecto de Ossorio que desde el pasado busca conocer el futuro. A lo largo de esta sección leemos misivas que Juan Arocena intercepta, misivas, pues, que insinúan la existencia de

campos de concentración muy similares a los de los nazis y, más aún, a momentos del terrorismo de Estado del Proceso que no aparecen en el discurso oficial. Arocena, por su parte, encarna el papel que los censores de la dictadura tuvieron: hallar códigos cifrados en los mensajes que se intercambiaban, mismos que podían o no delatar algún asunto relacionado a la “*subversión*”.

En ese sentido, la novela echa luces en acontecimientos que suceden fuera de la diégesis del libro. Es decir: hechos materiales y extratextuales. Aunque, como hemos dicho, de forma oblicua, indirecta e insinuada. Es así que la novela asume el papel de una literatura que explica un hecho mientras éste sucede. Prueba de ello es la carta que envía Emilio Renzi a Marcelo Maggi explicándole lo que halló en una lectura y, sobre todo, en torno a un hecho que acontece fuera del libro. Vale la pena traer a colación el pasaje al que nos referimos:

Me ha pasado algo tan raro que te ahorro otras noticias personales. [...] Estaba leyendo una novela de Bellow (*Mr. Sammler's Planet*) de esto hace casi una semana. [...] Tomé un ómnibus que va por la calle 42, me senté y empecé a leer. De pronto levanto la cara y veo a un carterista que está robando a una mujer. [...] Yo estaba fascinado viéndolo actuar pero de pronto el tipo dio vuelta la cabeza y me miró, casi con placidez, a través del vidrio ahumado de sus anteojos; entonces me sobresalté y casi sin querer bajé los ojos y seguí leyendo. Tardé un momento en darme cuenta de que lo que estaba leyendo era exactamente lo que pasaba en el ómnibus (97).

Consideramos, pues, que este pasaje se refiere a la poética y a la postura política que asume la obra de Piglia. Según esto, la literatura guarda una íntima relación con los hechos materiales sin que nosotros seamos conscientes o, en todo caso, sin que lo refiramos abiertamente. Así, pensamos que la obra rompe con esa atribución social que recibe la literatura de ser una mera invención, ejercicio hedonista y, por qué no, subjetivo. Por el contrario, la literatura aquí funge

como representante de la realidad por medio del lenguaje. Incluso diríamos: como *uno de los representantes*, considerando que el discurso oficial y periodístico no da cuenta de esos hechos materiales.

La literatura, entonces, puede aproximarse al hecho material de forma más integral que otros discursos. Jimena Ugaz coincide con nosotros en que la mayor parte de referencias metaliterarias que da la novela tiene como propósito responder a la incógnita de cómo narrar los hechos reales, cosa que Kafka haría y de la que hablaremos en el siguiente apartado (Ugaz 11).

Para desarrollar mejor este argumento recuperamos el pasaje que refiere a la ciudadana Angélica Inés Echavarne, quien envía una misiva a un conocido suyo y que es interceptada por Juan Arocena. Dentro de la misiva, Echavarne hace mención a un lugar donde torturan personas y que sólo ella, en un acto similar al de una vidente, observa: una suerte de terreno que se parece mucho a un campo de concentración. Dice: “Una ve ese descampado y no se imagina lo que yo he visto: cuánto sufrimiento. Al principio sólo podía verlo al finado. Acostado sobre una cama de fierro, tapado con diarios. Hay otros ahí, al fondo del pasillo. [...] Yo vi las fotografías: mataban a los judíos con alambre de enfardar” (81).

Las formas de referirse al acontecimiento son más insinuaciones que sentencias. Pero por lo mismo el lector puede relacionar el estado mental de los involucrados. Hay, pues, una sensación de paranoia, inducida por el espionaje al que están sometidos muchos, que conduce a decir todo como si no se dijera nada. A insinuarlo apenas, a rozarlo. De hecho, el ciudadano Juan Cruz Baigorria, a quien le intercepta una carta Arocena, comenta: “Espero esta carta la recibas en salud. Tu madre cada vez más nerviosa. De noche casi no pega los ojos. Tiene miedo de que pueda pasar algo. [...] Acá [en Argentina] se trabaja que ni te digo y se gana cada vez

menos. Desde que se murió el General [Perón] no hay nadie que se acuerde de los pobres. Pero de eso no te escribo, por las dudas” (85).

El estado de alerta, de paranoia, está al tope y convoca a la creación de herramientas discursivas que eludan, lo más posible, a los censores.²⁸ Si bien parece que toda esta interpretación raya en lo conspirativo, lo cierto es que al final de la novela Volodia Tardewski, el filósofo polaco que es amigo de Marcelo Maggi, da una sentencia que se aplica para todo el libro. Ésta dice: “Como usted ha comprendido, dice ahora Tardewski, si hemos hablado tanto, si hemos hablado toda la noche, fue para no hablar, o sea, para no decir nada sobre él, sobre el profesor. Hemos hablado y hablado porque sobre él no hay nada que se pueda decir” (215). Y ya que Maggi representa a esa figura clave del Proceso de Reorganización Nacional que es el desaparecido podríamos decir que las demás insinuaciones tienen el mismo propósito: dar cuenta de los hechos sin mencionarlos directamente.

Pero ¿qué implicaciones tiene esto ya no sólo para la literatura sino para el lenguaje en general? Decimos lenguaje en general porque dentro de la novela se reflexiona en torno tanto al quehacer literario como, y sobre todo, al lenguaje, la historia y la filosofía. Y las tres quedan encarnadas en la mención constante a Ludwig Wittgenstein.

A pesar de que su obra más conocida, el *Tractatus logico-philosophicus* (1921), sea difícil de comprender, la novela de Piglia tiene algo de ella: el afán por encontrar una correspondencia entre la palabra y el hecho material. Cuando esta correspondencia se da entonces podríamos estar cerca de lo que se entendería como una “verdad”, en palabras de Wittgenstein. Daniel Balderston considera que Renzi, Maggi y Tardewski (en quien profundizaremos en el apartado siguiente)

²⁸ Matizamos la oración ya que la novela misma plantea que no importa qué tan oblicuo sea el mensaje, tarde o temprano quien se dedica a interceptar las cartas descubre el doble fondo del mismo.

parecen casi perversos en sus inclinaciones intelectuales, buscando lo heterodoxo, el testimonio secreto o suprimido que es excluido de los informes oficiales y que contradice la verdad recibida. Sus insinuaciones de que existe otra versión de la historia, la *verdad* de sus historias o relatos, ofrecen un contraste con el ejemplo que dan como tres intelectuales fracasados (112).

Pero ¿cómo construir esa ansiada *verdad* cuando el contexto sociopolítico lo impide, cuando el poder dicta que no se puede hablar de forma directa de los desaparecidos, los exiliados y, en suma, del terrorismo de Estado? Todavía más importante: ¿tendría que considerarse como *verdadero* aquel discurso enunciado desde el poder que, sin embargo, no guarda relación entre las palabras y los hechos materiales?, ¿es *verdadero* el discurso que los militares enuncian con respecto a los exiliados, desaparecidos y el terrorismo de Estado a pesar de que sus palabras carezcan de significados precisos, de hechos materiales a los cuales se les pueda rastrear? En ese escenario, ¿no es más *verdadera* la metáfora que la mención directa?

Beatriz Sarlo describe de forma convincente el tipo de narrativa que se forjó en este periodo. Comenta que la narrativa de la época se escribió en el marco de “la crisis de la representación realista y de la hegemonía consiguiente de tendencias estéticas que trabajan (incluso con obsesión) sobre problemas constructivos, de relación intertextual, de procesamiento de citas, de representación de discursos, de relación entre realidad y literatura o de la imposibilidad de esta relación” (41).

Estas preguntas resultan difíciles de responder y, sin embargo, nos inclinamos a considerar que la literatura hace su mejor esfuerzo en dar cuenta de esos hechos a pesar de que lo haga de forma oblicua. Ciertamente no señalan directamente a los hechos sino que los insinúan. Pero esa insinuación cobra mucha más precisión que el discurso propagandístico que tienen los militares para consigo mismos. La literatura roza el hecho con su palabra, pero lo

roza, mientras que el discurso oficial y periodístico suprime e intercambia el hecho en su beneficio.

Estos mecanismos, sin embargo, podrían explicarse a través de dos figuras que también aparecen en la novela Piglia: Jorge Luis Borges y Roberto Arlt. Para Emilio Renzi, ambos escritores marcaron el destino de la literatura argentina, aunque en diferentes tiempos y con poéticas distintas. De eso da cuenta la plática entre Emilio Renzi y el poeta Marconi. En palabras del primero, Borges cierra el siglo XIX y Arlt abre el XX, siendo éste alguien con el que todos coinciden que escribe “mal”: “[...] yo te digo que Arlt escribía mal [dijo Marconi] [...] Pero aparte de eso [...], la verdad escribía como el culo [...] quedamos en que Arlt escribía mal. Exacto, dijo Renzi, escribía mal: pero en el sentido moral de la palabra. La suya es una *mala* escritura, una escritura perversa” (132-4).

Esta “mala” escritura refiere, a nuestro parecer, a los horrores humanos que Arlt presenta en su novela. Esto es: a lo más oscuro y perturbador que el ser humano puede hacer en un contexto específico. Y ese contexto sería el siglo XX. Pero el horror al que le es tributario Piglia y, por extensión, *Respiración artificial* acaba no presentándose como tal, directamente, sino, como ya hemos dicho, de forma indirecta. Y en tanto es así, consideramos que le debe algo al Borges que escribió “El jardín de senderos que se bifurcan”.

En efecto, si bien resulta difícil considerar un texto literario como una especie de marco teórico que explicaría otro texto literario, lo cierto es que en este caso “El jardín de senderos que se bifurcan” (1941) de Borges explica los mecanismos discursivos que Piglia emplea en *Respiración artificial*.

A grandes rasgos, el cuento de Borges trata sobre un espía de ascendencia china que trabaja para el Imperio alemán durante la Primera Guerra Mundial. En algún momento dicho personaje huye, pues le siguen para matarlo, y encuentra a un sinólogo que estudió la obra de

un antepasado suyo, Ts'ui Pen. Dicho sinólogo le plantea a Yu Tsun, protagonista del cuento, que su antepasado escribió una novela y construyó un laberinto a cambio de dejar el puesto político que ostentaba. Al final, sus descendientes no conocieron laberinto alguno y sólo encontraron muchas páginas de una obra literaria ilegible. El sinólogo, entonces, le explica que el laberinto es esa novela que, a su vez, expone como tema principal las posibles consecuencias que surgen al tomar una decisión. De este modo, Stephen Albert, el sinólogo, le pregunta a Yu Tsun:

–En una adivinanza, cuyo tema es el ajedrez, ¿cuál es la única palabra prohibida?

Reflexioné un momento y repuse:

–La palabra ajedrez.

–Precisamente –dijo Albert–, *El jardín de senderos que se bifurcan* [novela escrita por Ts'ui Pen] es una enorme adivinanza, o parábola, cuyo tema es el tiempo; esa causa recóndita le prohíbe la mención de su nombre.²⁹

En el caso de Piglia cabría preguntarnos: en una adivinanza cuyo tema es el terrorismo de Estado, ¿cuál es la única palabra prohibida? ¿Cuál es la palabra prohibida si el tema es la desaparición y el exilio? En cualquier caso, esto condiciona, además, el apartado siguiente. Para concluir, sin embargo, esta parte, recordemos que Yu Tsun se encontraba en peligro y debía mandar un mensaje a sus superiores que le diera ventaja al Imperio alemán frente a las demás potencias durante la Primera Guerra Mundial. Así, comenta:

Abominablemente he vencido: he comunicado a Berlín el secreto nombre de la ciudad que deben atacar. Ayer la bombardearon; lo leí en los mismos periódicos que propusieron a Inglaterra el enigma de que el sabio sinólogo Stephen Albert muriera

²⁹ Borges, Jorge Luis. “El jardín de senderos que se bifurcan”. *Cuentos completos*. México: Debolsillo. 146-57. Impreso.

asesinado por un desconocido, Yu Tsun. El jefe ha descifrado ese enigma. Sabe que mi problema era indicar (a través del estrépito de la guerra) la ciudad que se llama Albert y que no hallé otro medio que matar a una persona con ese nombre (156-7).

Así Piglia y *Respiración artificial*: para indicar la situación de los exiliados y desaparecidos tuvo que hallar otras personas que le permitieran hablar del tema.

3.2.3 La alegoría como forma de aproximarse a la realidad

Como última sección de este capítulo hablaremos de la referencia a Franz Kafka y Adolf Hitler como representaciones alegóricas del papel que el escritor tiene en un momento de represión social. En ese sentido, interpretamos que Kafka representa al escritor argentino preocupado por los eventos de su país y Hitler, por su parte, a la dictadura militar.

Ahora bien, quizá el gran tema de *Respiración artificial* no sea tanto el Proceso de Reorganización Nacional como la imposibilidad por *hablar* de lo que ocurre en el país durante ese momento. Dicho con otras palabras: la novela plantea las dificultades inherentes que hay en el lenguaje cuando se quiere hablar de un momento así. La mayoría de personajes encarna esta preocupación, que se convierte en una obsesión. Desde Maggi hasta Renzi, pasando, obviamente, por el senador Luciano Ossorio.

Esta imposibilidad está ciertamente dictada por cuestiones externas a la creación literaria, pero también asume un papel de duda: ¿cómo representar un horror tan grande por medio de la literatura? Hay una frase popularmente atribuida a Theodor Adorno que explica la situación de la poesía y, por extensión, del arte frente al horror que implicó Auschwitz. Según ésta, “ya no se puede escribir poesía después de Auschwitz” en vista de que, aún entonces, la literatura era vista como algo hedonista, cosa que ya no tenía ninguna cabida en un mundo que presencié dicho horror.

Pero lo cierto es que *Respiración artificial* habla de la dictadura y, al mismo tiempo, supera la máxima de Adorno para llegar a otra frase que también se le atribuye a él y que contradice la anterior: quizá lo único que se puede hacer después de Auschwitz es escribir poesía. A lo que nosotros agregaríamos: poesía política, literatura política como la que hizo Ricardo Piglia: quizá después del Proceso de Reorganización Nacional *sólo* pueda escribirse literatura.

Esta última sección, como hemos dicho, se centra en los pasajes que refieren a Kafka y a Hitler. El punto más álgido se desarrolla entre la página 190 y la 214, en la conclusión de la novela. Dicho punto es el diálogo que sostienen Renzi, quien está a la *espera* de conocer personalmente a Marcelo Maggi, y el filósofo polaco Volodia Tardewski, amigo de este último. En éste, Tardewski le comenta a Renzi algunos descubrimientos que hizo mientras era académico y llevaba a cabo sus investigaciones en Europa. El más significativo de todos alude al encuentro entre Kafka y Hitler en un café de Praga, cuando el futuro dictador se había exiliado en el país tras abdicar de su servicio militar y en vísperas de la Primera Guerra Mundial. En ese momento, Kafka frecuentaba, por expresa petición de Max Brod, el Café Arcos, al cual, también, acudía Hitler. En palabras del filósofo polaco, el encuentro está narrado en los diarios del escritor checo y, sobre todo, en su misma obra novelística.

La narración que hace Tardewski es sucinta en cuanto a los detalles. El encuentro entre ambos personajes trajo consigo que Hitler le platicara a Kafka lo que planeaba al llegar al poder. Esta plática dejó profundamente tocado a Kafka, que no se imaginaba el horror que traería la llegada de una persona tal a un gobierno. Así, en la idea que Tardewski menciona, la obra de Kafka no es sino una manera de hablar de ese horror de mundo en el que vivirían las personas de llegar un individuo como Hitler, con “los rasgos que habrían de distinguir al fanático y al dictador: un egocentrismo delirante, mezclado de una autocompasión histérica” (206).

Así, la obra de Kafka es el retrato del mundo hitleriano antes de que suceda. Las claves se ubican casi al final de la interpelación entre Tardewski y Renzi. Aquél comenta que:

La utopía atroz de un mundo convertido en una inmensa colonia penitenciaria, de eso le habla Adolf, el desertor insignificante y grotesco, a Franz Kafka, que lo sabe oír [...] [Kafka] piensa que es *posible* que los proyectos imposibles de ese hombrecito ridículo y famélico lleguen a cumplirse y que el mundo se transforme en eso que las palabras estaban construyendo... (208)

Tardewski da con la clave para el entendimiento del papel que asumiría la literatura frente a hechos como lo es una dictadura del tamaño de la Alemania nazi. Asimismo, plantea otras nociones en torno a la obra kafkiana como reflejo del mundo nazi:

Usted leyó *El proceso* [...] Kafka supo ver hasta en el detalle más preciso cómo se acumulaba el horror. Esa novela presenta de un modo alucinante el modelo clásico del Estado convertido en instrumento de horror [...] Kafka hace en su ficción, antes que Hitler, lo que Hitler le dijo que iba a hacer. Sus textos son la anticipación de lo que *veía como posible* en las palabras perversas de ese Adolf payaso, profeta que anunciaba, en una especie de sopor letárgico, un futuro de una maldad geométrica (209).

La literatura se le presenta a Kafka como una opción para construir el mundo futuro y, sobre todo, *posible* que acaba de oír de quien piensa llevarlo a cabo. La literatura, pues, explica el funcionamiento del mundo: construye un conocimiento en torno a él. Sin embargo, esa construcción tiene sus complicaciones ya que, al parecer, las palabras que conoce el escritor no le dan para emprender dicha construcción de manera *fidedigna*.

Según comenta Tardewski, a Kafka se le presenta la imposibilidad por escribir: “[...] Kafka ha dicho [...]: Enfrento la imposibilidad de no escribir, la de escribir en alemán, la de escribir en otro idioma, a lo cual se podría agregar casi una cuarta imposibilidad: la de escribir”

(213). Con esto, Tardewski insinúa que el “más grande escritor del siglo XX” no encontró palabra alguna que condensara, directamente, el horror que acababa de escuchar. Así, pues, elabora una suerte de literatura codificada, alegórica, que contenga el horror del posible mundo hitleriano.

Antes de proseguir definimos lo que entendemos por “alegoría”. Retomamos la definición que Helena Beristáin hizo en el *Diccionario de retórica y poética* (1995). En ésta, la autora comenta que la alegoría es “un conjunto de elementos figurativos usados con valor translaticio y que guarda paralelismo con un sistema de conceptos o realidades”, lo que permite que haya un *sentido* aparente o literal que se borra y deja lugar a otro sentido más profundo, que es el único que funciona y que es alegórico” (35).

La imposibilidad por escribir y, también, por hablar de lo difícilmente imaginable se traduce como algo “indecible” al final del diálogo entre Renzi y Tardewski, siendo nuevamente el polaco quien lo detalla:

Pero a la vez [Kafka] supo mejor que nadie que los escritores verdaderamente grandes son aquellos que enfrentan siempre la imposibilidad casi absoluta de escribir. Sobre aquello de lo que no se puede hablar, lo mejor es callar, decía Wittgenstein. ¿Cómo hablar de lo indecible? Ésa es la pregunta que la obra de Kafka trata, una y otra vez, de contestar. O mejor [...] su obra es la única que de modo refinado y sutil se atreve a hablar de lo indecible, de eso que no se puede nombrar (214).

Hay una imposibilidad por encontrar las palabras adecuadas que precisen dicho mundo. Pero ¿esta imposibilidad viene de fuera o de adentro o de ambos lados? En el caso de Kafka sería desde adentro, pero en el caso de Piglia sería desde afuera. En ese sentido, decimos: Kafka crea alegorías terroríficas para hablar de la Alemania nazi antes de que ocurran y, a su vez, Piglia ocupa a Kafka y Hitler para hablar del Proceso de Reorganización Nacional. A través de esta

alegoría habla, como lo hemos desarrollado hasta ahora, de las desapariciones, de los exiliados y de los centros clandestinos de detención, palabras que no pueden aparecer en el discurso oficial y periodístico pero que necesariamente *existen*.

Todo intento por hablar de estas atrocidades de forma directa llega a la autocensura, como ocurre ya en el principio de la novela (19; 24; 32). De ahí los mecanismos discursivos que emplea. Lo anterior queda explícito de forma más clara en las últimas páginas del libro. En éstas se menciona que, mientras Kafka agoniza y muere en un hospital de Praga, Hitler dicta, en una celda, las partes de *Mi lucha* a sus ayudantes. Los eventos suceden en contrapunto: “La tuberculosis le ha tomado [a Kafka] la laringe, de modo que ya no puede hablar [...] Se pasea, el Führer, rodeado de sus ayudantes, dicta: El primer objetivo será la creación del Gran Imperio Germano Alemán”, para, luego, comentar que “[Kafka] ya no puede hablar, para entenderse con sus amigos, con su mujer, Dora Diamant, *sólo* puede escribir. Se ha quedado sin voz. [Hitler] dicta: Todo el Este habrá de ser una enorme colonia como una especie de campo de pastoreo de los esclavos no arios, dicta *Mein Kampf*” (210-1).

El escritor ya no habla, sólo habla el discurso oficial: en el caso de Kafka, el de Hitler; en el caso de Piglia, el de la Junta Militar. Sólo *Mi lucha* cuenta en el campo social, político y cultural. Sólo el sentido que le imponen los militares a los acontecimientos, a la “campana antiargentina”, cuenta. Sólo lo que se emite desde la cúpula del poder y se reproduce en los periódicos. Los escritores, entonces, entregados a la deriva, buscan, sin embargo, nuevas maneras de representar y hacerse *escuchar*, de concebir un discurso alternativo que, a pesar de considerarse alternativo, se apegue a los hechos materiales.

Llegado este punto el lector se retrotrae en la misma novela, como el cómplice en la resolución de la incógnita detectivesca, y ver, pues, con otros ojos los símbolos que hasta el momento hemos traído a colación: Maggi como el exiliado y desaparecido; Angélica Inés

Echavarne como vidente de los centros de detención clandestinos; Arocena como un espía; Arlt y Borges como dos poéticas que hablan de lo real. En palabras de Jimena Ugaz, “las referencias a Hitler, al Holocausto judío y a la obra de Kafka aportan la información fundamental sobre la historia argentina (el horror de la Guerra Sucia [o Proceso de Reorganización Nacional]), al mismo tiempo que ayudan a resolver el enigma central de la novela: la ausencia de Marcelo Maggi” (11-2).

Hasta el momento la tesis ha resuelto la mayoría de los problemas que se propuso. De entrada, recorrió de manera histórica las definiciones y funciones sociales que los géneros tuvieron antes, durante y después del siglo XIX. Gracias a ello supimos la transformación histórica, social, literaria e incluso ética que hubo. A partir de él, literatura y periodismo serían distintos, tendrían características propias y, más aún, se les atribuirían papeles disímiles en la sociedad.

Más tarde pudimos observar las particularidades de nuestro caso de estudio. El contexto del mismo resulta de suma importancia pues nos da un panorama clave de las condiciones de producción que efectuaron tanto periodistas como escritores. En ese sentido, cabe destacar las investigaciones que se han hecho en torno al tema. La hipótesis de nuestro trabajo propone que el periodismo y la literatura publicados durante la dictadura argentina transforman sus atribuciones sociales: el periodismo, en este caso, *inventa* hechos y se torna *subjetivo*; la literatura, por su parte, *reproduce* los hechos que acaecen en el país y procura ser *objetiva*. Y lo confirmamos a través de las representaciones textuales que cada género hace del tema de los desaparecidos y exiliados. Asimismo, los trabajos hechos por los articulistas que recuperamos nos permiten, entonces, afirmar hasta este momento la hipótesis de la investigación.

Para este capítulo, tal cual hemos visto, analizamos pasajes que nos parece que ejemplifican la hipótesis. Recuperar tanto los artículos y la perspectiva desarrollada por los

estudiosos del tema como las notas periodísticas y la novela confirman la sospecha que hasta este momento tuvimos: que el periodismo representa de forma subjetiva y ficcional a los desaparecidos y exiliados bajo el término subversivo y que la literatura representa de forma más objetiva y veraz a los mismos.

Hay, sin embargo, algunas problemáticas que nos gustaría tratar en las conclusiones del trabajo. La principal trata sobre la producción de conocimiento que puede haber en torno a los géneros. En este caso, pues, creemos que cada uno construye un tipo de conocimiento distinto a partir de sus representaciones textuales y las afinidades que éstas tienen con otros textos. Así, diríamos que la literatura se encuentra más afín al conocimiento que ciencias como la historia o la sociología presentan, mientras que el periodismo tiene incluso una estructura similar a la de un mito o un relato épico antiguo. Lo anterior lo procuraremos desarrollar de forma breve en las conclusiones.

Conclusiones

A lo largo de esta investigación nos hemos acercado, en un primer momento, a los periodos históricos por los que han transitado el periodismo y la literatura, con las características que en aquél entonces presentaban y, sobre todo, con las funciones sociales que se les atribuían. En un segundo momento, conocimos las particularidades históricas y políticas de nuestro corpus de análisis, cuyo eje se centró en el periodismo y la literatura hechos durante la dictadura militar argentina de 1976. Y, en un tercer, pero no por ello menos importante momento, analizamos dicho corpus a la luz de nuestra hipótesis y de la información recabada hasta ese punto.

Con lo anterior, ubicamos las transformaciones que los géneros tuvieron y las posibles lecturas que dictaban estas transformaciones en el receptor. A partir de ello, vislumbramos que los límites entre cada género –esto es, las características que dicen tener– resultan ser menos estables de lo que ellos mismos consideran y, por el contrario, pueden prestarse a un constante cambio.

En el recorrido histórico apreciamos que antes del siglo XIX periodismo y literatura adolecían de distinciones genéricas. Incluso nos atrevimos a mencionar que los términos *periodismo* y *literatura* eran inexistentes. Surgieron, como lo procuraremos recordar más adelante, en los albores del siglo XIX, cuando intelectuales dedicados a ambas prácticas denominaron a su quehacer con dichos términos y, más aún, les atribuyeron características propias.

Debido a que no existían distinciones genéricas entre cada texto, concluimos que formaban parte del mismo caudal de comunicación y, por lo mismo, podían leerse del mismo modo. Este modo, a nuestro parecer, refería a la inexistencia tajante entre lo “verdadero material” y lo “falso inmaterial” que vendría una vez popularizada la filosofía positivista que proponía la comprobación, verificación y cuantificación de todo tipo de conocimiento. Así, ni

el periodismo había recibido la cualidad de “objetivo” y “veraz” ni, por su parte, la literatura la de “subjetiva” y “ficcional”. Antes al contrario: compartían expresiones lingüísticas y búsquedas afines, estas últimas resumidas en una frase: la de ser capaces de representar y, sobre todo, intervenir en la realidad.

En tanto, el siglo XIX condujo a que ambos definieran sus características genéricas, antitéticas en apariencia. Como expusimos en el primer capítulo e insinuamos apenas hace un momento, éstas se vieron influidas por el giro de corte positivista que ya en anteriores siglos se había gestado en ciertas partes del mundo pero que para el siglo XIX, con la expansión del capitalismo y, por ende, con la ideología subyacente al modo de producción, permeó en casi todo el globo terrestre. El periodismo, pues, se aproximó, en primer lugar, y quedó asociado, en segundo, a textos que verificaban y cuantificaban su información. Se convirtió en un texto que decía tener una materialidad a la que referir con sus palabras.

A partir de ese momento y hasta mediados del siglo XX, el periodismo se asumió como un texto con información verificable, objetiva y veraz. A ello se le sumó que la ideología dominante de la época (liberal, científicista, ilustrada) privilegiara la ciencia –y, más aún, las ciencias naturales en tanto modelo a seguir– como la única forma de aproximarse a la realidad y, con ello, de construir una verdad sobre la misma.

A pesar de que el periodismo careciera del rigor científico, su pasado, cercano al quehacer histórico y con búsquedas similares, le permitió arrogarse algunas características de las ciencias sociales. Ivan Jablonka percibió en su libro *La historia como literatura contemporánea* que el tipo de razonamiento producido por la historia se encuentra en textos como el periodístico y el mismo Jesús Álvarez Timoteo encontró que la actividad que escritores como Jenofonte o Herodoto estaban a medio camino entre lo que hoy llamamos periodismo y lo que se considera historia.

La investigación, además, nos permitió observar que la naciente sociedad capitalista abogaba por una separación entre el Estado y la economía. El liberalismo económico, que proponía dicha separación, concibió que el periodismo, en tanto que actividad con fines de lucro y, por ende, en tanto que empresa, se considerara “libre” de los intereses estatales, a los que se asociaban la represión y el poder. De ahí que surgiera la llamada “libertad de expresión”, la cual le valió al género que los lectores encontraran en los periódicos un espacio que dijera la “verdad” que el Estado callaba, apelando a los intereses del pueblo y no a los del poder estatal.

Pero las dos Guerras Mundiales pusieron en entredicho tal libertad y, más aún, la supuesta “verdad” que se hallaba en el periodismo. Con los conflictos bélicos observamos que el género funcionaba más como un espacio de legitimación política y de propaganda gubernamental que como un espacio de veracidad y objetividad. Los gobiernos emplearon al periodismo para transmitir información que les favoreciera. Con esto, rompió la máxima liberal que pensaba en la separación del Estado y la economía. Por lo anterior, el periodismo perdió esa supuesta cualidad de ser un texto próximo al científicismo y se convirtió para los lectores en un texto de desconfianza y con el cual se mostraban escépticos.

Si bien incomparable a la sangría de las dos Guerras Mundiales, la dictadura cívico-militar de 1976 es un parteaguas para la sociedad argentina en la que observamos un escepticismo creciente por géneros otrora objetivos. Durante los años de gobierno, la Junta Militar desplegó estrategias discursivas muy propias de países en guerra que, sin embargo, contrastaban con la situación material de la nación, que no se encontraba ni en guerra interna—como los militares lo presentaban— ni en guerra externa.

La propaganda y legitimación por parte del periodismo a las actividades militares sirve de ejemplo de cómo el periodismo rompe históricamente con sus características y, sobre todo, sus funciones sociales. Éstas, a saber, y en vista de que no las mencionamos, refieren a la de

representar una realidad por medio de palabras que guarden una materialidad con ese hecho real al cual alude. De esto, sin embargo, hablaremos en párrafos subsecuentes.

Hablemos ahora de las circunstancias epistemológicas en las que se encontraba la literatura, antes, durante y después del siglo XIX. En la Antigüedad o en la Edad Media la literatura cumplía una función social y, diríamos, ideológica, en tanto que afectaba en la percepción que tenía el receptor de su realidad, por sobre una estética. Esto le permitió disputar con otros textos –filosóficos, históricos– su valor para representar la realidad. Varios filósofos de la Antigua Grecia –entre ellos Platón y Aristóteles– denunciaron en su momento el quehacer literario. Lo tacharon de “mentiroso” y “falso” debido a que existía una lucha intelectual entre dichos actores por ver quién convencía al receptor de una idea específica.

Sin embargo, entrado el siglo XIX la literatura sufrió dos cambios: en primer lugar, estableció sus límites prácticos. Dejó atrás esa función social que le permitía intervenir y modificar la realidad y “saltó” a una función estética que conllevaba más un pasatiempo, un acto de placer o distracción que de injerencia en acontecimientos sociales y políticos. Por lo mismo, y en segundo lugar, la *literatura* se definió como esto: como un texto más estético que social, más subjetivo que objetivo, más una invención personal que un texto que podía tener referencias rastreables en la realidad material. Esto significó para la literatura que perdiera su capacidad por representar, hablar y, sobre todo, intervenir en la realidad.

Lo cierto es que el giro epistemológico que mencionamos líneas arriba le afectó de igual manera y, peor aún, le relegó del protagonismo del cual otrora gozaba. El positivismo y una cierta idea ilustrada de la realidad trajo consigo que todo aquel texto que escapaba de las comprobaciones matemáticas y científicas se considerara “falso” y, en el caso de la literatura, “ficcional”. La literatura, por lo mismo, entró en la categoría de “ficción” que le impedía participar activamente en el debate de ideas sociológicas, filosóficas, epistemológicas.

Haber sido relegada permeó en su producción literaria. Ya que la época privilegiaba textos como la sociología, la historia y, más tarde, la antropología con su lenguaje “científico” y, sobre todo, por su “objetividad”, algunos novelistas del siglo XIX se aproximaron a formas de escritura más acorde a las ciencias sociales. Son famosas las descripciones que, por ejemplo, Zola hacía sobre objetos externos con la finalidad de darle al texto la “objetividad” que entonces tenían las ciencias sociales y restarle, por ende, la “subjetividad” en la que había caído.

En vista de lo anterior, la literatura perfiló algunas supuestas características (a saber: que se trataba de un texto subjetivo, ficcional y de invención propia) entre el siglo XIX y, sobre todo, el siglo XX, cuando la teoría y crítica literaria nacieron y delimitaron su campo de acción. Los formalistas rusos propusieron características que distinguieran a la literatura de cualquier otro texto escrito, a la poesía del habla cotidiana.

Pero con el pasar de las décadas dichas características perdieron su fuerza y mostraron sus puntos débiles. Los cambios vertiginosos que sucedieron en el siglo XX, sobre todo a nivel comunicacional, hicieron que la literatura, de diversas maneras, exigiera de vuelta la capacidad por representar la realidad y, más aún, intervenir en ella para modificarla. Al decir “modificarla” nosotros aludimos a la posibilidad del quehacer literario por cambiar la percepción que tiene el individuo de sí mismo, de su entorno y, más extensamente, de la realidad en la que se encuentra.

Así, contemplamos que algunas producciones literarias cuestionan la “incapacidad” a la que la literatura había sido relegada en los años previos. Prueba de ello es que “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” de Jorge Luis Borges y “Baby H.P.” de Juan José Arreola empleen, desde la ironía, elementos textuales propios de la etnografía y del anuncio publicitario, respectivamente. Hallamos en estos casos una voluntad por parte del escritor y, nos atreveríamos a decir, de la literatura por formar parte del concierto de ideas en torno a la sociedad y a la realidad.

Aunado a lo anterior, a mitades del siglo XX el periodismo y la literatura encuentran nuevamente un punto en común. Éste significaría una “hibridación” de géneros: el periodismo mantendría el supuesto de dar cuenta de hechos materiales pero con el lenguaje y la retórica de la literatura. De ahí surgen géneros que hoy día conocemos como la novela de “no-ficción”, el periodismo narrativo o la novela testimonial.

Sin quererlo, estos géneros le devuelven a la literatura cierta capacidad de construir historias rastreables en el mundo material. Es decir: se reconoce que las palabras que emplean tienen una realidad material a la cual refieren. Ya en estos casos observamos atisbos de una propuesta por parte de escritores de desligarse de esa función puramente estética y “subjetivista” para darle al ejercicio literario una función más social y “objetiva” o que, al menos, contenga palabras que refieran a una materialidad en el mundo. La novela de *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, recupera estas nociones.

Dicho lo anterior, recordemos y, sobre todo, resumamos nuestros resultados al momento de situar la hipótesis del trabajo –a saber: que la literatura da cuenta de hechos materiales y, por qué no, verídicos, mientras que el periodismo ficcionaliza hechos no-acontecidos durante la dictadura para favorecer al gobierno– en el contexto que le toca.

El trabajo presenta ampliamente el contexto sociopolítico tanto de Argentina como del mundo. El golpe de Estado que sucedió en 1976 aparece en un momento de tensión geopolítica. Dos bloques económicos dividían el mundo: por un lado, la influencia capitalista de los Estados Unidos y, por el otro, el proyecto socialista de la Unión Soviética. En este marco, la Doctrina de Seguridad Nacional, propuesta por Estados Unidos, llegó a Argentina para delimitar la figura de la “*subversión*”, que oscilaba entre la acción militar y armada hasta la actividad propagandística de actores políticos que buscaban subvertir el orden de las cosas.

Bajo la excusa de combatir a la llamada *subversión* –cuya definición resultaba poco clara pues podía englobar tanto a grupos armados como a trabajadores sindicalizados–, el gobierno militar puso en práctica métodos de tortura, asesinato y desaparición, en suma, de terrorismo de Estado, que llevaron al exilio a varios individuos. El régimen implantó censores que afectaron a las producciones culturales, periodísticas y artísticas. Ciertamente existió una prohibición por mencionar a los grupos armados según su nombre y, más aún, según lo que eran –grupos armados– pero esta ambigüedad le permitió al discurso militar y a la (re)producción periodística emplearlo sin atender a matices. Dicho fenómeno produjo confusiones entre los lectores. Así, antes del golpe de Estado se asoció la palabra *subversión* a los grupos armados, lo cual benefició hondamente a la Junta Militar pues justificaba su intervención a modo de combate en una “guerra interna”.

Para cuando el gobierno militar asumió el poder, las guerrillas, tanto urbanas como rurales, habían quedado desarticuladas. Esto sucedió incluso antes del golpe de Estado. El Operativo Independencia, que inició en el gobierno de María Estela Martínez de Perón, supuso para dichas organizaciones la desaparición casi total de sus fuerzas militares. En el momento del golpe de Estado no había, dicho en otras palabras, grupos armados a los cuales combatir. Lo anterior implicó que la asociación que se hizo desde el gobierno de Perón, donde organizaciones armadas = subversión, desapareciera en un sentido práctico. La palabra *subversión*, pues, había perdido la referencia material que en algún momento pudo tener.

En vista de que ya no había *subversión* en el sentido anterior de la palabra el gobierno militar trasladó el significado de dicho significante al de otros actores sociales: los desaparecidos y los exiliados. La investigación se fundamentó en trabajos que mencionaban este cambio de significado en el término. Las representaciones que militares y, por ende, periodismo hacían de desaparecidos y exiliados quedaban asociadas con la figura entonces

ambigua de la *subversión*. Asimismo, dentro de ésta entraban también los denunciantes de derechos humanos al terrorismo de Estado implantado por la dictadura.

Periodismo y literatura asumieron papeles distintos durante esta época y, por lo mismo, cambiaron sus funciones sociales previamente atribuidas. Así, mientras que uno esperaría que en el periodismo se contara con información veraz y objetiva, nos encontramos con información tendiente a la propaganda y con una clara línea política que favorecía a la Junta Militar. Incluso las representaciones que hacían de ciertos actores políticos no se correspondían con la realidad material. Había, pues, un uso de términos que adolecían de referentes materiales. Por su parte, la literatura, entendida como un texto ficcional y subjetivo, procuró acercarse más a la realidad y, al contrario del periodismo, construyó narraciones que contienen un referente material sobre el terrorismo de Estado en el país.

Para referirnos al primero de manera sucinta decimos que las representaciones que *Clarín* hizo legitimaron el accionar militar, la intervención del ejército en la vida cotidiana y, en general, el terrorismo de Estado de variadas maneras. El diario, asimismo, ocultó en la mayoría de las ocasiones las listas de desaparecidos o, en todo caso, el tema de los mismos.

Dichas representaciones descansan en el uso del término *subversión* para designar a cualquier enemigo de la Junta Militar y, en la mayoría de casos, a cualquier agente político que se opusiera al gobierno. Por lo mismo, llegó un punto en que los desaparecidos o exiliados eran los *subversivos*. Estos últimos, los exiliados, en especial, fueron representados por el discurso castrense y periodístico luego de las denuncias que hacían en el extranjero del terrorismo de Estado.

El cénit de dicho conflicto ocurrió en las vísperas de la Copa Mundial de Fútbol de 1978 que tuvo lugar en Argentina. Debido al éxodo masivo que hubo de argentinos a Europa y, sobre todo, a Francia, se formaron agrupaciones que buscaban boicotear la realización del

Mundial. Por lo mismo, los militares, en conjunción con el periodismo, planearon estrategias que legitimaran sus figuras públicas.

Contrario al periodismo, la literatura tenía prohibido hablar de los desaparecidos, de los exiliados o, peor aún, del terrorismo de Estado. La lista de palabras prohibidas que observamos en investigaciones como la de Gustavo Lespada orilló a que muchas de las obras escritas en el periodo estuvieran en clave. Esto es: con información oculta que el lector debía descifrar. Nuestro corpus de análisis, *Respiración artificial*, forma parte de dicha camada de obras literarias.

Por medio de metáforas, analogías y comentarios oblicuos la literatura se aproximó a los hechos materiales, lo cual implicó, a nuestro parecer, que se acercara más que el periodismo a eso que consideramos realidad. O, en otras palabras: la literatura resultó un espacio en el que existía “objetividad” y “veracidad”, dos aspectos principales del periodismo que parecen reencarnar en la literatura a pesar de que ésta se considere lo contrario, *subjetiva y ficcional*.

De este modo, en la novela de nuestra elección confluyen herramientas metatextuales, pasajes históricos de Argentina y el mundo y menciones a escritores famosos de la literatura universal que tejen un significado distinto en torno al terrorismo de Estado. Mientras que el periodismo legitimaba el accionar militar, la literatura servía de espacio de resistencia para los significados y significantes que circulaban en ese entonces en el país y que, al final, adolecían de un referente material. La literatura, por el contrario, encuentra ese referente y lo nombra aunque sea de manera indirecta.

Así, *Respiración artificial* cuenta la historia de Marcelo Maggi, historiador exiliado al que busca el gobierno entre los años de 1976 y 1979 y a quien pronto desaparecen en la novela sin decirlo directamente. La figura de Maggi es elusiva por su propia condición: se oculta del ojo público por miedo a que los servicios de inteligencia lo encuentren. Pero la novela se

encarga de construir un espejo de él a través de la figura de Enrique Ossorio, otro exiliado argentino pero del siglo XIX. Es a través de Enrique que conocemos de manera oblicua lo que sucede en la Argentina dictatorial de 1976.

Estas técnicas, tal cual refiere Ana Rosa Domenella y, sobre todo, Beatriz Sarlo, ponen en entredicho el papel que la literatura cumple dentro de la sociedad. Pasa de ser un texto con un efecto estético a ser un texto que interviene y, según lo que observamos, modifica esa realidad. Al momento en que la literatura regresa a la capacidad para hablar de una realidad material está participando en el diálogo social.

Nuestra hipótesis, a saber, que el periodismo y la literatura modifican sus aproximaciones de lectura en estos casos, se comprobó a través del análisis de los textos mencionados. Desarrollamos de forma más concreta: partimos de la idea de que el periodismo se asociaba con la “veracidad” y “objetividad”, mientras que la literatura lo hacía con la “invención” y la “subjetividad” por las razones que ya expusimos. Estos supuestos, sin embargo, cambian con el corpus de nuestro análisis. Por el contrario, la literatura se asumiría como un texto con “veracidad” y “objetividad”, próxima a esa realidad material que acontecía en el país con los desaparecidos y exiliados, y el periodismo se asumiría como un texto que “inventa” y termina en la “subjetividad” o, al menos, tendiente a favorecer una significación de los hechos (la significación militar).

Así, las concepciones que los géneros tenían de sí mismos cambian. ¿Qué implicaciones tendría esto? De entrada las funciones sociales sufren una modificación. ¿La literatura, entonces, podría enunciar una verdad, referir a una realidad material? A nuestro parecer y el de Ivan Jablonka, sí. La literatura, a través de sus metáforas, metarreferencias y demás recursos discursivos, lo hace.

En *Respiración artificial* hallamos una propuesta que Jablonka hace en su libro: hibridar el conocimiento que dan las ciencias sociales de la realidad con la retórica literaria. La novela de Piglia está ciertamente lejos de ser una etnografía o un cuadro sociológico, pero recupera pasajes de la historia de Argentina que le permiten entrar en la categoría de “novela histórica”. En tanto que híbrido, interpretamos la novela bajo las palabras de Jablonka, que considera estos trabajos como “literatura de lo real” y los define como:

[...] una encarnación del razonamiento histórico [...] Esta literatura es una *historia*, una investigación sobre los hombres, es decir, sobre uno mismo y los otros, muertos o vivos, para comprender lo que hacen: literatura-verdad, podría decirse, o *creative history* [...] Los escritos de lo real pueden, pues, definirse como una literatura atravesada por un razonamiento [histórico], en el sentido que he dado a este término.

En *Respiración artificial* hay una intención por dar cuenta de los hechos que acaecen en Argentina. Por el contrario, el periodismo, a través del uso del término *subversivo*, se distancia de los hechos reales para construir una imagen favorable del gobierno militar. En esto modifican sus respectivas funciones sociales.

Caso contrario, el periodismo sigue una línea entre ficcional, mitológica y épica. El discurso militar, en general, asumió que existían dos bandos: uno bueno, encarnado por ellos, y uno malo, encarnado por la *subversión*. El terreno de batalla era la Nación pero también resultó ser el objeto por el que peleaban. Este relato nacionalista está próximo a las observaciones que hay en torno al mito, más precisamente a lo que Claude Levi-Strauss (1992) observa de él. Y no resulta extraño si consideramos que para los militares el Proceso de Reorganización Nacional significó, como creemos haberlo expuesto anteriormente, un proyecto “refundacional” del país.

Complejizar el mito escapa de las posibilidades e intenciones de esta investigación. Resultaría en un trabajo aparte. Pero valga la pena mencionar que el mito sirve de explicación a fenómenos o acontecimientos que ocurren en el tiempo presente (Levi-Strauss 232). Ubicados en el pasado, los mitos dan cuenta del devenir de una sociedad hasta el momento en el que están siendo enunciados. De ese modo, construyen un saber en torno a la sociedad y la cultura.

Los militares concibieron una alteridad (la *subversión*) que explicaba su presencia en la vida pública. Constantemente, como observamos en el análisis, referían al pasado del cual salieron victoriosos, a pesar de las posibles “dificultades” que había implicado la aniquilación a la *subversión*, y por el cual se encontraban en el poder. A partir de ese gesto en apariencia nimio, consideramos que el discurso militar se acerca más al mito que al periodismo. Esto implica varias cosas.

La primera, reconocer que el mito, no obstante la postura materialista que asumimos, construye un conocimiento de la realidad. O, al menos, de aspectos de la realidad. Por medio de él los pueblos reconocen sus prácticas. En ese sentido, los militares construyeron una explicación y, sobre todo, justificación al terrorismo de Estado por medio del periodismo. La segunda, sin embargo, matiza dicho conocimiento al considerar que uno de los elementos míticos de este relato es inexistente en la vida material. A saber: el *subversivo*.

En efecto, si tuviéramos que desmenuzar estructuralmente dicho relato diríamos que el enemigo concebido por los militares no tiene algún referente material al cual aludir, situación que genera un conocimiento sesgado de la realidad. Si el mito es de por sí complejo, con esta variable se vuelve aún más. En el caso argentino, pues, es posible llevar a cabo una crítica a dicho relato, a la *historia* contada como decía Levi-Strauss (233), en tanto las prácticas de desaparición, detención y asesinato no se correspondían con el ser maligno que decían que existía.

El problema radica, sin embargo, en el medio por el cual dicho conocimiento se transmitió. Ese medio, no olvidemos, es el periodismo, al que se le atribuyen ciertas características, entre las cuales está la referencia a un hecho material. Ya que adolece de éste, el periodismo entonces pierde la cualidad de tal. Pasa a ser otro tipo de texto, en este caso mitológico. El positivismo que supuestamente sustentaba al periodismo resulta inexistente en este caso.

Ahora bien, reconocemos en la investigación varias limitaciones. La primera de ellas fue la falta de más notas periodísticas que expusieran la postura y el papel que *Clarín* jugó durante la dictadura. La selección que hicimos muestra las representaciones –tergiversadas a nuestro parecer– de la realidad, pero nos faltó profundizar en ediciones de otros días. Esta limitación resulta ser más práctica que teórica pues la distancia con el país y la inexistencia de un repositorio digital por medio del cual se puedan consultar los archivos dificultó hallar más noticias que hablaran de la *subversión* en los meses o días previos al Mundial. De este modo, consideramos que la selección se quedó corta en comparación a lo que pudimos hacer y, sobre todo, a lo que otros investigadores hicieron.

La segunda fue el marco teórico. Consideramos que lecturas de filosofía y, más aún, de epistemología habrían enriquecido este trabajo como pocos. También algunas lecturas relacionadas al tema del mito y del relato épico. Con ellas habríamos resuelto de manera más convincente preguntas implícitas que circundan en el trabajo: ¿cuál es la diferencia entre *ficción* y *no-ficción*?, ¿qué condiciones permiten dichas categorías?, ¿cómo distinguimos a uno de otro? Por ese lado, consideramos que el objetivo particular de reflexionar en torno a la lectura y posible conocimiento que da el periodismo de la realidad, pudo desarrollarse de forma más amplia.

Ciertamente hay una vasta cantidad de investigaciones que dan cuenta de la información falsa que *Clarín* publicó y de la intención de Ricardo Piglia de hablar sobre el terrorismo de Estado en Argentina. Lo innovador de nuestro trabajo, no obstante, radica en que pocos artículos cuestionan los límites textuales y epistemológicos de los géneros que trabajamos aquí. Por lo mismo, nuestra investigación abre la puerta para reconsiderar los límites de cada género, más hoy día con los avances comunicativos que hay a nuestro alrededor. Preguntarnos las funciones y posibilidades tanto de la literatura como del periodismo implica que nos cuestionemos las formas en que apre(he)ndemos (d)el mundo.

No obstante, la investigación alcanzó los objetivos, tanto general como particulares, y se respondió progresivamente a la pregunta de investigación planeada en el trabajo, a saber: por medio de qué mecanismos textuales el periodismo y la literatura representaban la realidad.

Llegamos, pues, a la conclusión de que dichos textos subvierten sus expectativas, definiciones y, sobre todo, funciones sociales. El periodismo se alejó de su premisa de informar para servirle a la Junta Militar de espacio de legitimación, lo que, además, pone en entredicho la supuesta libertad de expresión que tiene. En ese sentido, dejó de ser *objetivo, veraz y real* y pasó, al contrario, a ser un texto con características míticas y épicas. La literatura, por su parte, se alejó de su premisa de inventar hechos para más bien aproximarse a ellos. En ese sentido, dejó de ser *subjetiva, inventiva y ficcional* y pasó a ser un texto cercano al conocimiento de las ciencias sociales. Los géneros, en otras palabras, cambiaron, se transformaron con nuestro corpus.

Debido a que el trabajo duda sobre las definiciones de los géneros cabe mencionar que un trabajo futuro podría girar en torno a si la *ficción*, entendida como la *invención* de un hecho, es propia de la literatura. Encontramos autores que tocaban el tema pero profundizar en él ayudaría a dilucidar las posibilidades que tiene la literatura de hablar de la realidad. Por su

parte, también sería conveniente considerar qué posición ocupa el periodismo en la actualidad en la construcción de conocimiento en torno al mundo real. Analizar notas periodísticas, las representaciones textuales que emplea y, más aún, la forma en que se presenta —el título, los índices, etc.— implicaría resignificar los límites y posibilidades del periodismo.

Este trabajo intenta insertarse a un campo de estudio más amplio, a saber: el de aquellos trabajos que hablen de las producciones tanto literarias como periodísticas, ficcionales y no-ficcionales, en el contexto regional de la Guerra Fría y que comparten rasgos con el corpus elegido. Tal vez a través de ellos podamos entender mejor la historia de los países hispanoparlantes y la capacidad que la literatura hispánica tiene de dar cuenta de la realidad. Además, dichas producciones y los análisis correspondientes ponen en tela de juicio la concepción que se tiene de literatura como género ficcional, que no da cuenta de la realidad. Más aún: de resultar fructífero podríamos problematizar los límites epistemológicos de los textos, adentrarnos en la epistemología de una época o de un periodo histórico.

Bibliografía

- Abril, Gonzalo. “La noticia, lo cotidiano y el espejo de la ficción”. *CIC*. 1996: 57-62. Digital.
- Adorno, Theodor y Max Horkheimer. *Dialéctica de la Ilustración*. Valladolid: Editorial Trotta, 1997. Impreso.
- Aladro Vico, Eva. “La recepción de la noticia”. *CIC*. Universidad Complutense de Madrid. 1996: 47-55.
- Álamo, Francisco. “El concepto de ficcionalidad: teoría y representaciones textuales”. *Revista de Literatura*. En. – Jun., 2014: 17-37. Digital.
- Álvarez, Jesús Timoteo. “Los medios y el desarrollo de la sociedad occidental”. *Historia del periodismo universal*. Coord. Carlos Barrera. España: Editorial Ariel, 2004. 25-40.
- Amar Sánchez, Ana María. “La ficción del testimonio”. *Revista Iberoamericana*, Vol. LVI, Núm. 151, Ab. – Jun., 1990: Buenos Aires. Digital.
- Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988. Digital. Recuperado de: http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/althusser1.pdf
- Badagnani, Ana Paula. “Representaciones de la dictadura. La mirada reciente de la literatura y las ciencias sociales”. *VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica literaria Orbis Tertius*, del 7 al 9 de mayo de 2012. La Plata.
- BadEmpanada. *Remembering Argentina's Dictatorship: History as Social Conflict*. 2019. 15:38-17:11. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=8mFeQ6gIfgg&pp=ygUVYmFkZW1wYW5hZGEgYXJnZW50aW5h>
- Balderston, Daniel. “El significado latente en Respiración artificial de Ricardo Piglia y en El corazón de junio de Luis Gusmán”. *Ficción y política. La narrativa argentina durante*

- el proceso militar*. Daniel Balderston et. al. Buenos Aires/Madrid: Alianza Editorial/Institute for the Study of Ideologies & Literatura, 1987. 109-21. Impreso.
- Basile, Teresa. “Aproximaciones al ‘testimonio sobre la desaparición de personas’ durante la dictadura y la democracia argentinas”. *Alp: Cuadernos Angers – La Plata*. Feb. 1998: 45-64.
- Bisquert, Jaquelina. “La representación militar de los exiliados en el marco del Mundial de Fútbol de 1978”. *Aletheia*, Vol. 1, número 2. May., 2011: La Plata. Digital. Recuperado de: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4808/pr.4808.pdf
- Borelli, Marcelo. “¿Víctimas, héroes o cómplices? Memorias en disputa sobre el rol de la prensa durante la última dictadura militar”. *Avatares de la comunicación y la cultura*. Ag. 2010. Digital.
- - -. “Voces y silencios: la prensa argentina durante la dictadura militar (1976 – 1983)”. *Perspectivas de la comunicación*. 2011: 24-41. Impreso.
- Casasús Hurí, Josep María. *La periodística de la recepción como alternativa global a los estudios tradicionales sobre Redacción periodística*. 1989.
- Cerro, Gladys Verónica. *La construcción de la subversión como “lo otro” de la sociedad argentina: los meses previos al golpe de estado en marzo de 1976*. Trabajo final de grado. Argentina: Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de: www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.672/te.672.pdf
- Chartier, Roger. “Aprender a leer, leer para aprender”. *La lectura en España. Informe 2008*. Coord. José Antonio Millán. España: Fundación Germán Sánchez Ruipérez/Federación de Gremios de Editores de España, 2008. Recuperado de: <https://www.fge.es/lalectura/docs/chartier.pdf>
- Chillón, Albert. *La palabra facticia. Literatura, periodismo y comunicación*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona, 2014. Digital.

Chulía, Elisa. “Medios de comunicación y propaganda en los totalitarismos”. *Historia del periodismo universal*. Coord. Carlos Barrera. España: Editorial Ariel, 2004. 251-84.

“Habrá un diálogo telefónico entre Videla y Pinochet previo a la próxima reunión ‘cumbre’”. *Clarín*. 6 feb. 1978. 1:2. Impreso.

“Más adhesiones por el rechazo del laudo”. *Clarín*. 6 feb. 1978. 1:3. Impreso.

“Una expectativa más optimista”. *Clarín*. 6 feb. 1978. 1:6. Impreso.

“Empresas públicas”. *Clarín*. 6 feb. 1978. 2:8. Impreso.

“Otra vez los salarios”. *Clarín*. 6 mar. 1978. 1:5. Impreso.

“Recordaron el aniversario de la batalla de Maipú”. *Clarín*. 6 ab. 1978. 1:6. Impreso.

“Anchorena”. *Clarín*. 6 ab. 1978. 1:6. Impreso.

“Homenaje a Iribarren”. *Clarín*. 6 ab. 1978. 1:6. Impreso.

“El gran desafío”. *Clarín*. 6 ab. 1978. 2:10. Impreso.

“Escuchó el gabinete un informe sobre subversión”. *Clarín*. 6 may. 1978. 1:5. Impreso.

“Preocupación de sindicalistas”. *Clarín*. 6 may. 1978. 1:5. Impreso.

De Fontcuberta, Mar. *La noticia. Pistas para percibir el mundo*. España: Paidós, 1993. Impreso.

De Marco, Miguel Ángel. “Historia del periodismo argentino: desde los orígenes hasta el centenario de Mayo”. Tesis. Pontificia Universidad Católica Argentina, 2006. Digital. Recuperado de: <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/7909>

Domenella Amadio, Ana R. “Novelas sobre la dictadura cívico-militar argentina en los ochenta y treinta años después”. *Revista de Investigación Literaria UAM Iztapalapa*. Ag. 2018. Digital. Recuperado de: <https://revistas.lasallep.edu.mx/index.php/huella/article/view/367/542>

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Argentina: Tusquets, 2005. Impreso.

- - -. *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI Editores, 2010. Impreso.

Franco, Marina. “La campaña ‘antiargentina’: la prensa, el discurso militar y la construcción del consenso”. *Perspectivas de la comunicación*. 2012. Digital. Recuperado de: <https://historiapolitica.com/datos/biblioteca/pp06.pdf>

García de León, Encarnación. “Literatura periodística o periodismo literario”. *XIII Congreso AIH*. 335-44. Digital. Recuperado de: https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/13/aih_13_4_039.pdf

Genette, Gérard. *Ficción y dicción*. Barcelona: Editorial Lumen, 1993. Impreso.

- - -. *Palimpsestos*. España: Taurus, 1989. Impreso.

González Echeverría, Roberto. “La novela como mito y archivo: ruinas y reliquias de Tlön”. *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. 203-59. Impreso.

Guillamet, Jaume. “De las gacetas del siglo XVII a la libertad de imprenta del XIX”. *Historia del periodismo universal*. Comp. Carlos Barrera. España: Editorial Ariel, 2004. 43-76.

Iturralde, Micaela. “El diario Clarín y la campaña antiargentina: la construcción de un consenso en torno a las violaciones a los derechos humanos”. *Revista Brasileira de História da Mídia*. Jul. 2012: 105-15. Digital. Recuperado de: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/198351/CONICET_Digital_Nro.f26067aa-fe37-4f23-9b9c-da1eb000e985_B.pdf?sequence=2&isAllowed=y

- - -. “Prensa y dictadura en Argentina: el diario Clarín ante las violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura militar (1975-1983)”. *Projeto História*, Ag. 2014: 289-303. Digital. Recuperado de: <https://revistas.pucsp.br/index.php/revph/article/view/24043/17671>

- - -. “El terrorismo de Estado en noticias. Las operaciones de ‘acción psicológica’ en Clarín durante los primeros años de la dictadura”. *Pasado Abierto*. Revista del CEHis. En. –

Jun., 2017: 137-53. Digital. Recuperado de:

<https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/2193/2292>

---. “El Operativo Independencia en Clarín. Una primera experiencia de comunicación masiva de la violencia represiva”. *Sociohistórica*, 41. 2018. Digital. Recuperado de:

<http://www.scielo.org.ar/pdf/sochis/n41/1852-1606-sochis-41-045.pdf>

---. “Genealogías mediáticas de la desaparición: el diario Clarín y el caso de Enrique Esteban (1975-1978)”. *Quinto Sol*, Sep.-Dic., 2019. Digital. Recuperado de:

http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-28792019000300098&lng=es&nrm=iso&tlng=es

Jablonka, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2016. Impreso.

Laura García, Romina. “‘Novela de no ficción’: polémica en torno a un concepto contradictorio”. *Letras, Curitiba*, No. 51. Jun. 1999: 41-53.

Leñero, Vicente y Carlos Marín. *Manual de periodismo*. México: Editorial Grijalbo, 1986.

Lespada, Gustavo. “Piglia: literatura e historia (Algunas notas sobre *Respiración artificial*)”.

Revista del Instituto de Literatura Hispanoamericana. 2018: 135-41. Digital.

Recuperado de:

<http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/zama/article/view/5400/4839>

Levi-Strauss, Claude. “La estructura de los mitos”. *Antropología estructural*. España: Paidós, 1995. 229-52. Digital. Recuperado de: https://monoskop.org/images/6/67/Levi-Strauss_Claude_Antropologia_estructural_1978.pdf

Lida, Clara E et al. (comp.) *Argentina 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

- López Pan, Fernando. “La periodística y sus partes. La propuesta de Josep María Casasús”. *Sphera Pública*, No. 10. 2010: 237-256. Universidad Católica San Antonio de Murcia, España.
- Lyotard, Jean-Francois. *La condición posmoderna*. España: Ediciones Cátedra, 1987. Digital. Recuperado de: <https://www.uv.mx/tipmal/files/2016/10/J-F-LYOTARD-LA-CONDICION-POSMODERNA.pdf>
- Martini, Stella. *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Buenos Aires: Editorial Norma, 2000. 2-20. Digital. Recuperado de: <https://perio.unlp.edu.ar/catedras/narrativasgraficasdeportivas/wp-content/uploads/sites/13/2020/03/2-Los-sistemas-clasificatorios-de-las-noticias-Stella-Martini.pdf>
- Meneghini, Mario. “Doctrina de Seguridad Nacional y guerra antisubversiva en la Argentina”. *La Razón Histórica*. No. 26. 2014: 244-54.
- Merino, Gabriel E. “La crisis del campo periodístico-mediático en el marco de las luchas entre proyectos estratégicos en la Argentina”. *Question*, 1. 2011: 30.
- Miceli, Walter et. al. “Noticia = negociación política”. *Oficios Terrestres*. Impreso.
- Museo Sitio de Memoria ESMA. Gobierno de Argentina. “Operación Para Ti”. Recuperado de: <http://www.museositoiesma.gob.ar/item/operacion-para-ti/>
- Perus, Françoise. “La formación ideológica estética-literaria. (Acerca de la reproducción y transformación del ‘efecto estético’”. *Revista Tareas*, 1981: 114-36. Impreso.
- Piglia, Ricardo. *Respiración artificial*. México: Debolsillo. 2018. Impreso.
- Rivas V., Matías. “Descifrar, construir y narrar la historia: discurso y estructura narrativa como proyección del oficio del historiador en *Respiración artificial* de Ricardo Piglia”. PUC. Recuperado de: <https://docplayer.es/57250614-Matias-rivas-vergara-puc.html>

- Román Berlochi, Ezequiel. “‘Recuerde y compare’. La propaganda oficial de la dictadura en la construcción del relato refundacional”. *IX Jornadas de Sociología de la UNLP*. 2016. Recuperado de: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/62955/Documento_Completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Saavedra Vergara, Gonzalo. “La ‘narrativización’ del discurso y el ‘efecto omnisciente’ en no ficción periodística”. *Caplletra* 29. 2000: 157-72.
- Sánchez Aranda, José Javier. “Evolución de la prensa en los principales países occidentales”. *Historia del periodismo universal*. Coord. Carlos Barrera. España: Editorial Ariel, 2004. 77-117
- Sarlo, Beatriz. “Política, ideología y figuración literaria”. *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*. Daniel Balderston et. al. Buenos Aires/Madrid: Alianza Editorial/Institute for the Study of Ideologies & Literatura, 1987. 30-59. Impreso.
- Schulze, Ingrid. “La prensa escrita en los principales países occidentales”. *Historia del periodismo universal*. Coord. Carlos Barrera. España: Editorial Ariel, 2004. 169-228.
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México, D.F.: Ediciones Era, 2004. Impreso.
- Tomasi, Gustavo. “La ‘objetividad’ del género informativo”. *La Trama de la Comunicación*, 10. 2005: 1-18
- Searle, John. “El estatuto lógico del discurso de ficción”. Digital. Recuperado de: <https://revistas.udea.edu.co/index.php/ikala/article/view/8040/7582>
- Ugaz, Jimena. “La metaficción historiográfica en *Respiración artificial* de Ricardo Piglia”. *Romance Quarterly*, 2010. 279-92. Digital.

Van Dijk, Teun A. *Discurso, poder y cognición social*. España: 1994. Digital. Recuperado de:

<http://www.discursos.org/oldarticles/Discurso,%20poder%20y%20cognici%F3n%20social.pdf>

Verón, Elíseo. “El análisis del ‘contrato de lectura’. Un nuevo método para los estudios del posicionamiento de los soportes de los media”. *Les medias: experiences recherches actuelles, applications*. París: IREP, 1985.

Vitale, María Alejandra. “La dimensión argumentativa de las memorias discursivas. El caso de los discursos golpistas de la prensa escrita argentina (1930-1976)”. *Forma y Función*. En. - Jun. 2009: 123-44. Impreso.

- - -. Vitale, María Alejandra. “Memoria y acontecimiento. La prensa escrita argentina ante el golpe militar de 1976”. *Los estudios del discurso: nuevos aportes desde la investigación de la Argentina*. 2007. Digital. Recuperado de: https://www.unsam.edu.ar/escuelas/politica/centro_historia_politica/material/memoria.pdf

Walsh, Rodolfo. *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*. Buenos Aires: 1977.

Recuperado de:

https://es.wikipedia.org/wiki/Carta_abierta_de_un_escritor_a_la_Junta_Militar